

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº3

UMBRAL TIEMPO FUTURO

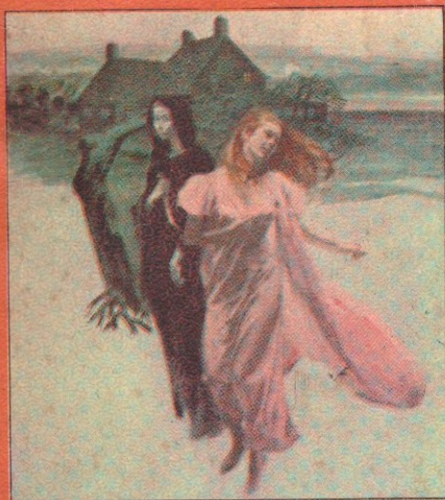
\$800 -

CHARLES MANSON, el hombre que horrorizó al mundo con su poder mental, en **CRIMEN A DISTANCIA**

de Juan-Jacobo Bajarla

CINE FANTASTICO **LA GUERRA DE LAS GALAXIAS** **EL ROJO**

Un espeluznante cuento
de **JACK LONDON**,
inédito en la Argentina.



EL SEGUNDO TOMO

¿Será el poder absoluto de la humanidad?
una novela de Nahuel Villegas

REPORTAJE A RAY BRADBURY

Revista

CUARTA DIMENSION

LA MEJOR INFORMACION
SOBRE VIDA EXTRATERRESTRE
Dirige: **FABIO ZERPA**

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

**UMBRAL
TIEMPO FUTURO**

"Biblioteca "CUARTA DIMENSION",
es una publicación DE CIELOSUR
EDITORIA S.A.C.I., Editora y distri-
buidora.

Miembro de la Asociación Argenti-
na de Editores de Revistas.

Administración: Av. de Mayo 1324,
1er. piso, of. 21 - Tel. 37-3265 -
37-3769 - Buenos Aires, Argentina.
Dirección Telefónica: Cielosur
Baires.

Director Ejecutivo:
RUBEN S. ALPELLANI
Asesores de Dirección:
SUSANA ITZCOVICH y
OSCAR H. VIGLINO
Director:

NAHUEL VILLEGAS

Diseño Gráfico:

JUAN ZAHLUT

Ilustraciones:

CARLOS A. MAGALANES

Corrección:

JULIO BANIN

Tráfico:

RITA G. PIOLI

Colaboradores:

Juan - Jacobo Bajarlia, Ermes Goz-
zo, Juan Norberto Comte, Eduardo
Lynch.

Los trabajos publicados son de
absoluta responsabilidad de sus
autores.

Derechos reservados. Prohibida la
reproducción total o parcial.

Copyright 1978 by Cielosur Editoria
S.A.C.I.

Reg. Nac. de Prop. Intelectual: En
trámite.

Distribuidor en Capital: Troisi y
Vaccaro, Catamarca 675, Bs. As.

Distribuidor Interior: Cielosur Editoria
S.A.C.I., C. de Correo 4514.

Se deja constancia que los hechos, lu-
gares, nombres de personajes, etc., in-
cluidos en las narraciones son de ficción.
Cualquier semejanza con los de la
vida real es pura coincidencia.

Correo
Argentino
Central (B)

Franqueo Pagado
Concesión N° 4052

Tarifa Reducida
en trámite

SUMARIO

EDITORIAL	Pág. 4
ASESINOS DE LA HISTORIA. CHARLES MANSON: CRIMEN A DISTANCIA. Por Juan - Jacobo Bajar- lia	Pág. 6
REPORTAJES. RAY BRADBURY	Pág. 18
LOS INMORTALES DE LA LITERATURA FANTASTI- CA. EL ROJO. Cuento de Jack London	Pág. 23



EL EXPERIMENTO DE BRUNO CYRIL. Cuento de Juan - Jacobo Bajarlia	Pág. 52
CUENTO DEL LECTOR. LOS QUE VIENEN POR LA NOCHE. Por H. P. Lewis	Pág. 58
CINE. LA GUERRA DE LAS GALAXIAS. Por Eduar- do J. Lynch	Pág. 70
CORREO LASER DE LECTORES	Pág. 76
LA IRA DEL ENANO. Cuento por Juan Norberto Comte	Pág. 80
CRITICA LITERARIA	Pág. 86
EL SEGUNDO TOMO. Novela de Nahuel Vi- llegas	Pág. 88

Editorial

Las dos primeras ediciones de UMBRAL TIEMPO FUTURO no publicaron material de escritores clásicos, pero sí de una indudable capacidad creativa. Nos sentamos a esperar y llegaron comentarios, rumores y cartas. Pero como es muy difícil satisfacer a todos, ahora comenzamos la segunda etapa de nuestro plan editorial: UMBRAL TIEMPO FUTURO empieza a publicar cuentos y novelas de los "grandes", incluyendo además, una sección que se llamará **Los inmortales de la literatura fantástica**. Esta vez con un cuento prácticamente desconocido en la Argentina: **El Rojo**, de Jack London.

Este número es, sin duda, una apertura: Trae una nueva sección denominada **Los asesinos de la historia**, que se inicia con el escalofriante relato-verdad sobre Charles Manson, escrito por Juan - Jacobo Bajarliá. Contiene, además, anticipos y comentarios de cine fantástico y de ciencia-ficción; un espacio para la crítica literaria sobre el género; reportajes a figuras representativas. En esta edición, un diálogo con **Ray Bradbury**, realizado por nuestro corresponsal, en su casa de Los Angeles, EE. UU. Y también abrimos la puerta a los cuentos de los lectores porque creemos, como dice Brian Aldiss, que "los relatos de ciencia-ficción no necesitan ser escritos por científicos, así como los cuentos de fantasmas no son escritos por espectros". Y agregamos que cualquier escritor novel tiene derecho a escribir y a publicar —si es bueno— un relato de ciencia-ficción. Por lo general —y esto también lo hacen los "grandes"—, un escritor inédito rompe y hace bollitos con los papeles escritos que suelen ir a parar al canasto. Esperen, no los tiren. Dejen el canasto para nosotros.

En este número, por ejemplo, incorporamos el cuento de un lector: **Los que vienen por la noche**, de H. P. Lewis.

Y como siempre, cuentos y novelas: **La ira del enano**, de Juan Norberto Comte, un pulcro y refinado relato sobre la marginación del personaje, en un futuro no tan lejano; **El extraño experimento de Bruno Cyril**, de Juan - Jacobo Bajarliá, donde el protagonista es víctima de sus extrapolaciones en el tiempo,

y **El segundo tomo**, una novela de Nahuel Villegas, escalofriante relato que se inicia con la lectura del primer tomo de un viejo libro, y urge encontrar el segundo para evitar un desenlace catastrófico.

Viejos conocidos y nuevos por conocer, configuran esta tercera entrega de UMBRAL TIEMPO FUTURO. La apertura incluye también y como siempre, el **Correo Laser de Lectores**, con juicios críticos positivos y negativos. Pero bienvenidos.

Los Editores

NOTICIAS SIN RESPUESTA

HUMANOIDES PETRIFICADOS

Los fósiles de seres humanos hallados hace años en Virginia (USA), siguen preocupando a algunos científicos. Mediante estudios diversos, se estableció que la antigüedad de estos restos se remonta a cuatrocientos millones de años, época en que sobre nuestro planeta no habían aparecido aún los animales vertebrados.

Los fósiles tienen apariencia de seres humanos, de poco más de un metro de altura, y varios investigadores de renombre afirman que podrían pertenecer a los restos de la tripulación de una nave extraterrestre que entró en colisión con nuestro planeta.

VALLE DEL INDO

Excavaciones realizadas recientemente en Banawali, Estado de Haryana, en el norte de la India, han puesto al descubierto una ciudad planeada en forma de damero (tablero de ajedrez), y que se asemeja a la de Mohenjo Daro, uno de los lugares históricos de mayor importancia de la antigua civilización del Valle del Indo.

En Banawali se han encontrado piezas de cerámica, ajorcas, cuchillos y cuentas de pedernal, típicos de la cultura del Valle del Indo, que floreciera hace unos cinco mil años.

Asesinos de la Historia

En la mañana del 9 de agosto de 1969 la policía de Los Angeles, Estados Unidos, descubría el horror del resentimiento social, las drogas, la brujería, el Diablo y el odio de blancos y negros, cuando sobre la puerta de una casa ubicada en Cielo Drive, leyeron, escrita con sangre, la palabra PIGS (cerdos)...

CHARLES MANSON CRIMEN A DISTANCIA

Por Juan-Jacobo Bajaría

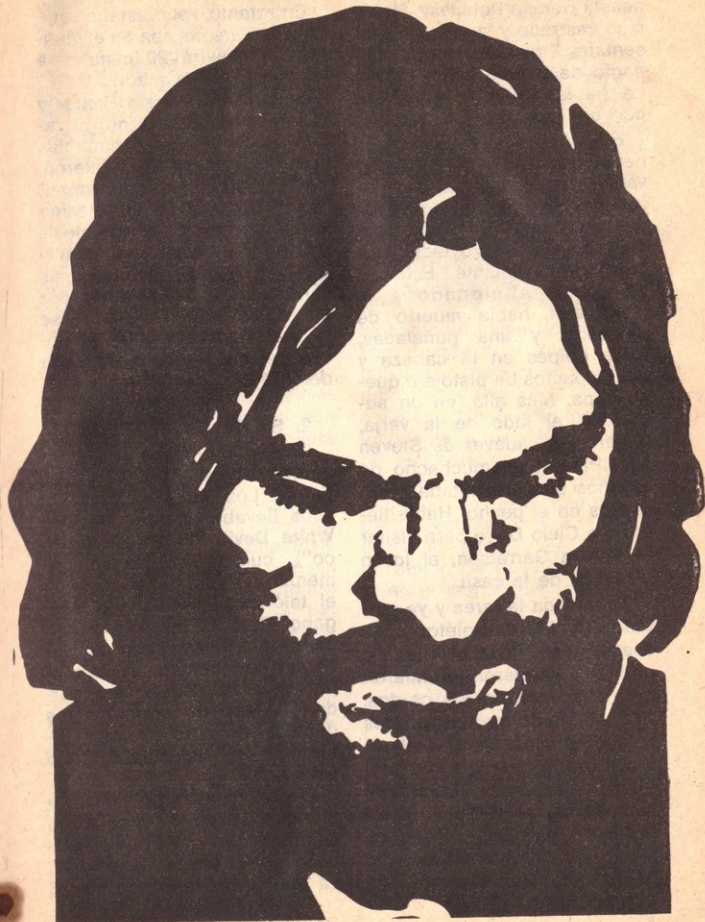
1. DESCENSO EN EL INFIERNO

Sobre la puerta del número 10050 de Cielo Drive, entre la bahía de Los Angeles y el Valle de la Muerte, una palabra escrita con sangre decía PIGS (cerdos). Era la mañana del 9 de agosto de 1969, Winifred Chapman, la sirvienta de la actriz Sharon Tate, quedó paralizada. Vio, también, tirado en el césped, un cadáver. Se comunicó con los vecinos. Pocos minutos después la policía estaba en el número 10050 de Cielo Drive.

El teniente Donald Baxter llegó con el forense. Al lado de la puerta había una servilleta empapada de sangre. Con ella, la mano asesina había escrito esa leyenda insultante.

Entraron. Fue un descenso en el infierno. Pero esta vez no era el infierno de Dante. Era otro, mucho peor, en el que se mezclaban el resentimiento social, las drogas, la brujería, el Diablo y el odio de blancos y negros. Las paredes y las puertas interiores también tenían sus leyendas escritas con sangre: **Rebellión, Muerte a los cerdos, Confusión.** En el living colgaba de una viga del techo el cadáver semidesnudo de Sharon Tate (25 años, rubia, ojos grandes), embarazada de ocho meses y medio. Tenía un seno seccionado y 16 puñaladas. Al lado de la actriz, también semidesnudo, colgaba Jay Sabring, gran peluquero de Hollywood y novio de la actriz antes de que ésta se casara con el ci-

Charles Manson - Crimen a distancia



neasta Roman Polansky. Había sido castrado y su cuerpo presentaba 7 puñaladas y un impacto de pistola en el rostro. Le habían tapado la cabeza con un capuchón.

El infierno se proyectaba hacia afuera. Sobre el césped yacían los cadáveres de Abigail Folger (morena, drogadicta, heredera del rey del café californiano) y Voyteck Frykowski, su amante. Este último, muy aficionado a la marihuana, había muerto de cincuenta y una puñaladas, trece golpes en la cabeza y dos impactos de pistola a quemarropa. Más allá, en un automóvil, al lado de la verja, hallaron el cadáver de Steven Earl Parent, un muchacho de 18 años que presentaba 4 impactos en el pecho. Había llegado a Cielo Drive para visitar a William Garretson, el joven guardián de la casa.

Terminada la tarea y ya cortado el cable del teléfono, los asesinos se instalaron en la cocina y comieron. Brindaron por la sangre de los cerdos. Por el triunfo de los negros sobre los blancos. Por el retorno del gran jefe y gurú blanco que iba a tiranizar a los negros. Al sadismo agregaron el sarcasmo. Este infierno era inédito. Ni aun lo había imaginado Swedenborg.

Entretanto, el vástago que Sharon Tate llevaba en el vientre, sobrevivirá 20 minutos a la muerte de la madre.

El teniente Donald Baxter y el forense siguieron horrorizados su tarea. Las evidencias eran imprecisas. Convinieron, sin embargo, en dos premisas: "Hay más de un asesino y los crímenes son rituales". Ambos supuestos se confirmarían después con algunas variantes. Lo único cierto por ahora, es que la masacre se había perpetrado entre la noche del día 8 y la madrugada del día 9.

2. SIGUE EL DESCENSO

Baxter dormitaba con un par de libros sobre la brujería en Los Angeles (uno de ellos llevaba el título de *The White Devil*, "El Diablo Blanco"), cuando de pronto comenzó a sonar frenéticamente el teléfono. Atendió con desgano. Pero al instante quedó como petrificado con el auricular casi hundido en la oreja izquierda. (Baxter era zurdo.) La voz le transmitió los detalles de otro "crimen ritual" a poca distancia de Cielo Drive.

Las víctimas eran Leno La Bianca, poderoso propietario de una cadena de supermercados, y su esposa Rosemary. La Bianca había muerto de 26



puñaladas, y el asesino, valiéndose de un tenedor, había trazado en la piel de su estómago la palabra GUERRA. Después lo había tapado con los diarios que daban cuenta del asesinato de Sharon Tate. Rosemary La Bianca, a su vez, tendida en la cocina, con un cuchillo clavado en la garganta, presentaba 46 puñaladas. Sobre las paredes de la casa y en una heladera, la palabra clave: PIGS. La fecha del hecho: 10 de agosto de 1969, durante la noche.

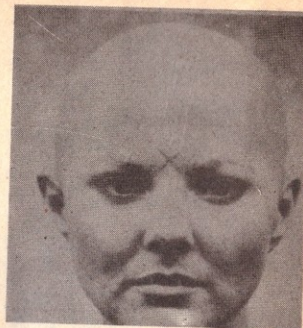
Donald Baxter guardó en el bolsillo el libro sobre *El Diablo Blanco* y recorrió San Francisco. Se metió en Haight-Ashbury. Visitó las concentraciones hippies, sus bares y comercios, y pidió ayuda a las demás policías. Había que dar con los asesinos. Investigó también en el Strip de Sunset Boulevard y Santa Mónica, y

se extendió hasta las villas de Mac Kinney, en Texas. Los sabuesos se perdían en un laberinto desconocido.

En esa labor intervino paralelamente, por su propia cuenta, el padre de Sharon Tate, teniente coronel del Servicio Secreto. Se dejó crecer la barba, renunció a su cargo (tenía 46 años) y se disfrazó de hippy. Después se introdujo en el mundo del sexo y las drogas.

3. LA "FAMILIA MANSON"

Cuatro meses después, Susan Atkins, una joven que pertenecía a una extraña secta del desierto, detenida en averiguación de antecedentes por un robo, relató, en estado semihipnótico causado por las drogas, el crimen del número 10050 de Cielo Drive. La compañera de celda, una prostituta de San Francisco, lo comu-



nicó a sus carceleros. Susan Atkins fue interrogada intensamente hasta confesar su participación en los asesinatos junto con Leslie van Houten, Patricia Kerwinkel, Linda Kazabian y Charles Watson. También mencionó a un tal Charles Manson. "Charlie —dijo Susan Atkins— nos miraba y perdíamos la voluntad". Era el jefe de la "familia Manson" a la cual pertenecían los nombrados.

El teniente Baxter fue anudando los detalles. Ordenó la detención de todos. Nueve en total. Linda Kazabian confesó que estuvo presente la noche del crimen, pero no participó en ninguno de los hechos. Dijo que Charles Manson las hipnotizaba y los miembros de la "familia" hacían lo que él se proponía. Eso fue lo que sucedió en la residencia de Sharon Tate. Linda Kazabian

miraba como arrastrada por una fuerza que actuaba a distancia. Susan Atkins, Patricia Kerwinkel y Leslie van Houten, en cambio, "realizaban hechos" mecánicamente, mientras gritaban y danzaban. Manson, ausente, sin intervenir materialmente en los asesinatos, había instigado la masacre de Cielo Drive.

Enterado el fiscal de la declaración de Linda Kazabian, le prometió la inmunidad procesal a cambio de la acusación. Ella aceptó y oportunamente fue liberada. Pero el proceso no fue cosa fácil. Susan Atkins, en un careo con Charles Manson, no resistió su mirada y se retractó. Ya era tarde sin embargo. Las pruebas de cargo reunidas en la instrucción sumarial lo condenaban como ejecutor a distancia de los crímenes de Cielo Drive. Los asesinos di-

rectos habían sido sus instrumentos mentales.

¿Pero quién era Charles Manson? Donald Baxter rastreó sus antecedentes. Meditó en él.

Manson tiene 25 años. Vivió miserablemente. Su madre, según Georges Demaix, fue habitante de "hoteles siniestros donde ella residía con amantes sucesivos". El mismo Manson lo denostará al evocar su infancia de niño abandonado o a cargo de sus abuelos cuando ella es encarcelada por robo. Pero Manson, a los 25 años de edad sólo estuvo 12 en libertad. Los otros 13 los pasó en prisiones o reformatorios. Se casó muy joven. Tuvo un hijo. Su esposa murió cuando él purgaba una nueva condena. El hijo, por otros medios, también desapareció.

Manson está en la cárcel cuando un día se entera que

los **Black Panthers** de Los Ángeles llaman **Pigs** a los blancos. "¡Cerdos!" Lo repite y lo adopta porque él odia a los blancos, cuyo sistema identifica con sus frustraciones. Con su larga derrota. Sin embargo, para combatir a los "cerdos blancos" era imprescindible un arma. La buscó y la halló, un día, en la biblioteca de la misma cárcel. Allí descubrió unos libros que le hablaban del ocultismo, de magia negra, de hipnotismo. Fue la gran sabiduría. La llave de la "liberación".

Entonces comenzó a practicar. Miraba intensamente un punto fijo, sin pestañear, y se tomaba **in mente** los minutos transcurridos. Después practicó los "pases magnéticos" con los seres imaginarios de la celda y los "doblegó" a su voluntad con órdenes diversas. Pensó (ya nadie podría



evitarlo) que con la hipnosis dominaría el mundo y se vengaría de los cerdos. También pensó que él ayudaría a los negros para matar a los blancos. Para exterminarlos, sin lugar a dudas, pero con trampa. Realizada la "limpieza", vendría él como jefe indiscutible para someterlos a sus designios. Una hábil y absurda paranoia para un mundo donde sólo comían los opulentos y los demás mendigaban.

Cuando salió de la cárcel se dejó crecer la barba y se lanzó hacia el desierto californiano. En el camino, en un infierno lleno de sexo y drogas, de homosexualismo público, sin atajos, reclutó su "familia", la que él no había tenido. Allí estaban Linda Kazabian, Leslie van Houten, Susan Atkins, Patricia Kerwinkel y Charles Watson, ex universitario y ex jugador de rugby, todo un atleta de 24 años, que merodeaba, mugriento, por las granjas de los "cerdos". A éste lo convirtió en su secretario ejecutivo. Coleccionó otros derrotados, y en Spawn Movie Ranch los adoptó como un gurú poderoso que manejaba la magia a su antojo. Les infundió otras ideas. Les habló del exterminio de los pigs. Los sugestionó. "Cada ser humano —les dijo— es simultáneamente el Diablo y el buen

Dios". (Esto se repetirá después en el proceso.)

El maniqueísmo paranoico de Manson tenía una finalidad: asegurar que las acciones eran del hombre, sin sujeción a normas restrictivas, y que el asesinato era una abstracción y no una instancia objetiva.

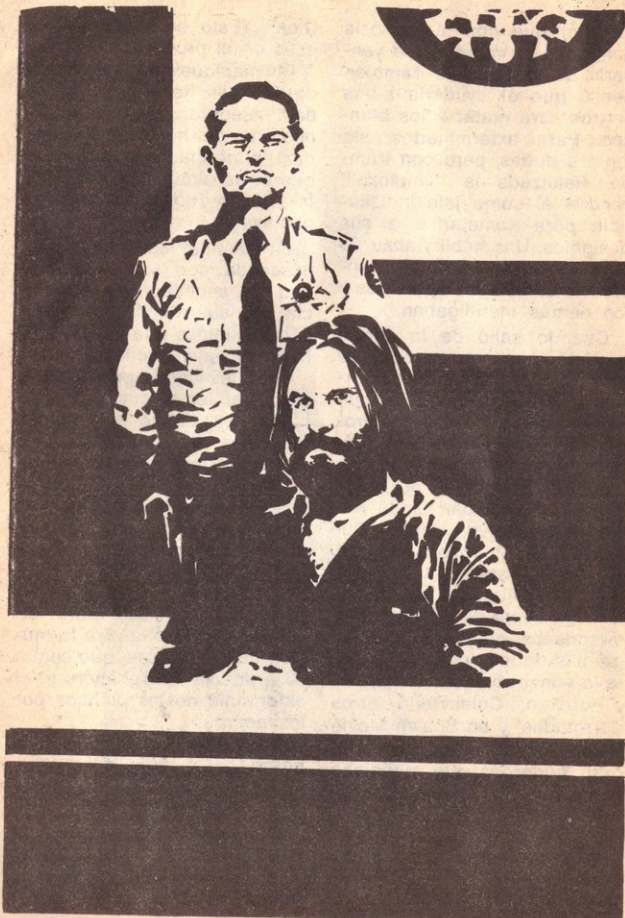
La "familia" escuchaba promiscuada con sexo y suciedad. La sugestión se introducía en sus débiles cabezas con esquemas que invadían el lugar de la memoria.

Después vino la **praxis**. Manson, ejerciendo sus poderes hipnóticos, obligó a mendigar desnudas a Linda Kazabian, Susan Atkins y Patricia Kerwinkel. Y ellas, sin inhibiciones, mostraron sus cuerpos en el Boulevard Santa Mónica pidiendo ayuda para el **Pater familia**. La sugestión de Manson no tenía límites. A veces colocaba un disco para cimentar su filosofía. Era la música de los Beatles, que según él predecía la rebelión y el exterminio de los blancos por los negros.

Donald Baxter cerró su cuaderno de apuntes.

4. EL PROCESO

Cuando comparecieron al juicio, las acusadas tenían una cruz en la frente. Se habían marcado, como solían hacer-



lo, para distinguirse de los **pigs**. Se consideraban las víctimas del sistema. Sonreían, miraban con desprecio. Disimulaban su nerviosidad. A veces rebatían al fiscal Bugliosi, y éste, fuera de sí, levantaba la mano. En una de las sesiones el mismo fiscal fue condenado a una multa de 50 dólares por darle una cachetada a la procesada que tenía a su alcance. Las audiencias fueron borascosas. También se insolentaron los abogados defensores que pagaron su desacato con un día de detención.

En los escaños para el público, no menos de 20 jóvenes se habían impreso la cruz en la frente tajeándose con hojas de afeitar.

El único que no perdió la calma fue Charles Manson. Se mantuvo sereno. Negó los cargos. Sólo estalló cuando el jurado lo halló culpable de homicidio en primer grado junto con Leslie van Houten, Susan Atkins y Patricia Kerwinkel. El juez Older los condenó a muerte. Entonces el imperturbable Charlie, levantándose del banquillo gritó: "Todos ustedes son culpables, y vos, viejo ejecutor de una justicia que no existe, no vivirás mucho tiempo. Yo quemé mi vida en la cárcel mientras el mundo de ustedes iba en aumen-

to". Días después, agregará: "No me interesa la muerte porque no existe. Es una ilusión de la mente".

Después sucedió algo imprevisto. La pena capital fue abolida en California, y los 4 asesinos se salvaron de la cámara de gas. La pena de muerte les fue conmutada por la de prisión perpetua. Un diario de Los Angeles publicó una caricatura del barbado Charles Manson con esta inscripción: **La muerte es una ilusión**. Detrás de la barba aparecía el juez Older meditando.

5. LYNETTE FROMME CONTRA FORD

El resto de la "familia", en 1971, el mismo año de la sentencia, buscó la manera de liberar a su jefe y gran maestro de las ciencias ocultas. Proyectaron asaltar una armería para pertrecharse y tomar sorpresivamente el establecimiento carcelario. La policía los capturó. Pero estos místicos que al mismo tiempo eran oligofrénicos, no se tranquilizaron.

En agosto de 1975 Lynette Fromme y otra mujer (ambas eran miembros de la "familia"), disfrazadas de monjas, concurren a la legislatura de Los Angeles para peticionar la liberación de Manson. Sólo hallaron sonrisas. Esta

Lynette Fromme (26 años, pelirroja, de 1,52 y 47 kilos, de sobrenombre **Squeaky**, ex reclusa de reformatorios) ya había testimoniado en favor de Charlie durante el proceso. Su fracaso, entonces, la llevó a planear la muerte de Gerald Ford, presidente de los Estados Unidos por renuncia (caso Watergate) de Richard Nixon.

Lo esperó en Sacramento (California) donde se hallaba de visita. Fue el 6 de setiembre de 1975. Se ubicó entre el público que lo ovacionaba, y a 60 centímetros de distancia le apuntó con su pistola. En ese instante Larry Buendorf (37 años, ex jugador de básquet), agente del Servicio Secreto, saltó hacia ella cuando oprimía el percutor. Pero Lynette Fromme no sabía que era necesario colocar una bala en la recámara. No hubo, por lo tanto, detonación. De cualquier manera aunque el arma hubiese sido accionada eficazmente, la trayectoria del proyectil habría sido desviada por Larry Buendorf, quien al saltar le tomó la mano, la desarmó y la inmovilizó junto a un árbol.

Ford se salvó milagrosamente. Después Lynette será condenada a prisión perpetua.

Consumado ya el atentado, se supo que un mes antes la frustrada asesina y Sandra

Good, otra "familiar" de Manson, habían llevado una carta a un diario de Sacramento que el director no quiso publicar, en la que se aseguraba que de no liberarse a Charles Manson correría la sangre como en "la casa Tate-La Bianca o My Lai". (Recordemos la matanza en esta aldea de Vietnam del Sur, a cargo del teniente William Calley.)

6. HIPÓTESIS FINAL

El resentimiento social de Charles Manson, del que ya hemos dicho algo, se alimentaba a su vez de un oscuro satanismo que lo llevaría a la venganza de sus derrotas. Es posible que los filmes del mismo Roman Polansky, el esposo de Sharon Tate, hayan sido la consecuencia de su paranoia criminal. Si Manson estimaba al Diablo y la brujería, pensamos, junto con otros investigadores, que el instigador de la masacre de Cielo Drive se sintió "emocionado" y ofendido ante los secretos revelados por Polansky en el filme **Rose Mary's Baby** (El bebé de Rosemary), basado en **La semilla del Diablo**, novela de Ira Levin.

Cuando el filme —dice Georges Demaix— fue exhibido, "unas veinte o treinta sectas ocultas de San Francisco a Filadelfia y de Chicago a

Nueva York se interrogaron sobre las razones que había tenido el director para pasarse de lo estricto, ya que al mundo de la hechicería no le agrada que se rebasen ciertos límites". Polansky, persiguiendo la verdad, tuvo como consejero técnico a Anton Lavey, experto en satanismo, quien intervino también en **Brujería, magia y misa negra**, filmada por Luigi Scattini.

La idea central de **Rose Mary's Baby** estaba referida a una mujer que era llevada hábilmente por el marido hacia el lecho del Demonio. No faltaba el **sabbat** y abundaban, para los entendidos, los detalles del demonismo y la brujería. Los maleficios estaban a la vista. La joya obsequiada por la mujer del hijo de Mercado, llevada al cuello, producía malestares. La corbata, sometida al hechizo, provocaba la ceguera de su dueño. El guante, manipulado con fórmulas de brujería, producía el odio y la muerte. La mistura, en cambio, desataba las alucinaciones. Demaix enumera todo esto y expresa: "Por último, viene la cruz invertida sobre la cuna del recién nacido, cubierta con un velo negro". No se omitía ningún secreto. Los brujos de California, entre ellos Charles Manson, se mordieron las uñas.



Charles Manson, 36 años, instigador por hipnosis del crimen:

¿Pudo influir todo esto en los feroces asesinatos que hemos descrito? La venganza de Charles Manson fue un hecho imprevisible. Su resentimiento social, en cambio, debía desembocar en el odio hacia el hombre. Y en este odio todo se convertía en un pretexto con miras a la muerte.

Reportajes

REPORTAJE A RAY BRADBURY

UMBRAL TIEMPO FUTURO visitó a Ray Bradbury en su casa de Los Angeles, California (EE.UU.). El autor de Crónicas marcianas nos recibió sonriente y sirvió un trago. Luego nos llevó a su biblioteca. Releímos sus títulos. La ciencia-ficción y lo fantástico cubrían los estantes como si fueran huéspedes llegados del espacio. Sus ojos eran los colores de las tapas. Bajo los vidrios llenos de tiempo, vibraban las imágenes, las historias extraordinarias del hombre. Bradbury, el narrador más insigne de la ciencia-ficción, habló con UTF. Nos dijo que había comenzado a publicar en la década del 40 cuando John Campbell revolucionaba el campo de la ciencia-ficción en menosprecio de los valores emocionales de los años 30. Entendía que él sólo tenía un cúmulo de emociones para ofrecer. Esto fue suficiente para que no pudiera venderle ningún relato a Campbell y tuviera que adaptarse a mercados menores de menor importancia.

También nos habló de El Hombre ilustrado, de la época en que escribía al ritmo de una historia por semana. Ahora, el tiempo es suyo. Nadie lo importuna. Sus relatos han ganado las grandes publicaciones, el cine y la televisión. Y en este tiempo del que dispone, tiene con nosotros el siguiente diálogo:

UTF: ¿Por qué escribe historias de ciencia-ficción?

Bradbury: Porque es un modo convenientemente rápido y simbólico de escribir sobre los problemas del hombre moderno, conflictos que provienen de la abundancia de maquinarias y del bajo nivel

imaginativo que se aplica a esa maquinaria. La ciencia-ficción, con sus convenciones y leyes particulares, es un vehículo adecuado para juzgar, sugerir alternativas, reprochar o marcar los aciertos o los errores del hombre en relación con el universo que lo rodea.



UTF: Prácticamente todos los escritores de ciencia-ficción poseen alguna pequeña fábula relacionada con sus primeras incursiones en el género. ¿Cuál es la suya?

Bradbury: Mi tía Neva me ayudó a penetrar en un mundo de máscaras y títeres; en un mundo de escenarios y de hechos, en un mundo de Navidades especiales y fiestas de Todos los Santos. Fue ella quien me leyó los primeros cuentos de hadas, quien leyó a Poe para mí cuando tenía apenas siete años y me transportó a ese fabuloso campo mitológico del cual nunca pude emerger totalmente. Diez años mayor que yo, fue más que una hermana cariñosa, por cuyo estudio de arte y costura vagué, oliendo las acuarelas y pinturas al óleo. El día de Todos los Santos ella me maquillaba, me vestía como un brujo o monstruo, y me dejaba participar en sus actos. En las noches de otoño me llevaba a patinar por las calles vacías, abandonadas, alejadas, en el extremo de la ciudad donde las casas no estaban terminadas de construir, como ahora. Iba con ella a juntar calabazas y espidas en granjas cercanas a los límites de la ciudad y le ayudaba a llenar su vieja ca-

sona con ellas, en los atardeceres de octubre. Cuando decidí ser mago a los diez años, luego que Blackstone, el Mago, me regaló un conejo vivo, fue Neva quien descubrió mis primeras ilusiones, quien prestó entusiasta atención. Luego, me dejó espiar mientras creaba los trajes para "Las calles de París", en la Feria Mundial de Chicago. Y, más tarde, me llevó a ver las primeras obras teatrales. Todos los mundos del arte y la imaginación vinieron a mí a través de Neva, pero en especial ella me puso en contacto con la publicación "October Country", un año contenido en un solo mes, un clima especial con el cual todavía me deleito. Si pudiera elegir el día de mi cumpleaños, sería el día de Todos los Santos.

Junto con la influencia de Neva y Blackstone, cuando yo tenía ocho años, Buck Rogers llegó a mi vida. Luego Tarzán y un universo de historietas cómicas, los libros de Edgar Rice Burroughs, las leyendas de Richard Barham, las obras de Julio Verne, el mundo maravilloso de H. G. Wells, y un sinnúmero de autores que poblaron mi imaginación y culminaron la tarea de aquellos dulces magos: la tía Neva y Blackstone.

UTF: ¿Fue El Vino del Estío una mirada nostálgica hacia ese pasado?

Bradbury: Sí. Exploré un fabuloso desván o el sótano de un gran almacén, una suerte de submundo de duendes y unicornios. Uno de los aspectos poco afortunados de nuestra era es que ya no tenemos altillos o sótanos en los cuales arrojar el pasado. Creo que el pasado es malo y bueno, que puede lastimar o curar. **El Vino del Estío** significó un regreso a aquella magia de mi infancia.

UTF: ¿Corresponde ese mundo al de sus primeros cuentos en Dark Carnival?

Bradbury: En efecto, en esos cuentos rescaté los temores y las maravillas de la niñez. Son los mismos escenarios de mi novela, con sus pueblos silenciosos, sus calles oscuras, sus personajes atrapados por el terror y la melancolía. Recuerdo que cuando era niño sentía un oscuro terror al subir las escaleras durante la noche, pues tenía la convicción de que una bestia me acechaba en el último escalón. Gritando, descendía a refugiarme con mi madre. Entonces, juntos, volvíamos a ascender. Invariablemente, el monstruo desaparecía. Mi madre nunca lo vio. Algunas veces me sentía irritado ante su falta de

imaginación. Creo que debo estar agradecido por el miedo que experimentaba ante las tinieblas: de allí surgió mi literatura, mi mundo. Ustedes deben conocer el miedo y la aprensión de alguna forma antes de poder escribir acerca de ellos, y Dios sabe que mis primeros diez años estuvieron colmados de la usual parafernalia de fantasmas y esqueletos, de los extraños visitantes que rondaban por mi mente.

UTF: ¿Hay alguna forma de censura acerca de lo que usted escribe?

Bradbury: No. La ciencia-ficción es libre en sí misma. Mucho antes de que la población media comenzara a publicar o difundir el "problema negro", la ciencia-ficción dramatizaba esos problemas en revistas especializadas. Escribí una historia en 1949, cuyo argumento describía la partida de un grupo de negros hacia el planeta Marte y su abandono del Sur.

Los asuntos religiosos, generalmente prohibidos, son bien recibidos en las revistas de ciencia-ficción. Yo tengo escritas muchas historias sobre sacerdotes viajando por el espacio en busca de Dios o preguntándose si un globo de fuego azul encontrado en Marte podría ser algo humano o una alucinación luminosa. Es

difícil que exista un tema que no haya aparecido en las revistas de ciencia-ficción veinte años antes de convertirse en noticias comunes en los periódicos.

En fin, la ciencia-ficción ha roto con sus tabúes, y ya no quedan temas que no puedan ser tratados con absoluta libertad.

UTF: ¿Cómo definiría usted a un ser humano?

Bradbury: Como niños disfrazados de ejecutivos, de operarios, de enfermeras, o de lo que ustedes gusten, pero niños en definitiva que se enfrentan con ojos asustados a un universo incomprensible, oprimente y aterrador. Tenemos que custodiar al niño escondido en nuestro interior.

UTF: ¿Qué les diría a los jóvenes que aspiran a escribir ciencia-ficción?

Bradbury: Yo no creo en aspirantes a escritores. Pienso que si un escritor desea debe encontrar el camino por

sí mismo. Usted puede aprender el oficio de alguien pero ese alguien no puede enseñarle la pasión.

UTF: Finalmente, si fuera a rotularse a sí mismo para los lectores no nacidos todavía, ¿qué clase de etiqueta desearía, escritor de ciencia-ficción, fantasista o qué?

Bradbury: Permítame contestarle enviándome yo mismo en un viaje de retroceso a través del tiempo. Llegado a Bagdad, yo cruzaría el mercado y doblaría por una calle donde están sentados los hombres viejos. Son los narradores de cuentos. Allí, entre los jóvenes que escuchan y los viejos que hablan en voz alta, desearía ocupar mi lugar y hablar cuando llegue mi turno. Es una tradición antigua, buena, amorosa y bella. Si algunos muchachos visitan mi tumba, dentro de cien años, y sobre el mármol escriben con el lápiz: "Él fue Narrador de Cuentos", yo seré feliz. No pido más nombre que ése.

LOVECRAFT

—Donald M. Grant acaba de publicar en los Estados Unidos un voluminoso libro que recopila ensayos poco conocidos de Howard P. Lovecraft. Se trata de TO QUEBEC AND THE STARS (De Quebec y las estrellas), volumen que ha despertado grandes expectativas entre los aficionados a la literatura lovecraftiana, puesto que el material (notas sobre estética, filosofía, ciencia, literatura y escritos históricos) permanecía inédito —en su mayor parte— hasta la muerte del autor. La selección de los trabajos ha estado a cargo de otro gran escritor de ciencia-ficción y literatura fantástica: Sprague de Camp.

El Rojo

Los inmortales de la Literatura Fantástica

EL ROJO

de Jack London



¡Allí estaba! ¡Aquel sonido! Mientras lo medía con el reloj, Basset lo comparaba a la trompeta de un arcángel. Los muros de las ciudades, se dijo, se desplomarían con facilidad ante un estruendo tan fuerte y opresor. Por milésima vez quiso, en vano, analizar la calidad y el tono de aquel enorme tañido que lo dominaba, hasta los campamentos de las tribus vecinas. La garganta de la montaña desde la cual partiera, se encendía con el

sonido que inundaba la selva, el cielo e, incluso, el aire. Con la libertad de imaginación de los enfermos, a Basset le parecía el grito poderoso de algún titán, superviviente de antiguos mundos, vejado de ira o de dolor. Se iba alzando mucho más arriba, penetrante y dominador, con tal volumen, que semejaba hablar tan sólo para unos oídos que procediesen de más allá del sistema solar. Se advertía, asimismo, la protesta de que no

hubiese oídos capaces de comprenderlo.

Eso le dictaba la imaginación a aquel hombre enfermo. Pero, pese a todo, intentaba analizar el sonido. Era tan penetrante como el trueno, tan suave como una campana de oro y tan dulce y fino como cuerdas de plata. No, no era nada de eso, ni tampoco una mezcla de todos. No existían palabras en el vocabulario o en la experiencia de Basset con las que describirlo adecuadamente.

Pasó el tiempo. Los minutos se hicieron cuartos de hora, los cuartos, medias horas, y aún persistía el sonido, cambiando de continuo desde su primer impulso, pero sin recibir uno nuevo, muriendo, perdiéndose y disminuyendo, con idéntica intensidad a la que comenzó. Llegó a convertirse en una confusión de balbuceos, murmullos y gigantescos susurros. Lentamente, se fue retirando, sollozo tras sollozo, hacia el gigantesco seno que le diera vida, hasta quedar reducido a unos simples suspiros de ira y otros de placer, seductores, dejando oír su voz, como si pretendiese transmitir algún secreto cósmico, algo que le resultaba de vital importancia. Se apagó, hasta no ser más que la sombra de un sonido, perdiendo

toda amenaza y toda promesa, que sólo persistía en la conciencia del enfermo, durante varios minutos después de haber cesado. Cuando ya no pudo oírlo, Basset consultó el reloj. Había transcurrido una hora antes de que la trompeta del arcángel desapareciese en la nada.

¿Sería ésta, acaso su torre negra? Basset, por un instante, recordó sus lecturas de Browning, mientras se contemplaba las esqueléticas manos, comidas por la fiebre. La imaginación lo hizo sonreír, al pensar en Rolando llevándose un cuerno de caza a los labios, tan débil como él mismo se sentía ahora. ¿Habían pasado años o sólo unos meses, se preguntó, desde que oyera por primera vez aquella misteriosa llamada en la playa de Ringmanu? No hubiese podido decirlo ni aun para salvar la vida. La enfermedad fue muy larga. Estuvo consciente durante varios meses, durante muchos meses, pero le resultaba imposible calcular o medir los numerosos intervalos de aturdimiento y de delirio. Se preguntó cómo estaría el capitán Bateman, del buque negro "Nari". ¿Habría muerto de *delirium tremens* el borracho de su piloto?

De tales especulaciones, Basset pasó a revisar todo

cuanto le había ocurrido desde aquel día, en la playa de Ringmanu, en que por primera vez lo oyera, internándose, luego, en la selva para ir en su busca. Sagawa había protestado. Aún le parecía verle, con el simiesco rostro contraído de miedo, cargado de cajas de especímenes y, en las manos, la red para cazar mariposas y la escopeta de Basset, mientras murmuraba en su inglés, *bêche de mer*:

—Yo tipo mucho demasiado asustado para ir selva. Tipo mucho malo espera en selva.

Basset sonrió tristemente al recordarlo. El indígena tenía mucho miedo, pero demostró ser leal, siguiéndole sin la menor duda al interior de la selva, en busca de los orígenes de aquel extraordinario sonido. Basset llegó a la conclusión de que no procedía de un tambor indígena. Su siguiente cálculo fue equivocado, al considerar que no se encontraba a más de una hora de camino y que, por lo tanto, estaría de vuelta a media tarde, para que lo recogiese la ballenera del "Nari".

—Ese gran tipo ruido no bueno, igual diablo-diablo —decidió Sagawa.

Y Sagawa tuvo razón. ¿Acaso no le cortaron la cabeza aquel mismo día? Basset se estremeció. A Sagawa, sin

duda, se los habrían comido los "tipos muy demasiado malos" que se ocultaban en la maleza. Aún le parecía verlo, tal como lo vio por última vez, tendido en el estrecho sendero en el que lo decapitaron poco antes. Sí, todo ocurrió en unos segundos. Basset se había vuelto para comprobar que el porteador marchaba tras él, agobiado por el peso del equipaje. En aquel momento, comenzaron las dificultades. Se contempló los muñones del primero y segundo dedos de la mano izquierda, y con ellos se acarició cuidadosamente la herida en la nuca. Aunque fue muy rápido el golpe de la larga maza de guerra, pudo apartarse a tiempo y detenerlo con la mano. Dos dedos y una fea herida en el cráneo fueron el precio de su vida. Con un disparo de su escopeta de caza, se la quitó al bosquimano que estuvo a punto de matarlo. El otro disparo lo dirigió al que se inclinaba sobre Sagawa y tuvo el placer de comprobar que la descarga había alcanzado al que huía con la cabeza de su porteador. Todo ocurrió muy rápido. En el sendero, sólo quedaron él, un bosquimano muerto y los restos de Sagawa. De la oscura selva no llegaba el menor sonido ni la menor señal de vida. Y Bas-



set fue víctima de una profunda conmoción. Por primera vez, en toda su existencia, había matado a un ser humano y sintió unas profundas náuseas al contemplar su obra.

Entonces, comenzó la caza. Se retiró por el mismo sendero, ante sus perseguidores, que se interponían entre él y la playa. Ignoraba cuánto eran. Por lo que sabía, podían ser cientos o tan sólo uno. Estaba seguro, no obstante, de que algunos se encaramaban a los árboles, para, de ese modo, viajar por la selva; pero, sin embargo, nada vio, excepto vagas sombras. Nunca oyó vibrar las cuerdas de los arcos, pero, en ocasiones, si bien ignoraba cómo podían

dispararlas, unas flechas pequeñas silbaban junto a sus oídos, para clavarse en los árboles o caer ante sus pies. Tenían punta de hueso e iban adornadas de plumas, arrancadas del pecho de ciertos pájaros, que brillaban cual joyas.

Una vez y, al recordarlo, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción, creyó descubrir una sombra en un árbol, que se inmovilizaba al levantar él la vista. No estaba seguro, pero, dispuesto a arriesgarse, le había pegado un tiro. La sombra, aullando como un gato furioso, cayó por entre las ramas, rebotando contra la tierra, a su lado, para, sin cesar en sus gritos de dolor y de rabia, clavarle los dientes en la alta



bota. Por su parte, Basset no se distrajo y, con el pie libre, lo redujo al silencio. Hasta tal punto lo había dominado aquel mundo salvaje y primitivo, que el naturalista sonrió, nuevamente, al recordarlo.

¡Qué noche terrible la que siguió! No le extrañaba que hubiese acumulado tal variedad de fiebres virulentas, durante aquella noche en que no pudo dormir y durante la que el dolor de sus heridas no era nada comparado con las picaduras de millones de mosquitos. No había modo de escapar a ellos y no se atrevía a encender una hoguera. Le llenaron el cuerpo de veneno, de tal manera que, al día si-

guiente, con los ojos casi cerrados a causa de la hinchazón, se alejó, medio ciego, sin preocuparle que le cercenasen la cabeza y su cadáver se uniese al de Sagawa en algún banquete tribal. En veinticuatro horas lo destrozaron, tanto de cuerpo como de mente. Apenas conservaba la lucidez, hasta tal punto lo había enloquecido el veneno que le inyectaron. En varias ocasiones disparó sobre las sombras que lo rodeaban, pero inútilmente. Otros mosquitos aumentaron su tortura, mientras que la sangre de sus heridas atraía huestes de moscas, que se le pegaban a la carne y a las que debía apartar y aplastar.

Sólo una vez, durante todo el día, volvió a oír aquel hermoso sonido, que semejaba estar más lejos que los tambores de guerra que batían en plena selva, aunque los dominase. Y allí mismo cometió su gran equivocación. Seguro de haberlo sobrepasado y que, por lo tanto, se interponía en el camino de la playa de Ringmanu, siguió por él, creyendo volver atrás, cuando, en realidad, se iba internando en el corazón de la inexplorada isla. Aquella noche, ocultándose entre las raíces de un árbol, se durmió, vencido por el agotamiento, al tiempo que los mosquitos lo picaban libremente.

Siguieron días y noches que eran sólo vagas pesadillas en su memoria. Una de las visiones más claras que tenía era la de encontrarse en el centro de una aldea, contemplando cómo los ancianos y los niños corrían a refugiarse en la selva. Todos huyeron menos uno. Muy cerca, y sobre su cabeza, oyó un lamento semejante al de un animal herido y asustado, que lo sobresaltó. Y, al alzar la vista pudo ver a una muchacha, colgada de un brazo bajo el tórrido sol. Quizá llevase allí varios días. La ennegrecida lengua que le colgaba parecía confirmarlo. Ella, a su vez, contempló a Basset

con los ojos agrandados por el terror. Sin embargo, ya no era posible ayudarla. La hinchazón de las piernas indicaba que le habían ido quebrantando las articulaciones y los huesos mayores. Decidió pegarle un tiro y ahí acababan sus recuerdos. No le graba acordarse de si llegó a hacerlo, como, tampoco, de la razón por la que se encontraba en la aldea ni de qué modo pudo escapar.

Un buen número de imágenes, sin relación entre sí, se alzaron en la mente de Basset, al ir revisando aquel período de su terrible odisea. Recordaba haber irrumpido en otra aldea, compuesta por una docena de casas, ahuyentando a todos sus moradores a punta de escopeta, excepto a un viejo, en exceso débil para escapar, el cual lo escupió, maldiciéndolo, cuando abrió el horno subterráneo para extraer, de entre las piedras calientes, un cerdo asado, que despedía un delicioso aroma a través del envoltorio de hojas verdes. Fue entonces cuando lo dominó una especie de furia salvaje.

Una vez que hubo comido, disponiéndose a marcharse, con un cuarto de pierna de cerdo en la mano, incendió una de las chozas con su lupa de bolsillo.

Pero la impresión más profunda en la mente de Basset, era la de la humedad de la ruidosa selva. Siempre estaba en penumbra y resultaba amenazadora. Muy raramente conseguía penetrar algún rayo de sol a través del techo de ramas, situado a lo menos a treinta metros de altura. Y, bajo ese techo, había una continua licuación vegetal, un continuo caer de monstruosas formas vivientes, que nacían de la muerte y vivían de la muerte. Por ese lugar tuvo que huir, perseguido de continuo por las escurridizas sombras de los antropófagos, iguales a espíritus del mal, demasiado cobardes para enfrentarse a él cara a cara, pero, con la certeza de que, antes o después, iban a capturarlo. Basset recordaba que, en algunos momentos de lucidez, se había comparado a un bisonte herido al que persiguieran los coyotes, incapaces de acometerle, pero seguros de que iban a acabar con él, en cuanto pudiesen saltarle al cuello. Así como los cuernos y las pezuñas del bisonte mantenían alejados a los coyotes, del mismo modo su escopeta ahuyentaba a los isleños de las Salomón, a aquellas sombras que eran los bosquimanos de Guadalcanal.

Al fin, alcanzó las praderas. Súbitamente, igual que segada por Dios con una enorme guadaña, terminaba la selva. Concluía en un talud, de unos treinta metros. Y, allí mismo, crecía la hierba, una hierba suave y dulce, pastos que hubiesen causado la alegría del rebaño de cualquier pastor y que se extendían durante leguas y más leguas de aterciopelado verdor, hasta la espina dorsal de la gran isla, la enorme cadena de montañas, provocada por algún cataclismo remoto y recortada por la corrosiva lluvia tropical. ¡Aquella hierba! Se fue arrastrando por ella durante una docena de metros y luego hundió la cara entre sus tallos para olerla y, al fin, lo acometió un involuntario llanto.

Y, mientras lloraba, aquel maravilloso sonido había vuelto a tañer. Con frecuencia, se había dicho que sólo de este modo podía describirse adecuadamente aquel sonido, tan vasto y tan suave. Era suave como ningún otro. En cuanto a vasto, sus resonancias resultaban tan enormes que hubiese podido salir de algún monstruo de garganta de bronce. Pero, sin embargo, lo atraía, a lo largo de la extensísima sabana, cual una bendición para su ánimo cansado y herido.

Recordaba que quedó inmóvil en la hierba, con las mejillas surcadas por lágrimas, pero, al fin, dominados los sollozos, preguntándose cómo podía haberlo oído en la playa de Ringmanu. Sin duda, las condiciones atmosféricas o alguna corriente de aire permitieron que el sonido llegase tan lejos. Tales condiciones podían no volverse a repetir en mil o, incluso, diez mil días. Sin embargo, tuvo que ocurrir precisamente cuando él desembarcó del "Nari", para pasarse unas horas cazando insectos. Buscaba, de un modo especial, la famosa mariposa de la selva, que medía treinta centímetros de un extremo a otro de las alas, oscura, y que acostumbraba a vivir en las partes altas de los árboles, de donde sólo puede abatírsela con un disparo. Por esa razón, Sagawa cargaba con su escopeta.

Durante dos días y dos noches estuvo Basset arrasándose a lo largo de la sabana. Sufrió mucho, pero la búsqueda concluyó al borde de una nueva selva, que cubría la montaña, resignado a morir. Y allí hubiese muerto de sed, de no reanimarlo una copiosa lluvia.

Y luego, vino Balatta. Basset se había desplomado a la entrada de la selva, que cubría

la ladera de la montaña, resignado a morir. De momento, Balatta gritó de júbilo al verlo indefenso, e iba a saltarle los sesos con una gruesa rama. Quizá la detuvo el que estuviese tan débil o, simplemente, fue la curiosidad. El hecho es que no lo agredió, pues él había abierto los ojos, esperando el golpe, y pudo darse cuenta de cómo ella lo examinaba, con mucho interés. Lo que más la sorprendió fueron sus ojos azules y su pálida tez. Tranquilamente, la muchacha se puso en cuclillas y le escupió en el brazo, rascándole con el dedo para limpiar la blanca piel y sacar la suciedad de tantos días y tantas noches.

También a Basset le había llamado la atención Balatta. Rió quedamente al recordarla, pues se mostraba tan inocente de su falta de ropas como Eva antes del asunto de la hoja de parra. Maciza, y al mismo tiempo esbelta, bien proporcionada y de músculos elásticos, embadurnada de porquería desde la infancia, excepto por las ocasionales lluvias, era la mujer con menos belleza que, en toda su vida, vieran sus ojos de científico. Sus senos delataban, a su vez, su madurez y su juventud y, de no presentar otros signos, su sexo lo indicaba el único ador-

no que lucía, esto es un rabo de cerdo que le atravesaba el lóbulo de la oreja izquierda. Hacía tan poco que lo cortaron que aún goteaba sangre en el hombro de la muchacha, secándose allí igual que la cera de una vela. ¡Y su rostro! Un complejo de retorcidas y brutales facciones simiescas, de nariz mongólica y aplastada, con una boca que se hundía desde el labio superior, excesivamente grueso, hasta la casi inexistente barbilla, y con unos ojos penetrantes, que de continuo guiñaban igual que los de los micos en las jaulas.

Ni siquiera el agua que le trajo en una enorme hoja, ni la rancia y casi podrida carne de cerdo que le sirvió, pudieron paliar en lo más mínimo su grotesca fealdad. Una vez que hubo comido, Basset cerró los ojos para no verla, aunque de vez en cuando la muchacha se los abría para contemplar las azules pupilas. Entonces, volvió a oírse el sonido. Basset sabía que estaba mucho más cerca, pero, asimismo, que, pese al largo y agotador camino recorrido, se encontraba aún a varias horas de distancia. El efecto que a ella le causó fue sorprendente. Se encogió, temblando de terror, mientras gemía y murmuraba. Al con-

cluir, al cabo de la acostumbrada hora, Basset se durmió, mientras Balatta le espantaba las moscas.

Al despertarse, era de noche y ella se había marchado. Pero Basset pudo comprobar que poseía nuevas fuerzas y, una vez más inculado por el veneno de los mosquitos, que le producirían nuevas inflamaciones, cerró los ojos y durmió de un tirón hasta el amanecer. Poco después regresó Balatta, en compañía de media docena de mujeres, que, pese a su fealdad, no lo eran tanto como ella. Por su conducta, demostró que lo consideraba como su propiedad personal y el orgullo que demostraba al irlo exhibiendo hubiese resultado ridículo de no ser tan desesperada la situación.

Más tarde, después de lo que a él le pareció un insoporrible viaje de varios kilómetros, cuando se desmayó ante la casa de los diablos, a la sombra de un árbol del pan, Balatta demostró muy claramente que pensaba conservarlo como cosa particular. Ngurn, del que luego Basset supo era el hechicero, quería cortarle la cabeza. Algunos de aquellos hombres simiescos, faltos de ropa y con un aspecto tan bestial como Balatta, querían su cuerpo para asarlo. En aquella época, el científico

no entendía su idioma, si es que puede darse ese nombre a los burdos sonidos con los que intentaban expresar ideas. Pero Basset comprendió muy bien lo que trataban, especialmente cuando los hombres le palpaban el cuerpo, lo mismo que clientes en una carnicería.

A Balatta la estaban arrojando a toda prisa, cuando ocurrió el accidente. Uno de los salvajes, que examinaba con curiosidad la escopeta de Basset, la amartilló para, luego, apretar el gatillo. El retroceso de la culata, que lo golpeó en el estómago, no fue el peor de los resultados, pues el disparo alcanzó, a un metro de distancia, a otro de ellos, volándole la cabeza.

Incluso Balatta huyó con los demás y, antes de que volvieran, pese a que sentía que le acometía nuevamente la fiebre, Basset recobró el arma. Por tanto, aunque le castañearon los dientes de frío y sus ojos turbios casi no le permitían ver, se mantuvo en pie, hasta intimidar a los bosquimanos con las simples brujerías de la brújula, el reloj, la lupa y las cerillas. Por último, con el necesario énfasis y teatro, mató un gorrino de un balazo y, luego, se desmayó.

Basset flexionó los brazos, para comprobar cuánta fuerza



le restaba y, con dificultad, se puso en pie. Estaba muy delgado, pero, durante las distintas convalecencias de aquellos largos meses de interminable enfermedad, jamás había conseguido reunir tanto vigor como en aquella ocasión. Lo que temía era una recaída, igual a las que tan frecuentemente había sufrido. Sin medicamentos, sin siquiera quinina, pudo conservar la vida, bajo un ataque combinado de malaria y fiebres. Sin embargo, ¿sería capaz de soportarlo? Eso era lo que le preocupaba. Pues, como buen científico que era, no deseaba morir hasta haber aclarado el misterio de aquel sonido.

Apoyándose en algunos salvajes, ascendió los peldaños de la casa del diablo, donde reinaban libremente Ngurn y la muerte. A juicio de Basset, aquel sitio apestaba tanto y era tan oscuro como la propia selva. Sin embargo, allí estaba su único amigo e interlocutor, Ngurn, siempre a punto de contarle cosas o de discutir las, mientras se sentaba junto a las cenizas de la muerte y un humo lento iba curando las cabezas humanas que pendían de las vigas.

Durante los meses que pudo mantenerse consciente, Basset había logrado dominar la simple psicología y las sencillas

variantes del idioma de la tribu de Ngurn, de Balatta y de Vngngn, este último, el joven jefe de mente perturbada, a quien el hechicero gobernaba a su antojo y que, según los rumores de la aldeana, era su propio hijo...

—¿Hablará hoy El Rojo?— indagó Basset, ya tan acostumbrado a la ocupación habitual del viejo que incluso se interesaba por el modo como se iban curando las cabezas.

Con ojos de experto, Ngurn examinó la cabeza en la que trabajaba.

—Aún pasarán diez días antes de que pueda decir que está acabada— exclamó—. Nadie sabe prepararlas tan bien.

Basset contuvo una sonrisa ante la repugnancia del anciano al hablar del Rojo. Siempre fue así. Nunca, ni por error, habían revelado el hechicero u otros miembros de la tribu, el menor detalle sobre el aspecto de El Rojo. Éste debía ser un ente físico para poder emitir aquel sonido y, aunque lo llamaban de ese modo, Basset no estaba seguro de que se refiriesen a su color. Su poder y sus actos tenían, desde luego, el de la sangre, a juzgar por los datos que pudo reunir. Según Ngurn le informara, El Rojo no sólo era más bestialmente poderoso que los



dioses de las tribus vecinas, siempre sedientos de sangre, sino que, incluso, esos mismos se sacrificaban y se torturaban en sus altares. Era el dios de una docena de aldeas similares a aquélla, que constituía el centro de una federación. Por deseo de El Rojo se asaltaron numerosos poblados enemigos e, incluso, a algunos se los arrasó totalmente, sacrificándose a sus habitantes a aquel desconocido dios. Así era en la actualidad y había sido así desde muchas generaciones antes, perdiéndose en la noche de los tiempos, según se transmitían verbalmente de padres a hijos. Cuando Ngurn era joven, las tribus del otro lado de la sabana hicieron una incursión. En represalia, el hechicero y

sus salvajes capturaron numerosos prisioneros. Más de cinco docenas de niños fueron desangrados, hasta quedar completamente blancos, igual que no pocos hombres y mujeres.

El tronador era otro de los nombres de aquella misteriosa deidad. En ocasiones, lo llamaban: *El que mucho grita, El dios-voz, El de la garganta de pájaro, El que canta al sol y El nacido de las estrellas.*

¿Por qué *El nacido de las estrellas*? En vano había Basset interrogado a Ngurn. Según el viejo hechicero, El Rojo siempre estuvo donde ahora se encontraba, cantando siempre y siempre imponiendo su voluntad a los hombres. Pero el padre de Ngurn, ahora envuelto en hierbajos y colgado

de las vigas, había creído otra cosa. Aquel anciano sostenía que El Rojo llegó de la noche estrellada, pues de otro modo, añadía, ¿por qué aquellos que desaparecieron, y a los cuales se había olvidado, lo llamaron *El nacido de las estrellas*?

Basset reconocía que había cierta lógica en esas palabras. Pero Ngurn aseguraba que, durante los largos años de toda su existencia, en que pasó noches enteras contemplando el firmamento, nunca había visto caer una estrella sobre la hierba o sobre la selva, aunque las buscó a conciencia. Ciertamente muchas veces viera estrellas fugaces, se apresuró a añadir ante las palabras de Basset, pero, asimismo, había visto la fosforescencia de los hongos que crecían en la carne podrida y de las luciérnagas en la oscuridad, igual que llamas que las hogueras y el resplandor de las antorchas. Sin embargo, ¿qué quedaba de la llama y del resplandor de las antorchas, una vez que se habían agotado? La respuesta era, tan sólo, el recuerdo. Recuerdo de cosas que habían dejado de ser, como los emparejamientos una vez realizados, de fiestas que ya se olvidaron, de deseos que, únicamente, eran ya el espectro de un deseo, ardientes, bullendo y quemando, pero

que cumplieran su función de satisfacer y de apaciguar. ¿Dónde quedaba el apetito de ayer? ¿Y la carne de cerdo que el cazador no lograba matar? ¿Y la doncella soltera que moría antes de conocer varón?

Un recuerdo no era una estrella, afirmaba Ngurn. ¿Cómo podía serlo? Después de tan larga vida, continuaba contemplando el cielo, que en nada había cambiado. Jamás advirtió que faltase una estrella, una sola, de su acostumbrado sitio. Además, las estrellas eran de fuego y El Rojo no era de fuego, información que nada le aclaraba a Basset.

—¿Hablará mañana El Rojo? —insistió éste.

Ngurn se encogió de hombros, como indicando que nadie lo sabía.

—¿Y el otro? ¿Y el otro? —indagó Basset.

—Me agradecería encargarme de curar tu cabeza —dijo Ngurn para cambiar de tema—. Es distinta a todas las demás. Ninguna casa diablo tiene otra igual. Además, yo lo haría bien. Me llevaría meses y meses. Las lunas pasarían y otras iban a venir y el humo sería muy lento. Yo, personalmente, buscaría los materiales para alimentarlo. No se te arrugaría la piel. Iba a ser

siempre tan suave como ahora.

Se puso en pie y, de las vigas del techo, ennegrecidas por el humo que curara tantas cabezas, en el lugar en que la luz del día era tan sólo un vago resplandor, bajó un envoltorio que se dispuso a abrir.

—Una cabeza como la tuya —dijo—, pero muy mal trabada.

A Basset se le despertó la curiosidad ante la indicación de que se trataba de una cabeza de hombre blanco, ya que había llegado a creer que aquellos bosquimanos, del corazón de la isla, jamás vieron a uno de los suyos. No conocían el casi universal inglés *bêche de mer* del oeste del Pacífico. Tampoco conocían el tabaco ni la pólvora. Los pocos cuchillos metálicos, muy rudimentarios, y sus apreciadas hachas, iguales a las que vendían los traficantes, las habían capturado en sus incursiones contra los bosquimanos de la selva que quedaba al otro lado de la sabana, los cuales, a su vez, se los quitaron a los costeños, que habitaban junto a los arrecifes de coral y los cuales tenían algún que otro contacto con hombres blancos.

—La gente del otro lado del espacio abierto no sabe curar cabezas —explicó Ngurn, al

tiempo que sacaba del envoltorio, para entregársela a Basset, una inconfundible testa de europeo.

Era muy antigua, sin lugar a dudas. El cabello rubio indicaba, bien a las claras, su raza. Basset creyó que debía tratarse de algún inglés de siglos atrás, a juzgar por los aretes de oro macizo que le adornaban las orejas.

—En cuanto a tu cabeza... —continuó el hechicero, sin abandonar su tema preferido.

—Te propongo un trato —le interrumpió Basset, ante una súbita idea—. Cuando muera, te regalaré mi cabeza, si antes tú me llevas a ver a El Rojo.

—Cuando mueras, tu cabeza será mía —advirtió Ngurn, rechazando la proposición. Luego, añadió con la brutal franqueza del salvaje—: Además, no te queda mucho que vivir. Ya eres casi un muerto. Cada vez te encuentras más débil. Dentro de pocos meses, estarás aquí, girando y girando sobre el humo. Es agradable, por las tardes, darle la vuelta a la cabeza de alguien al que se ha conocido tan bien como yo a ti. Te hablaré y te iré contando los muchos secretos que deseas saber. Pero, entonces, ya no importará, pues habrás muerto.

—Ngurn —amenazó Basset, súbitamente furioso—, ya co-



noces el Niño Trueno que poseo (así llamaban a su temible y temida escopeta). Te puedo matar en cuanto lo desee y, entonces, nunca tendrás mi cabeza.

—En ese caso, la tendrá Vngnng o cualquier otro de la tribu —le aseguró Ngurn con tranquilidad—. Y, de igual modo, girará y girará en la casa diablo, sobre el fuego. Cuanto antes me mates con el Niño Trueno, antes girará tu cabeza sobre el humo.

Y Basset supo que le había vencido.

Durante la semana que siguió, y mientras iba sintiéndose más fuerte, Basset no cesaba de preguntarse qué sería El Rojo. ¿De dónde procedía aquel magnífico sonido? ¿Qué era aquel *Cantor solar*, este *Nacido de las estrellas*, aquella misteriosa deidad, de costumbres tan bestiales, como las de los seres de aspecto simiesco y cabeza crespas que le adornaban y cuyo canto, a la vez potente y dulce, así como dominador, había oído en la distancia, desde hacía tanto tiempo?

A Ngurn no pudo sobornarle con la oferta de legarle su cabeza cuando muriese. Vngnng, pese a ser el estúpido jefe, resultaba demasiado bruto y estaba demasiado dominado por Ngurn para tenerlo en

cuenta. Quedaba Balatta, la cual, desde el momento en que le descubrió, sintiéndose seducida por sus ojos azules, no había dejado de adorarlo. Era una mujer y Basset sabía, desde mucho antes, que el único modo de conseguir que traicionase a su tribu era a través de sus debilidades femeninas.

Pero el científico era un poco raro. No se había repuesto aún del horror que le causara ver por primera vez a Balatta. En Inglaterra no era partidario de las mujeres robustas. Sin embargo, entonces, con la decisión del hombre capaz del martirio en bien de la ciencia, olvidó toda delicadeza para cortejar a aquella horrible bosquimana.

Se estremeció, pero con el rostro contraído, para ocultar las muecas y tragando fuerte, le pasó el brazo por los sucios hombros, mientras sentía, en el cuello y en la barbilla, el contacto del cabello crespas y untado de aceite rancio. Sin embargo, casi gritó cuando ella, al principio de sus relaciones, sucumbió a la caricia, comenzando a gemir y a lanzar débiles murmullos de placer, muy parecidos a los de un cerdo. Era demasiado. A su siguiente encuentro, se la llevó al río, donde la sometió a un concienzudo baño.

Desde entonces, se dedicó a ella, como un auténtico enamorado, con tanta frecuencia y durante tanto rato como su voluntad conseguía dominar su repugnancia. Pero se horrorizó ante la propuesta de matrimonio que ella le hizo, según las costumbres tribales. Por fortuna, los tabús eran muy fuertes en la aldea. Ngurn, por ejemplo, no podía tocar huesos, carne o pieles de cocodrilo. Así se dispuso a su nacimiento. A Vngnng le estaba prohibido el contacto de mujer. De quebrantarlo, sólo se podía remediar con la muerte de la hembra. Ocurrió una vez, desde la llegada de Basset, cuando una niña de nueve años tropezó, jugando, con el jefe sagrado. No volvió a vérsela jamás. En voz baja, Balatta le explicó a Basset que había tardado tres días y tres noches en morir ante El Rojo. En cuanto a Balatta, su tabú era el árbol del pan. Esto lo agradecía Basset. El tabú pudo haber sido el agua.

El científico se concedió un tabú particular. Adujo que sólo podía casarse cuando la Cruz del Sur alcanzara su punto más alto en el cielo. A causa de sus conocimientos de astronomía, ganó así un respiro de casi nueve meses y estaba seguro de que, en ese plazo, habría muerto, o bien escapa-

do hacia la costa, tras descubrir el secreto de El Rojo y el origen de su maravillosa voz. Al principio, supuso que se trataría de alguna estatua gigantesca, como la de Memnom, a la que, ciertas condiciones de la temperatura solar le prestaban la voz. Pero cuando, tras una expedición guerrera, trajeron unos prisioneros, a los que sacrificaron por la noche, bajo la lluvia, cuando el sol intervenía en absoluto y El Rojo se dejó oír con más fuerza que de costumbre, tuvo que descartar esa hipótesis.

En compañía de Balatta, junto, en ocasiones, con otros hombres y mujeres, podía recorrer la selva libremente a lo largo de tres cuadrantes de la brújula. El cuarto, sin embargo, en el que se encontraba El Rojo, le estaba prohibido; era tabú. Se esforzó por cortejar a Balatta con mucha asiduidad, asegurándose de que se bañaba con mayor frecuencia. Mujer al fin y al cabo, la bosquimana era capaz de cualquier traición en bien de su amor. Pese a que, con solo verla sentía náuseas y a que su contacto bastaba para erizarle el cabello, a que su fealdad le perseguía por las noches en continuas pesadillas, se daba cuenta, sin embargo, de que la animaba la



realidad del sexo, para hacer menos importante su propia vida que la dicha del amante al que esperaba unirse. ¿Julietta o Balatta? ¿Dónde está la diferencia? No la había en realidad, entre el suave y dulce producto de una ultracivilización y el bestial prototipo de un mundo que databa de cien mil años antes.

Basset era primero científico y luego hombre. En el corazón de las selvas de Guadalcanal, puso a prueba el asunto tal como en un laboratorio hubiese comprobado cualquier reacción química. Aumentó su fingida pasión por la bosquimana, a la par que sus exigencias de que le condujese a presencia de El Rojo. Reconoció que era, una vez más, la vieja historia de que la mujer resulta siempre perjudicada. Ocurrió cierto día que estaban pescando el negro pe-

cecillo, sin nombre y sin clase, para que pudiese significar, que vivía en el agua, que ella tuviese una muerte dulce y que se considerase tanto crudo como asado, igualmente horrible. Y Balatta, cofresco que podrido, como un muerto no era más que una auténtica delicadeza. Al bordear, se rindió. Le condujo por el mismo de la tupida selva, Basset, cuadrante prohibido. Una latta cayó de rodillas, aferrándose a la montaña, procedente de los tobillos de Basset al norte, se unía a otra simibesándole los pies, mientras, que venía del sur, para lanzaba gemidos que, a él, le convertían el riachuelo en el provocaban bascas. La bosquimana le rogó que la matasen en una profunda garganta. Al antes que exigirle aquello. Le abo de un kilómetro siguieron explicó el castigo para que él su curso, el camino se ele rompiese el tabú de El Rojo, que venía hasta que cruzaron un toda una semana de tortura, hecho de limo, que atrajo la pero sin matarle, cuyos detalles atención del naturalista. Siemlles que ella iba enumerando, se hacia arriba, debiendo toconvencieron a Basset de que no se quedara algún que otro descansar un ingenuo con respecto a, alcanzaron cimas cubiertas a sus conocimientos de lo que los árboles, para, al fin, salir la crueldad humana a podían una meseta desnuda. Basset aplicarle al ser humano. La identificó como formada por

Sin embargo, Basset insistió en la arena negra, de origen volcánico que se satisficiera su deseo, diciéndose que, con un seo, a expensas de la vida de Basset, habría podido



reunir un buen número de los granos angulares y afilados sobre los que caminaban.

Y, entonces, tirando de Balatta, obligándola a seguir, llegaron al sitio. Era un enorme pozo, artificialmente abierto en el centro del llano. Por la mente del científico desfilaron rápidamente retazos de historia antigua y de los Manuales de Navegación de los Mares del Sur, junto con infinidad de datos y apuntes. Fue Mendana quien descubriera aquellas islas, bautizándolas con el nombre de Salomón por creer que había dado con las fabulosas minas de ese monarca. Todos se burlaban de la infantil credulidad del navegante, pero, sin embargo, Basset se encontraba, entonces, al borde de una excavación en todo igual a los pozos diamantíferos de África del Sur.

Sin embargo, no eran diamantes lo que estaba contemplando. Más, bien semejaba una perla, a causa de su brillo, pero con el tamaño de todas las perlas, a lo largo de la historia del mundo, amalgamadas en una sola. No tenía el color de las perlas ni tampoco el de otra cosa conocida. Era el color de El Rojo. Y Basset supo, en seguida, que se trataba de El Rojo. Constituía una esfera de sesenta y cinco metros de diámetro cuya parte alta se encontraba a treinta bajo el nivel de la montaña. Le agradó mucho su color que tenía una tonalidad similar a la de la laca. Creyó que de eso se trataba, aplicada por el hombre, pero demasiado perfecta para ser obra de los bosquimanos. Más brillante que cualquier otro encarnado, su riqueza de tonalidades parecía proceder de habersele dado otra capa del mismo color. Resplandecía bajo el sol, como si emitiese sus propios rayos.

En vano intentó Balatta impedirle que descendiese. La bosquimana se arrojó al polvo, pero, cuando él fue bajando por el sendero que, en forma de espiral, recorría el muro del pozo, ella le siguió, temblando y gimiendo de terror. Resultaba evidente que la roja esfera había sido colocada allí

como un objeto precioso. Si se tenía en cuenta el escaso número de habitantes de las doce aldeas federales y lo primitivo de sus herramientas y métodos, era indudable que ni siquiera una sucesión de generaciones podía haber abierto aquella enorme excavación.

El fondo estaba alfombrado de huesos humanos, con los cuales, destruidos y sin rostro, se mezclaban ídolos de distintas aldeas, hechos de madera y de piedra. Algunos, cubiertos de toscas figuras totémicas, fueron labrados en troncos de árbol de doce a diecisiete metros de longitud. Advirtió la ausencia de tiburones y de tortugas, tan frecuentes en la costa, comprobando con gran sorpresa que, constantemente, se representaban cascos. ¿Qué sabían aquellas gentes del corazón de las selvas de Guadalcanal, acerca de los cascos? ¿Acaso los soldados de Mendana que se cubrían con cascos, llegaron a penetrar hasta allí, siglos atrás? De no ser eso, ¿de dónde los copiaron aquellos bosquimanos?

Basset, pisando huesos e ídolos, seguido por la gimiente Balatta, se acercó a El Rojo, pasándole por debajo y tocándolo con la punta de los dedos. No era laca. La superficie no aparecía suave, sino

que, por el contrario, resultaba rugosa y llena de poros, adhiriéndose en algunos lugares señales de fuego y de abrasaciones. Asimismo, estaba hecha de metal, aunque no se pareciese a ningún metal o combinación de metales de los que Basset tenía noticia. El color, por otra parte, no estaba aplicado. Era el color del propio metal.

Recorrió la esfera con la punta de los dedos, que, hasta entonces, sólo había apoyado y sintió que aquella gigantesca bola cobraba vida, como respondiéndole. ¡Resultaba increíble! ¡Un roce tan superficial en una masa tan enorme! Sin embargo, se agitó a la caricia de los dedos, con rítmicas vibraciones que se fueron convirtiendo en suspiros, susurros y murmullos, pero con un sonido muy diferente. Era tan fino que casi semejaba que silbara, tan suave que tenía una dulzura enloquecedora, cual el canto de la trompeta de un elfo, que es lo que Basset había supuesto que debía ser el tañido de una campana divina que, a través del espacio alcanzase la Tierra.

Miró a Balatta, para hacerle una pregunta, pero la voz de El Rojo que él despertara, la hizo caer de rodillas, sollozando entre los huesos. El científico volvió a contemplar el

prodigio. Era hueco y no estaba hecho de ningún metal conocido en la Tierra. Los antiguos lo bautizaron acertadamente al llamarle el *Nacido de las estrellas*. Sólo de allí podía venir y, desde luego, no de un modo casual. Era obra de la ciencia y de la mente. La perfección de su forma, incluso su propia vacuidad, no podían ser consecuencia de la naturaleza. Se trataba, sin duda alguna, de la criatura de unas inteligencias remotas y desconocidas, que sabían trabajar el metal. Basset lo contempló, mientras la cabeza le ardía en hipótesis, para explicarse la presencia de aquel viajero que se había aventurado por la noche del espacio, desafiando las estrellas y que, entonces, se encontraba ante él, exhumado por unos pacientes antropófagos, cubierto por el fiero baño de dos atmósferas.

¿Era su color una laca extendida sobre un metal conocido? ¿Era acaso la calidad del propio metal? Le clavó la punta de su cortaplumas para probar su constitución. Al instante, la esfera estalló en un potente murmullo de agria protesta, de tonos casi dorados, suponiendo que un murmullo pudiese tenerlos, alzándose muy alto, para luego caer muy bajo, hasta los dos extre-

mos del registro de sonido, cual amenazando alcanzar el potente trueno que, con tanta frecuencia, se oía más allá de la zona del tabú.

Basset, olvidando su propia seguridad, obsesionado por aquel objeto desconocido e inimaginable, alzó su cuchillo para clavarlo muy hondo, pero Balatta se lo impidió, de rodillas, trémula de terror, le golpeaba las piernas, rogándole que desistiese. Para impresionarle, se llevó el antebrazo a la boca, clavándose los dientes hasta el hueso.

El científico casi ni se dio cuenta, pero, a impulsos de su carácter amable, se guardó el cuchillo. Para él, la vida humana tenía proporciones microscópicas ante aquel colosal portento de una existencia superior que venía de las distancias del universo sideral. De un puntapié, igual que si se tratase de un perro, hizo levantar a la fea bosquimana, obligándola, luego, a acompañarlo en su recorrido por el pozo. Allí fueron encontrando distintos horrores. Incluso, entre los demás, identificó los restos, calcinados por el sol, de la niña de nueve años que, casualmente, rompió el tabú del jefe Vngngn. Y, entre los que ya habían muerto, encontró los de uno que aún no había muerto. Los bosquimanos

se habían identificado con El Rojo, creyendo ver en él su propia imagen, que intentaban aplacar y satisfacer con aquellos sacrificios.

Más allá, siempre pisando huesos de hombres e imágenes de dioses, que constituían la alfombra de aquella casa de los sacrificios, encontró el medio por el que conseguían que El Rojo lanzase su grito atronador a través de las selvas y de las sabanas, hasta la lejana de Ringmanu. Era muy simple y sencillo. Un enorme tronco, de unos quince metros de largo, gastado por siglos de supersticioso empleo, labrado con varias dinastías de dioses, todas superpuestas, pero todas luciendo cascos, sentado a la boca de un cocodrilo, pendía, por medio de cuerdas de liana trenzada, del centro de un trípode, también grabado con los grotescos y sonrientes antecesores del actual concepto del arte. Del poste salían unas cuerdas que permitían calcular la fuerza y la dirección del golpe. Así, lo mismo que un ariete, podían lanzarlo contra la roja y brillante esfera.

Allí era donde oficiaba Ngurn y cumplía sus deberes mágicos con respecto a las doce tribus que dirigía. Basset estalló en carcajadas casi histéricas al pensar que aquel



mensaje, lanzado con inteligencia a través del espacio, fuese a caer en un baluarte de los bosquimanos para que lo adorasen unos salvajes simioscos, canibales y cazadores de cabezas. Era lo mismo que si el Universo Divino cayese en el abismo profundo que se encuentra al fondo de los infiernos, que si los mandamientos de Jehová se hubieran presentado a los monos de una jaula del zoológico y que si el Sermón de la Montaña se hubiera predicado a una congregación de locos.

Pasaron las lentas semanas. Las noches, Basset las pasaba, por propia decisión, en el suelo, cubierto de cenizas, de la casa diablo, bajo las cabezas, siempre ondulantes, que se estaban curando. Lo había elegido porque les estaba vedado a las mujeres,

sexo inferior, y, por lo tanto, constituía un refugio contra Balatta, que se mostraba mucho más insistente y enamorada conforme la Cruz del Sur iba ascendiendo en el firmamento y señalando la proximidad de su boda. Basset pasaba el día en una hamaca, pendiente del árbol del pan que se alzaba ante la casa diablo. Surgieron algunas fallas en su programa, cuando, vencido por súbitos ataques de fiebre, tuvo que quedarse día y noche en la casa de las cabezas. Se esforzaba por curarse y aumentar sus fuerzas, en espera del día en que estuviese lo bastante repuesto para poder a través de la sabana de la selva, alcanzar la playa. Allí aguardaría la llegada de alguna goleta o de algún queche negrero, que le devolviese a la civilización y a los hom-

bres civilizados, a los que iba a anunciar la presencia de un mensajero de otros mundos, que se encontraba, adorado por seres primarios, en el mismo centro de la salvaje isla de Guadalcanal.

Durante las noches en que se sentía mejor, siempre bajo el árbol del pan, Basset invertía largas horas en contemplar cómo las estrellas se ocultaban detrás del muro de la selva. Con profundos conocimientos de astronomía, se complacía, con una obsesión enfermiza, en hacer cálculos acerca de los habitantes de aquellos mundos desconocidos, increíblemente lejanos y de los cuales había llegado un extraño visitante. Le constaba que no existía el tiempo en el espacio sin límites. Su preparación científica le hacía creer en la conservación de la energía y en la indestructibilidad de la materia. Siempre debió haber estrellas. Y, sin duda, en aquel fermento cósmico, todo debía ser muy parecido, formado por sustancias similares. Todo tenía que obedecer a las inviolables leyes de la naturaleza. Por tanto, decidió, la vida y los mundos, en todos los sistemas solares, resultarían muy semejantes a la vida y a los mundos de nuestro sistema solar.

Mientras descansaba allí, en el árbol del pan, contemplando los enormes espacios siderales, se dijo que, del mismo modo, todo el universo debía estar expuesto al interminable escrutinio de innumerables ojos, iguales a los suyos, aunque existieran profundas diferencias y, por idéntico motivo, todos responderían a inteligencias que deseaban analizar y aclarar el significado de las cosas. Con tales razonamientos, sintió que nacía en él una especie de hermandad hacia aquella multitud cuya mirada estaba siempre pendiente del infinito.

¿Quiénes eran, cómo eran aquellos seres tan lejanos y superiores que lograron que su gigantesco, resplandeciente y sonoro mensajero cruzase los espacios? No cabía duda de que también ellos recorrieron, en alguna época, el camino que el hombre, tan recientemente comenzó a recorrer. Para ser capaces de enviar un artefacto a través del abismo sideral, debían haber alcanzado las cimas a las que el ser humano, con lágrimas, esfuerzos y sudores en medio de la oscuridad y de la confusión de tantos padeceres, se dirigía muy lentamente.

¿Cómo eran, una vez alcanzadas, dichas cimas? ¿Habían descubierto la verdadera Her-

mandad? ¿Habrían, por el contrario, averiguado que la ley del amor imponía el castigo de la debilidad y de la decadencia? ¿Era la vida, acaso, una continua pugna? ¿Era la ley del universo la implacable de la selección natural? Y, lo que resultaba más interesante y urgente, ¿se encontraban sus conclusiones y descubrimientos encerrados en el vasto y metálico corazón de El Rojo, en espera del primer hombre que pudiese leerlos? De una cosa estaba seguro: aquella esfera sonora no se había emprendido, a modo de rocío engarzado, de la melena de algún sol en ebullición. La construyeron, no nació espontáneamente, y contenía la palabra y la sabiduría de las estrellas.

¿Qué máquinas, elementos nuevos y fuerzas controladas, junto con misteriosos solucionados y cosas desconocidas podrían encontrarse en su interior! Esto resultaba indudable ya que si tanto se podía ocultar bajo una simple primera piedra de cualquier edificio público, aquella enorme esfera podía guardar vastos relatos históricos, descubrimientos ni siquiera soñados y leyes y fórmulas que una vez dominadas harían que la vida del hombre sobre la tierra, tanto individual como colectivamente,

se alzara, de su presente situación, hasta inconcebibles alturas de poder y de pureza. Era el mejor regalo del Tiempo al hombre, aún ciego pero insaciable en su aspiración de alcanzar el espacio. Y a él, a Basset, le había tocado la inmensa fortuna de ser quien primero recibiese tal mensaje de sus hermanos interestelares.

Ningún blanco, ni tampoco quien perteneciese a las otras tribus de la selva, había visto a El Rojo y seguido con vida. Era la ley, según Ngurn le explicara. Basset objetó, en muchas ocasiones, que existía algo llamado hermandad de sangre o lazos de sangre. Pero el hechicero afirmaba que, incluso éstos, tenían menos importancia que El Rojo. Tan sólo aquel que había nacido dentro del ámbito de la tribu podía mirarlo y salvarse. No obstante la situación era ahora distinta, aunque sólo Balatta conociese el secreto y el miedo le sellara los labios. Era preciso que se repusiera de las terribles fiebres que tanto le postraban para regresar a los países civilizados. Luego volverían al frente de una expedición y, aunque debiera aniquilar a todos los habitantes de Guadalcanal, extraería del interior de El Rojo los men-

sajes que con éste vinieron desde otros mundos.

Sin embargo, las recaídas de Basset se hicieron mucho más frecuentes, durante sus breves convalecencias tenía menos vigor y eran más largos sus estados de coma, hasta que comprendió, pese al optimismo de una constitución física como la suya, que no iba a vivir para cruzar las sabanas, atravesar la selva y llegar a la playa. Empeoró conforme la Cruz del Sur se iba alzando en el firmamento y, al fin, la propia Balatta supo que moriría antes de la fecha que, para su boda, señalaba el tabú.

Ngurn realizó varias expediciones en las que fue recolectando los materiales que necesitaba para curar la cabeza de Basset, mientras a éste le daba grandes explicaciones acerca de sus propósitos para atenderle una vez muerto. Y a Basset no le horrorizaba. Llevaba muy profundamente clavado el sentido y el instinto de la vida para temer su inmediato fin. Siguió alternando períodos de delirios con otros de semiinconsciencia, semejantes a un sueño, por lo irreales, en los que se preguntaba, si, en efecto, había visto a El Rojo o no era más que una alucinación, producto de la fiebre.

Llegó un día en que desaparecieron las brumas de su mente, que amaneció despejada, dándose, entonces cuenta exacta de la debilidad de su cuerpo. Ni siquiera podía mover los pies o las manos. En realidad, casi ni advertía tenerlo. La carne le pesaba muy débilmente sobre el espíritu y, en ese intervalo de clarividencia, supo que las tinieblas del fin estaban muy próximas. Supo que se acababa, que había visto a El Rojo, el viajero entre dos mundos, supo que nunca podría llevar su mensaje a la civilización, aquel mensaje que, quizás, estuviera esperando que alguien lo oyese desde hacía diez mil años en el corazón de las selvas de Guadalcanal. Basset, súbitamente decidido, llamó a Ngurn, para discutir con el viejo hechicero, bajo la sombra del árbol del pan, las últimas disposiciones de su último esfuerzo vital, la última aventura a impulsos de la carne.

—Conozco la ley, Ngurn —indicó—. Quien no pertenece a la tribu, no puede ver a El Rojo y seguir con vida. Yo no viviré. Tus jóvenes guerreros deben llevarme a presencia de El Rojo, le veré y escucharé su voz y, luego, tú mismo me matarás, Ngurn. Así, tres cosas podrán cumplirse:

la ley, mis deseos y tus ganas de apoderarte de mi cabeza, para lo cual has hecho tantos preparativos.

A esto, Ngurn accedió, añadiendo:

—Así es mejor. Es tonto que un hombre enfermo, que no puede salvarse, quiera seguir viviendo un poco más. Y, para los que viven, es mejor que desaparezca. Tú has sido un estorbo en los últimos tiempos. No es que a mí me desagradara hablar con alguien tan sabio como tú. Pero hace muchas lunas de días en que apenas hemos hablado. En cambio, te aposentaste en la casa de las cabezas, gruñendo como un cerdo moribundo o diciendo, en voz alta, cosas en tu idioma, que yo conozco. Eso me molestaba, pues me agrada pensar en los misterios de la luz y de las sombras mientras voy girando las cabezas sobre el humo. Tu presencia me distrajo del aprendizaje de la auténtica sabiduría que adquiriré antes de acabar mi existencia. En cuanto a ti, sobre quien se han extendido las sombras, es bueno que ahora mueras. Y te prometo que, en los largos días en que tendré que girar tu cabeza sobre el fuego, nadie de la tribu vendrá a molestarnos. Y, entonces, te revelaré muchos secretos, pues soy muy an-

ciano y muy sabio, e iré adquiriendo sabiduría conforme gire tu cabeza sobre el humo.

Por tanto, construyeron una litera y, a hombros de media docena de nativos, Basset partió para la última aventura de su vida. Con un cuerpo que apenas sentía, pues incluso el dolor había desaparecido, y una mente muy clara, predispuesta a un éxtasis de lucidez de pensamiento, Basset se tendió en la balanceante litera, para contemplar el mundo del que se estaba despidiendo. Vio, por última vez, el árbol del pan que se alzaba junto a la casa del diablo, la penumbra bajo el espeso techo de la selva, la oscura garganta entre las montañas, el lecho de lino y la meseta de arena volcánica.

Lo bajaron por el sendero en espiral, dando la vuelta en torno al resplandeciente El Rojo, que siempre semejaba a punto de convertir sus colores en melodioso trueno. Lo transportaron sobre los restos de hombres y de ídolos allí inmolados y sobre los cuerpos de algunos que aún vivían, hasta el trípode de labrado y el labrado ariete.

Allí, Basset, con la ayuda de Ngurn y de Balatta, se incorporó débilmente, doblándose por la cintura, y, con ojos

muy abiertos, que todo lo veían, examinó a El Rojo.

—Sólo un momento, Ngurn —rogó—, sin apartar la vista de la brillante y vibradora superficie, en la que se confundían todas las tonalidades de encarnado y escarlata, dispuesta siempre a convertirse en sonido, a emanar tañidos de plata, ecos de oro, cantos de elfo y suaves rugidos.

—Esperaré —prometió Ngurn tras una larga pausa, con la maza de guerra en la mano.

—Sólo un momento, Ngurn —repitió Basset. Haz que él hable, para que vea cómo emite su voz, igual que ahora lo estoy viendo a Él. Luego, golpéame, en el momento en que alce la mano, pues, cuando lo haga, abatiré la cabeza, ofreciéndote el cuello. Pero yo, que estoy a punto de abandonar el mundo, desearía abandonarlo acompañado por los cantos de El Rojo.

—Te prometo que no habrá otra cabeza tan bien curada como la tuya —le aseguró el hechicero, mientras hacía una señal a los indígenas para que accionasen las cuerdas del ariete—. Tu cabeza va a ser mi mejor trabajo.

Basset sonrió levemente ante el orgullo del anciano, al tiempo que el enorme tronco

labrado, al que retiraron cosa de medio metro, entraba en juego. Un minuto más tarde se perdía en un éxtasis de sonido atronador y brusco, que lo liberaba. ¡Pero qué trueno! Estaba lleno de vida, con la preciosidad de todos los metales. Parecía que hablasen los arcángeles. Era más hermoso que cualquier otro, estaba creado por la inteligencia de los superhombres de lejanos planetas, que giraban en torno a distintos soles, era la voz de un dios, seductora y autoritaria. Y... ¡el último milagro de aquel metal estelar! Basset, con sus propios ojos, vio cómo el color se transformaba en sonido, hasta que toda la vibrante superficie se agitaba, despidiendo destellos y voces, hasta que ni él mismo supo lo que era color y lo que era sonido. En aquel instante, descubrió los secretos de la materia y casi la conversión y la relación entre materia y sonido.

Pasó el tiempo. Al fin, Basset volvió de su éxtasis, a causa de un movimiento de impaciencia de Ngurn. Había olvidado completamente al hechicero. De súbito, una idea hizo sonreír a Basset. A su lado, en la litera, guardaba su escopeta. Sólo tenía que oprimir el gatillo para que Ngurn cayese en la nada.



Pero, ¿por qué engañarle?, se preguntó. El viejo Ngurn, pese a ser cazador de cabezas, caníbal y casi un simio, había jugado limpio con él, de acuerdo con sus luces. Ngurn no era más que un antecesor de la ética y de los compromisos, de las consideraciones y de la amabilidad humana. Basset decidió no llevar a cabo su idea. Sería una vergüenza y un acto innoble engañar al anciano. Su cabeza pertenecía a Ngurn y Ngurn debía curarla.

Y Basset, alzando la mano, inclinó la cabeza hacia adelante, para exponer libremente la articulación de la espina dorsal, aunque se había olvidado de que Balatta no era

más que una mujer, sólo una mujer, y aún, poco atractiva. Supo, incluso sin verla, cuando la maza, de afilado filo, se alzaba sobre él. Y en aquel instante, anterior al fin, envolvieron a Basset las sombras de lo desconocido, la sensación de la gran maravilla que iban a descubrir las paredes de lo inimaginable, una vez se retirasen. Casi, cuando sabía que el golpe había comenzado y a punto de que la maza lo mordiese en la carne y en los nervios, creyó ver el sereno rostro de Medusa. Al mismo tiempo en que le golpeaban el cuello, tuvo una brevísima visión de su cabeza que giraba, giraba eternamente en la casa del diablo, junto al árbol del pan.

EL EXPERIMENTO DE BRUNO CYRIL

Por JUAN-JACOBO BAJARLÍA

Los seres extraterrestres viven entre los hombres.
(Posible inferencia del Génesis, VI, 2)

"Voy a probar mi Experimento. Es la noche del 9 de diciembre de 1953, cuando las manchas del Sol coinciden con el número 9 y la ecuación creadora es la del 3 multiplicado por sí mismo que da 9 desde todas las dimensiones y hace que 1953 sea la suma inversa de 3 veces 3 (que también es 9) disponiéndose así 9 igual a 3 por 3, y 1 más 5 más 3 igual a 9, que es 3 por 3, el número que se repliega sobre sí mismo y se expande. El ser de todos los seres es un abismo luminoso de tiempo increado que muere y se rehace desde lo ancho, lo espeso, lo largo, lo alto y arriba y abajo, al costado, al frente y atrás para que otros seres vivan y mueran desde sus nueve puntos (ancho, espeso, largo, alto, arriba, abajo, costado, frente y atrás) repitiendo su ritmo de acuerdo con una duración-velocidad que les ha sido impuesta".

Nadie entendió esas palabras contenidas en un papel cuadrangular.

Pero Bruno Cyril...

El capítulo IX del *De viris* (siglo I) contenía una frase escalofriante: "El tiempo no existe y es sólo una forma abstracta de la velocidad; pero si alguien pudiera recorrer la velocidad en el sentido inverso de su dirección, llegaría a las fuentes del ser, que es de donde ha partido". Bruno Cyril releó la frase (siempre lo

hacía). A veces pensaba que el universo era la carcajada de un dios malhumorado que se divertía sádicamente con los hombres. Los llevaba de derecha a izquierda, de lo ancho a lo estrecho. Les instilaba unas gotas de agua en los labios para dibujarles una sonrisa. Luego los aplastaba. Bruno Cyril veía las tumbas que avanzaban como signos de un enigmático alfabeto marso que, una vez colocado



bajo tierra, desaparecían lentamente. Llegar, por lo tanto, a las fuentes del ser, constituir la ley fundamental para enfrentar todo lo viviente, acaso el contacto con ese dios que nunca dejaba de destruir sus invenciones. Por otra parte el mismo Einstein le daba la razón al establecer la equi-

valencia de masa y energía en esa fórmula ($E=MC^2$) que hasta los niños repetían y modificaban en sus juegos. La materia no existía por sí misma. Era energía. Pero la energía era también velocidad.

Bruno Cyril advirtió que su experimento necesitaba de la cuarta dimensión. Bajó dos li-

bros de la estantería: el de Sewell (edición de 1895) que siempre repasaba, y el *Tertium Organum* (1911) de Ouspensky. En la introducción del primero, después de hablar de las cuatro dimensiones (longitud, anchura, espesor y duración), Sewell decía: si el tiempo no es otra cosa que una cuarta dimensión del espacio (la duración), ¿por qué se la sigue considerando aún como algo distinto? ¿Qué nos impide el movernos dentro de ella, como nos movemos en las otras dimensiones del espacio? En el capítulo IV del segundo, refiriéndose al viajero de la ciencia, Ouspensky expresaba este pensamiento: **Puede levantarse sobre el plano del tiempo y ver a la primavera atrás y al otoño adelante, puede ver simultáneamente las flores en capullo y los frutos prontos a madurar. Puede hacer que el "hombre ciego" recobre la vista y vea el camino por el que ha pasado y el que se encuentra frente a él. El pasado y el futuro no pueden "no-existir", porque si ellos no existen tampoco el presente existe. Incuestionablemente ellos existen en "alguna parte" juntos, pero nosotros no los vemos.**

Todo estaba claro. Uno se podía mover en el tiempo y hallar, en alguna parte, el pa-

sado y el futuro. Duración, tiempo y velocidad eran la misma cosa, y recorrerla en sentido inverso significaba llegar a las fuentes del ser. Pero, ¿cómo hacerlo? Las máquinas del tiempo eran imperfectas. Eran mecanismos ilógicos que podían desintegrarse en cualquier instante. Bruno Cyril se arrojó sobre el lecho. Las estrellas, en fuga hacia el infinito, ennegrecían la noche y la poblaban de extraños sonidos que avanzaban lentamente. Era la décima vez. Sus párpados quedaron sellados. Pero él sabía que una fuerza avanzaba desde la sangre hasta golpear bajo sus ojos para transponer la barrera. Veía ya las cosmonaves, las órbitas espaciales deterioradas, un planeta que se perdía en las galaxias y se aplastaba sobre cúmulos incandescentes.

Sintió que esta vez traspasaría la barrera y que podría avanzar sobre el tiempo para hallar, en alguna parte, la guarida del ser donde el pasado y el futuro se reunían para siempre en un presente de permanente movimiento. Y sintió también que su cuerpo se llenaba de propulsión. Sólo faltaba un instante. Pero apenas lo pensó, ese instante quedó anulado. Los oídos le zumbaban y se llenó de tiempo. Vio su propio cuerpo como

una línea de electrones. Porque su cuerpo era, eso: un conjunto de átomos que perdían sus formas dentro de la forma corporal, para liberarse en sus electrones. Y los electrones eran la velocidad y el tiempo.

Se movió. Se proyectó como un signo. Descendió hacia una zona luminosa. Acaso era la puerta del Infierno. Sólo alcanzó a ver uno de sus pies que ya era una pequeña línea de fuego.

No sabía si estaba muerto. El páramo era ahora un estrecho anillo que delimitaba los espacios en la zona magnética. El descenso fue vertiginoso a través de estrellas que se multiplicaban y se sustituían hasta aplastarse en lejanas galaxias o en cuásares que volvían a estallar. Entonces advirtió que el descenso era un impulso hacia adelante. Los objetos estelares se movían hacia atrás en el tiempo mientras él avanzaba vertiginosamente. Al aumentar su velocidad, la ecuación quedaba invertida porque el descenso superaba el pasado para acercarse al futuro. Su parábola cósmica, al acelerarse, retrovertía la caída en un ascenso. Las fórmulas que había estudiado y la doctrina de los autores le precisaban el texto del *De viris*.

Su imagen corporal (un plano en infinitos planos que lo convertían en un objeto tridimensional y de objeto tridimensional en una proyección de cuatro dimensiones por la multiplicación al infinito de un cuerpo tridimensional) fue luego una sola línea identificada con inacabables puntos que adherían a su vez a otros corpúsculos que convertían el cosmos en un reactor enorme, monstruoso, donde todo era tiempo que a su vez era duración y velocidad.

En ese descenso-ascenso hubo un instante. El de Bruno Cyril. Y Bruno Cyril se apoderó del concepto. En él estaba el ser. Y el ser temblaba en la serie infinita de corpúsculos. Pero otro ser inicial se apagaba y se encendía en los otros seres porque el ser inicial moría y se rehacía infinitas veces, en millonésimas de infinitas veces. El temblor entre la vida y la muerte de ese ser se transmitía a los hombres. Los hombres eran una repetición de esa forma que sólo existía como una sucesión de infinitos corpúsculos (puntos, siempre puntos) en un lugar del cosmos. Desde ese objeto puntiforme podía verse el ser a sí mismo desde lo alto (su alto), desde abajo (su bajo) o desde cualquiera de las cuatro

dimensiones, como si fuera un ser circular, un **punto redondo**. Pero el ser inicial tenía un número que se correspondía con otro número similar en el hombre. La muerte de ese número (moría cuando el corpúsculo se apagaba) era la muerte del hombre que lo llevaba de modo invisible. El tiempo era la velocidad de una cuarta dimensión a través de la cual transitaban todas las formas corporales.

Pero Bruno Cyril...

En la mesa de Bruno Cyril, muerto definitivamente, había un papel cuadrangular que todos leyeron sin entender. Bru-

no Cyril, consumido, yacía sobre el lecho, reducido a una estatura pequeña que jamás había tenido. Parecía un animal monstruosamente arrugado, un enano en cuya estructura apenas sobrevivían sus antiguas formas. Alguien, aterrorizado, impulsado por un sentimiento imprevisible, quiso tocarlo y extendió su mano. Sintió que el fuego lo devoraba. Pero bastó ese contacto para que Bruno Cyril se despararramara convirtiéndose en un líquido sanguinolento que luego se evaporó sin dejar huella alguna de su existencia.

FARMER

—Philip José Farmer, autor de *The Universe Maker* (El Hacedor de Universos), acaba de finalizar el cuarto volumen de la serie de "Opar", ciclo de aventuras que recrean la vida de la ciudad que inmortalizara Edgar Rice Burroughs a través de un personaje ya mitológico: Tarzán. El libro, al igual que la trilogía, será publicado por Ace Books, editorial dirigida por Donald Wollheim, otro famoso autor y ensayista de ciencia-ficción.

REUNION

—Se celebró en Londres la *Third British Comicon*, o sea la Tercera Convención Nacional de los Dilettantes del Comic. En ella se desarrolló un extenso programa de actividades, que incluían proyecciones de películas, charlas, baile de disfraces y exposición de arte.

Sin embargo, y como siempre ocurre en este tipo de reuniones, la actividad a la que los aficionados dedicaron mayor interés fue la compra, venta e intercambio de ejemplares raros de la historieta.

EL FIN DEL MUNDO

—Los productores de *Tiburón*, Richard Zanuck y David Brown, planean gastarse 20 millones de dólares en un espectacular film sobre el fin del mundo, cuyo guión está en manos de Anthony Burgess (autor de *La Naranja Mecánica*). Y también Irwin Allen (al que debemos *Infierno en la Torre*), está preparando una película de SF: *The Day the World Ended* (El día en que se acabó el mundo).

SUPER ALBUM el misterio de los PLATOS VOLADORES

Platos Voladores
¿Camuflaje para OVNI?

SERIE EXTRA TERRESTRES
DE ZONAS DE ALTIURA

CONTACTO CON OVNI
ASÍ SE PUEDEN
OBTENER
EN EL MUNDO

El Orígenes místico
de los Paravientos

TRES NAVES EXTRA TERRESTRES
INTERFIEREN UNA AVIONETA

PUERTO DE MEXICO



TIRADA
LIMITADA
Reserve
su ejemplar

Una excelente
selección de los
casos más
apasionantes
del misterio
de los OVNI

CUENTO DEL LECTOR

LOS QUE VIENEN

POR LA NOCHE

H.P. LEWIS



No, Dr. Castro, no estoy loco, aunque quisiera estarlo. Pero... Tal vez lo esté, esa es mi única esperanza. Hay algunas personas que podrían poner luz en todo este asunto, pero temo hablar con ellas, temo descubrir con abominable certeza que todo aquello sucedió en realidad.

Si quiere le contaré todo tal como sucedió. Le explicaré por qué temo dormir mucho tiempo y no lo hago nunca por las noches, el porqué no puedo descansar con las lu-

ces apagadas y noche tras noche vivo en constante zozobra, temiendo dormirme, sometiéndome a los más descabellados tratamientos para evitarlo, hasta sumergirme en este estado de semilucura; pero le advierto que corre el espantoso riesgo de creermelo. De lo que le suceda de allí en más no me hago responsable.

Como se habrá enterado, mi "enfermedad" se desencadenó con la muerte de mi amigo el psiquiatra Carlos Urrutia, pero en realidad no tiene que

ver con la muerte en sí, como muchos creen, sino con algo que está relacionado con su causa.

Carlos había realizado últimamente algunas investigaciones de importancia, por lo que había conseguido ser aceptado como colaborador en una revista de la especialidad.

Uno de los trabajos más importantes sobre psicofísica que publicó, trataba sobre las ondas magnéticas que irradia el cerebro humano durante el sueño.

Para llevar a cabo el experimento tuvo que utilizar un medidor de intensidad electromagnética y una máquina que permite medir la profundidad del sueño, diseñada por él. Por esta razón se vio obligado a requerir mi ayuda, ya que necesitaba suplir sus deficiencias en electrónica con mi experiencia en ese campo que, como usted sabe, es considerable.

Como era de esperarse, a la semana de publicada la nota, numerosas cartas de consulta llegaron a la redacción de la revista. Carlos se las llevó a su casa y me pidió que fuese por la noche para ayudarlo a responderlas, ya que yo conocía los detalles del experimento casi tanto como él.

Esa noche, cumpliendo lo prometido, concurrí a su casa.

Luego de un rato de charla amenizada por una taza de café, nos abocamos a la tarea nada fácil de responder las cartas. Después de algunas horas de trabajo, habíamos contestado más de la mitad y Carlos propuso tomarnos un momento de descanso.

Me levantaba de mi asiento para dirigirme a la cocina a preparar café cuando una de las cartas llamó mi atención; ésta despedía un intenso y desagradable olor que ya había percibido antes, pero cuyo origen no había logrado localizar. Tomé la carta y se la entregué a Carlos. Luego de olfatearla la retiró de su rostro con un gesto de desagrado y dijo que olía a tánis. El tánis, me explicó luego, es una hierba bastante rara que utilizan los adeptos a la magia negra, según se dice, para confeccionar ciertos amuletos.

Ante tan singular detalle, Carlos exclamó en tono de burla que debíamos leer la carta cuanto antes, pues de lo contrario, en cualquier momento un ser monstruoso podía introducirse por la ventana para reclamarnos la respuesta. Además agregó en el mismo tono, que era nuestro deber fomentar el acercamiento entre dos ciencias tan afines como la magia negra y la Psiquiatría. En vista de esas serias razones, preparé café,

y mientras lo bebíamos, Carlos abrió la extraña carta (la que luego de los terribles sucesos acaecidos, quedó grabada para siempre en mi memoria), y comenzó a leerla en voz alta:

"Sr. Carlos Urrutia, me dirijo a Ud. para felicitarlo por el brillante artículo que ha publicado, al que considero como una clara muestra de los avances que ha logrado la ciencia en general y la psicofísica en particular, dentro de nuestro medio. Sin embargo, me veo en la obligación de hacerle notar que no ha reparado en la necesidad de analizar, profundamente, los efectos que produce el magnetismo cerebral sobre el medio físico. Le advierto, que a pesar de que esta faceta de la investigación corresponde más estrictamente al campo de la física, sus consecuencias no dejarán de interesarle, ni a usted ni a ningún científico que se precie de tal. Esa vía de investigación es la llave de muchos arcaicos y terribles misterios que han preocupado al hombre desde su propio comienzo, así como del secreto de muchos de sus más ocultos terrores.

Científicos de todas las épocas han intentado estudiar estos fenómenos marginándose de la ciencia por considerarla, acertadamente, viciada de es-

quematismos y formalidades que impiden el desarrollo del conocimiento humano.

Estos científicos fueron aquellos a quienes vulgarmente se denominó nigromantes, muchos de los cuales murieron víctimas de la ignorancia y el irracional temor a lo desconocido de los que siempre han hecho gala los hombres de todas las épocas. Creo que usted, como esos grandes científicos, se interesa por la Verdad y está dispuesto a romper con los formalismos que atan a todos los hombres comunes. Por eso le ofrezco la oportunidad de desentrañar algunos de los oscuros misterios más celosamente guardados por el insondable universo en que vivimos.

Si le interesa mi oferta, no dude en venir a verme. Mi dirección es:

Avenida Medrano 46, 6º piso. Sé que la utilizará. Espere con impaciencia su visita su lector e incondicional amigo: Rafael Fowel."

Al terminar la lectura un profundo silencio se apoderó de la habitación. El espectro de la extraña carta parecía palpar entre nosotros, burlándose de nuestra perplejidad.

Hablé entonces tratando de borrar con mis palabras la desagradable sensación que había comenzado a dominarme.



Sonriendo le dije a Carlos que seguramente el tipo estaba chiflado o que de lo contrario se trataba de un estupendo bromista. El me miró con fijeza, como tratando de adivinar mis verdaderos pensamientos, y sonrió con algo que me pareció un dejo de ironía. Dijo entonces con una seriedad que me sobresaltó, que quizás yo tuviera razón, pero a él no le parecía la obra de un bromista. Le pregunté sorprendido si pensaba visitar al misterioso sujeto y asintió. Argüí nerviosamente que si el individuo estaba loco podía resultar peligroso. Carlos me miró sonriente y me respondió que no lo creía probable, pero que en ese caso (agregó mientras reía maliciosamente) el asunto tomaba un cariz más interesante para él, ya que tendría una mayor relación con su especialidad que la invitación original. Su divertida afirmación logró aflojar la tensión de mis nervios, algo alterados

por la extraña carta, predisponiéndome para continuar con nuestra tarea.

Terminamos el trabajo con relativa rapidez y Carlos me pidió que la noche siguiente lo acompañase a visitar al remitente de la enigmática carta. Yo traté de excusarme pues la idea no me seducía en absoluto, pero Carlos, haciendo uso de toda clase de artimañas y de su enorme poder de persuasión, logró convencerme. ¡Ojalá no hubiera podido hacerlo! Durante todo el viaje hasta mi casa y aún en la vigilia, hasta que el sueño selló mis párpados, me dominó la extraña idea de que algo terrible nos acechaba.

En la mañana, con el comienzo de las tareas diarias, en medio de la tranquilizadora rutina, el temor se desdibujó; pero al caer la tarde me envolvió nuevamente en sus siniestras redes.

Quando salí de mi empleo, me dirigí a casa de Carlos, re-

suelto a pretextar cualquier excusa que me impidiera acompañarlo o de lo contrario, a disuadirlo de esa tonta entrevista.

En realidad lo que más me preocupaba era la posibilidad, que a cada momento se me aparecía como más probable, de que el remitente de la carta no estuviera ni loco ni empuñado en una broma de mal gusto. La carta no era nada compleja. No tenía detalles terribles ni frases extrañas, ni estaba ornamentada por nombres demoníacos, cosas con las que seguramente contaría (pensaba yo) tratándose de alguno de los dos casos. En el primero como reflejo de sus obsesivas lecturas y fantasías, en el segundo, paradójicamente, para darle mayor realismo.

No, la carta no era nada compleja, al contrario, era simple y concisa, reflejando una mente clara y científica, totalmente libre de las tinieblas de la locura; pero su breve texto insinuaba terribles realidades que se hallaban más allá de nuestra razón.

Al llegar a casa de Carlos, éste me recibió alegremente. Su despreocupada actitud logró avergonzarme de mis tontos temores y me reprendió al haberme dejado arrastrar por mi impresionable imaginación. Partimos luego en su coche ha-

cía la dirección indicada en la carta. Durante todo el camino charlamos animadamente, conjeturando entre risas acerca de la sombría apariencia de nuestro futuro anfitrión, si es que en realidad existía.

Llegamos a nuestro destino con relativa rapidez. Estacionamos el auto en un pasaje que había junto al viejo edificio, entramos en él, y luego de recorrer un oscuro pasillo, subimos en un rechinante ascensor hasta el 6º piso. Carlos tocó el timbre y aguardamos en silencio. La puerta se abrió lentamente, y tras ella, apareció un hombre de mediana estatura y unos 50 años de edad. Su aspecto general no era sombrío ni siniestro en el término específico de estas palabras, pero al mirar su apático rostro, tuve la vaga sensación de no haber sido visto por él, o mejor dicho, que no daba a mi presencia la menor importancia pues su atención parecía absorbida por otras presencias. Pero esa sensación desapareció ni bien él se hubo enterado de quienes éramos, tornándose solícito y afable al invitarnos con un cordial ademán a entrar en su residencia. Atravesamos el recibidor introduciéndonos en una habitación medianamente amplia en la cual nuestro anfitrión nos invitó a sentarnos en sendos sillones. El dueño

de casa nos imitó, y mientras se servía una copa de brandy después de haber llenado las nuestras, comenzó a hablar con su oscura voz, que sonaba como la nota más grave de un fagot.

—Les agradezco que hayan aceptado mi invitación. En realidad, temí que el escepticismo los llevara a no prestar atención a mi carta debido a sus extrañas sugerencias. Reconozco que éstas podrían contribuir a formarles la impresión de que el autor es un lunático aficionado a la literatura fantástica. Y quizá tengan esa impresión a pesar de haber venido.

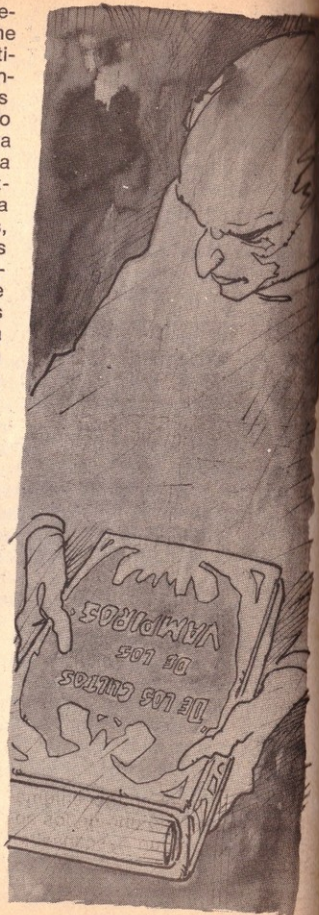
En verdad soy un científico como ustedes, y mis primeros contactos con la magia negra se ocasionaron en forma accidental, producto quizá de mi denodado afán de profundidad científica.

Todo comenzó cuando, para doctorarme en antropología, debí preparar una tesis sobre el origen y desarrollo de las religiones en los pueblos primitivos y civilizados. Esto me obligó a tomar un profundo contacto con todo tipo de ritos y leyendas pertenecientes a los lugares más recónditos y lejanos de nuestro planeta. Al llevar a cabo este trabajo, un elemento sumamente extraño despertó mi curiosidad. Es sabido que todas las religio-

nes tienen numerosos puntos de coincidencia, debido a que reflejan en forma simbólica la estructura psicológica y social del hombre. Durante mi trabajo, choqué con diversos elementos que eran casi idénticos, especialmente en las religiones más primitivas. Dichos elementos tenían una semejanza que sin embargo no era explicable ya que más que simbólicas eran materiales. Una de las más inquietantes se presentó al comparar por casualidad las fotografías de dos estatuillas de una antigüedad incalculable. Una de ellas, según figuraba en los catálogos, había sido desenterrada en el centro del Amazonas, mientras que la otra fue encontrada en las heladas estepas de América del Norte. Para mi sorpresa ambas eran iguales, excepto por algunos detalles que eran la evidente consecuencia de haber sido plasmadas por diferentes artesanos. Esta coincidencia parecía absurda ya que a pesar de lo irreal de la entidad representada, aparentaba haberse utilizado un mismo modelo.

Este y otros extraños hechos no tenían ninguna explicación racional, y por el contrario, sugería el desmantelamiento de todas las estructuras científicas actualmente aceptadas.

Cuando finalicé mi tesis dejé la carrera a un lado y me dediqué de lleno a la investigación de estos hechos. Encontré muchos más de los que esperaba, constituyendo éstos un verdadero enigma para todas las ramas de la ciencia. En busca de una explicación para esta monolítica masa de increíbles realidades, me vi obligado a salir de los límites del conocimiento convencional. Así fue como me aboqué al estudio de antiguos tratados de alquimia y magia negra. Para mi sorpresa, en estos libros encontré muchas de las respuestas que buscaba, pero junto a éstas hallé enloquecedoras sugerencias sobre la naturaleza del cosmos que habitamos. Sólo mi incredulidad inicial me salvó de la locura. Mis primeros hallazgos me animaron a continuar la búsqueda, pero a medida que evolucionaban mis estudios, la incredulidad fue cediendo su lugar a un convencimiento cada vez mayor. Finalmente, impactado por mis descubrimientos, comencé la práctica de experimentos y rituales para comprobar su veracidad. Pero de los resultados obtenidos no les diré nada en concreto, ya que con seguridad los tomarían como el delirio de un demente; sólo les diré que fueron suficientemente eficaces como para se-



pultar todas mis dudas bajo el peso de una inexorable realidad.

Carlos y yo escuchamos atentamente el relato del Dr. Fowel. Cualquiera pensaría que tuvimos que hacer grandes esfuerzos para no interrumpir su prolongado e increíble monólogo con escépticos comentarios. En realidad hubiera querido que así fuera; sin embargo, el tono de su voz y la sencilla lógica de su relato lo hacían parecer espantosamente convincente. Repentinamente Carlos rompió el silencio con voz alterada.

—Todo esto es muy interesante —dijo—, aunque algo difícil de aceptar. Y agregó luego de una pausa: —Quisiera que me explicase a qué se refería en la carta cuando designó a mi experimento como la llave de ocultos misterios.

Busqué vanamente en la mirada de Carlos un brillo cómplice que denunciara la broma con que planeaba ironizar a nuestro interlocutor (que en mi opinión estaba tomándonos el pelo), y en cambio hallé una mirada absorbida por febriles pensamientos.

El Dr. Fowel sonrió enigmáticamente, tomó uno de los antiguos libros que descansaban en su biblioteca y leyó el título en voz alta: "De los Cultos

de los Vampiros". Recorrió las amarillentas páginas, deteniéndose al hallar la buscada y, con una voz que denotaba una mal reprimida satisfacción, leyó su extraño encabezamiento: "Los que vienen por la noche".

Hizo una prolongada pausa mientras nos observaba con fijeza. El profundo silencio que hería mis oídos se quebró cuando lentamente la voz del Dr. comenzó a reproducir el terrible texto:

"Mientras los hombres duermen, se abren las puertas de los insondables misterios cosmogónicos, dejando penetrar a aquellos que los acechan, protegidos tan sólo por el velo de su frágil sueño y el piadoso escudo de su ignorancia.

El cuarto sueño de los hombres rompe los abismales campos del mundo temporal, abriendo las puertas de los círculos purpúreos. Por ellas penetran los abominables "Nodels", que, temerosos de la luz, se aventuran sólo bajo las estrellas o en la oscuridad de las habitaciones. Sus viscosos cuerpos azules se deslizan sobre las bailoteantes patas de macho cabrío, al danzar sus amoríficas figuras un extraño ritual para despertar a la indefensa víctima y devorar su ser. Si no logran su cometido se retirarán, insatisfechos a la hambre blasfema, cuando la mente del durmiente vuele hacia otros

campos del mundo onírico. Pero regresarán noche tras noche sus sombras sin forma, para hacer suya la codiciada presa".

El Dr. Fowel levantó su apático rostro de la lectura, y con una irónica sonrisa, observó la expresión de los nuestros.

Yo estaba dominado por una irracional sensación de temor y él no dejó de percibirlo con evidente placer, mientras depositaba el diabólico volumen sobre la mesa.

Todo aquello era tan absurdo que cualquiera habría pensado que formábamos un trío de locos perdidos. La siniestra atmósfera reinante, que nos envolvía junto al fantasmal personaje, amenazaba con hacerme olvidar toda lógica. Repentinamente reaccioné. Me sentí como un tonto del cual un eximio bromista se hubiese burlado impunemente. Miré a Fowel con aire desafiante y lo increpé:

—¡Usted nos ha tomado por imbéciles!

Carlos me miró en silencio y Fowel, acentuando aún más su desagradable sonrisa, respondió:

—Usted se muestra muy escéptico, pero quizás eso suceda porque reconoce algo terriblemente familiar en lo que acabo de leerles. Porque todos hemos visto en la oscuridad de la habitación som-

bras que se retuercen tratando de llegar hasta nosotros, hemos escuchado que algo se agita entre los muebles cuando nada, absolutamente nada, debería quebrar el silencio; y nuestra desesperada mente trata de convencerse de que todo es un engaño de los fatigados sentidos.

Pero no los culpo si no me creen —agregó burlón— y quizás su incredulidad les sea beneficiosa, pues en caso contrario ellos tendrían mayor facilidad en hacerlos víctimas de su hambre aborrecible.

La sarcástica respuesta se atrancó en mi garganta cuando Carlos rompió inesperadamente su silencio.

—¿Y a qué se atribuye normalmente el deceso de las víctimas? Ya que jamás se ha descubierto ninguna —dijo, para mi sorpresa, como aceptando el contenido del siniestro párrafo.

Fowel lo miró con complacencia y le contestó:

—En general se lo confunde con un derrame cerebral, muerte bastante frecuente. Especialmente en los ancianos que tienen sueño muy liviano —agregó en tono sugerente—. Como esta muerte no es accidental (salvo que se trate de un fuerte golpe en el cráneo, que no es el caso que nos interesa), no requiere autopsia, procedimiento

que quizás revelaría su verdadera naturaleza.

Carlos asintió, en su rostro se dibujaba un gesto de profunda meditación. Inesperadamente se puso de pie y se despidió estrechando la mano de nuestro anfitrión. Yo, sorprendido y asustado por la extraña actitud de mi amigo, no atiné a articular palabra alguna, limitándome a seguir sus pasos. Entramos en el ascensor en medio de un tenso silencio. Entre nosotros reinaba la siniestra fantasmagoría de aquella misteriosa entrevista. Recién en el automóvil me atreví a preguntarle, algo violentamente, si en realidad se había dejado impresionar por ese conjunto de ridículos. Carlos me afirmó con una sonrisa tranquilizadora que no había creído una sola palabra de lo dicho aquella noche. Pero agregó que la idea de que el magnetismo cerebral afectaba los límites dimensionales era sumamente interesante y no del todo descabellada, ya que numerosos experimentos han señalado al magnetismo como la llave de las puertas de nuestro espacio-tiempo. Repliqué que todo aquello eran meras conjeturas y me respondió que él pensaba comprobarlas esa misma noche. Le sería muy sencillo conectar un electrodo a la máquina para que lo despertase con

un impulso eléctrico durante el cuarto sueño, así podría verificar si existían perturbaciones ambientales. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al asociar las palabras de Carlos al contenido del misterioso volumen. Mas, a pesar de mi aprensión, no me atreví a pedirle que no lo hiciera, pues me avergonzaba recordar los efectos de la impresión causada en mí por el insólito personaje.

Cuando llegamos a mi casa le pedí que tuviese cuidado al realizar la experiencia pero él me tranquilizó argumentando que era sencilla y no constituía ningún riesgo. Nos despedimos y partió en el auto sumido en sus pensamientos. La expresión de su rostro me reveló que su aparente tranquilidad era sólo una máscara.

Presa de un terrible desasosiego me introduje por fin en mi cama, previa ingestión de un sedante, para sumergirme en un profundo sueño.

A la mañana siguiente me desperté tarde, agotado por las intensas pesadillas que me asaltaron durante la noche. Me duché rápidamente, bebí una voluminosa taza de café negro para despejar mi adormilado cerebro, y me disponía a partir hacia mi trabajo cuando recordé el experimento de Carlos.

Intenté telefonarle, ansioso

por los resultados, pero nadie respondió al otro lado de la línea.

Algo preocupado, ya que Carlos no debía salir de su casa esa mañana, decidí averiguar si había sufrido algún contratiempo.

Salí apresuradamente de mi casa y me metí en un taxi. Los más descabellados temores circularon por mi cabeza que ahora, ya totalmente despejada, recordaba la siniestra charla de la noche anterior.

Al llegar, me precipité hacia la puerta de entrada, accionando el llamador repetidas veces. Al no obtener respuesta decidí entrar. Afortunadamente, dada nuestra gran amistad, Carlos me había entregado una copia de su llave que introduje nerviosamente en la cerradura. Al penetrar en la estancia, un repulsivo olor hirió mi olfato y suponiendo que era gas abrí las ventanas.

Luego me dirigí a la habitación de Carlos. En ella me esperaba un cuadro sobrecogedor: en el lecho se hallaba mi amigo con los ojos abiertos como platos, flotando en su rostro contraído una mueca de mortal espanto.

Me precipité sobre él, quitándole los electrodos que aún llevaba en la frente y tomé su pulso, verificando con horror que no podía hallarlo. Desesperado corrí al teléfono, mar-

qué el número de la Morgue y pedí por el Dr. Pedreira, amigo personal de Carlos, quien urgido por el angustiado tono de mi voz acudió rápidamente. Tras poner en práctica todos los recursos médicos, y no obteniendo ningún resultado, nos vimos obligados a aceptar que Carlos había dejado de existir. Luego de un exhaustivo examen y de tomar conocimiento del experimento en el que Carlos se hallaba embarcado en el momento de su deceso, el doctor dictaminó que la causa de la muerte era un derrame cerebral, probablemente producido por la descarga destinada a despertarlo.

La escalofriante sensación de hallarme frente a lo desconocido me dominó. La explicación del médico era factible, pero la fatal coincidencia despertaba en mí los más abrumantes temores.

El doctor me comunicó entonces que por tratarse de una muerte accidental, cuya causa no era del todo clara, debía realizar oficialmente la autopsia del cadáver. Luego de informar a la policía telefónicamente, pidió una ambulancia para transportar el cuerpo a la Morgue. Yo, incrédulo y temeroso, me quedé observando en silencio los preparativos, hasta que finalmente llegó la ambulancia y dos enfermeros transportaron el inerte cuerpo



de Carlos, mientras un torbellino de ideas macabras comenzaba a tomar forma en mi cerebro. Repentinamente, la verdad me asaltó sin misericordia: la carta, la misteriosa entrevista con Fowell, la extraña muerte de Carlos y la horrrorosa expresión de su rostro, aparecieron como las partes de un rompecabezas cuya solución tenía la clave en los más profundos abismos del horror humano, más allá del espacio-tiempo.

Sentí que me volvería loco si no hacía algo por evitarlo. Decidí entonces presenciar la autopsia: eso terminaría con las obsesiones dadas que amenazaban con arrebatarle la razón. Formulé mi pedido al Dr. Pedreira, y éste intentó disuadirme explicándome que no estaba legalmente permitido

y agregando además que, si para confirmar el diagnóstico se veía obligado a trepanar, el espectáculo sería sumamente desagradable para mí. Insistí vehementemente argumentando de todas las formas posibles. Pero creo que fue la imperiosa angustia de mi tono lo que decidió al doctor en mi favor.

La ambulancia recorrió el breve trayecto hasta la Morgue en poco más de diez minutos, durante los cuales mi nerviosismo llegó a su climax. Al llegar nos encaminamos junto a los restos mortales de Carlos hacia la sala de autopsias.

Y ésta es la parte más escalofriante de mi relato. Quisiera no tener que contárselo pues temo por usted, por su equilibrio mental, y por otras cosas que no me atrevo a nombrar. Pero usted lo ha querido, me ha pedido que le cuente por qué me hallo recluso en este estado demencial. Pues bien, se lo diré: cuando el doctor efectuó la trepanación para verificar la presencia de coágulos en los vasos sanguíneos, cuando abrió ese cráneo que no tenía ninguna cicatriz ni herida, ¡oh, Dios mío!, ni siquiera un hematoma... ante nuestros ojos quedó al descubierto el cerebro, totalmente destrozado a dentelladas.

Umbral Tiempo Futuro

CINE DE CIENCIA FICCION

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

Por EDUARDO J. LYNCH



La guerra de las galaxias

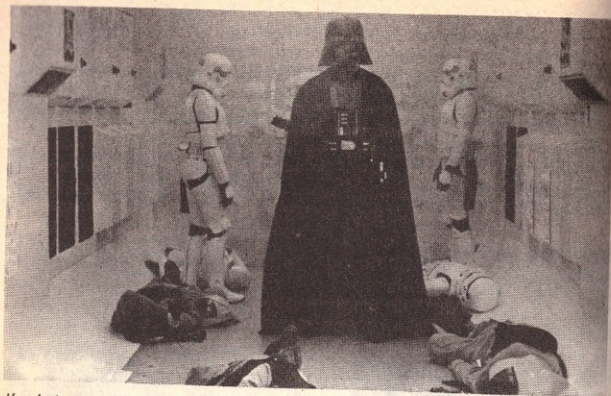
La lucha entre el bien y el mal es posible que sea la fórmula más simple y eficaz para esquematizar las relaciones del hombre. Desde el primer mito o la primera leyenda de este universo en expansión hasta la guerra interplanetaria concebida por autores como

Defontenay, Wells, Ballard y Cordwainer Smith, los humanos se agredieron entre sí a través de estas instancias demarcatorias del carácter. La cinematografía retoma ahora la fórmula en **La guerra de las galaxias (Star Wars) (1977)** del director George Lucas, filmada por la **20th Century-Fox**. Pero la amplía a una nueva significación de la guerra de los mundos, al parecer tan lejana y tan inminente en la historia del hombre y sus creaciones mortíferas. Pero aquí no se trata de planetas recién descubiertos o del tiempo subjetivo como aparece en **The Man who Fell to Earth (1977) (El hombre que cayó a la Tierra)**, de Nicholas Roeg sobre la novela homónima de Walter Tovis, sino de mundos de avanzada, "usados" según el término de Lucas, obliterados por el tiempo concreto de las relaciones.

LOS SERES ESPACIALES

Esa vieja lucha entre el bien y el mal, con sus personajes característicos, adquiere una estructura expresiva en **La guerra de las galaxias**. Luke Skywalker odia la granja en que trabaja en el planeta **Tatooine**. Está cansado de una vida rutinaria, sin porvenir. Un





día intercepta un llamado que viene del espacio: el de la princesa **Leia Organa** (Carrie Fischer) que pertenece al planeta **Alderaan**. Luke Skywalker advierte entonces que hay un imperio galáctico que pretende someter los planetas. Adquiere conciencia de que existe el mal: de una destrucción inminente en cuya significación se alza **Lord Darth Vader** (David Prowse), el Espíritu Diabólico, mitad robot mitad hombre, con el que colaboran los robots **C3-PO** (Ce Trespeó) y **R2-D2** (Eredos Dedos), este último de memoria imbatible.

La guerra entre los rebeldes y el imperio galáctico se hace cruenta, con armas jamás vistas y sables de rayos láser. Luke Skywalker y la princesa

Leia combaten contra el Espíritu Diabólico. Éste destruye todo lo que toca con sus poderes sobrenaturales, y es secundado por **C3-PO** y **R2-D2**, portadores de los planes secretos de la **Estrella de la Muerte**, estación espacial con capacidad para desintegrar un planeta en 5 segundos.

Hay otros personajes como **Ben Kenobi** (llamado también **Obi-Wan**) (Alec Guinness), caballero guerrero de la Orden de Jedi, que toma posiciones contra los imperialistas galácticos y se refugia en las montañas de Tatooine. Es el símbolo del bien. También están **Chewbacca** (Peter Mayhew), un centenario hombre-mono, conductor de cosmonaves, que se hace entender por gruñidos, y un **Gran Moff Tarkin** (Peter



Cushing) que encarna al traidor ambicioso, capaz de accionar los dispositivos de la Estrella de la Muerte. Habrá destrucciones, contagio del mal y catástrofes espaciales. Pero Luke Skywalker y la princesa Leia triunfarán finalmente contra el mal que crecía incesante entre los conductores mortíferos del imperio galáctico. En esta guerra de los mundos el hombre sobrevive a la destrucción para cimentar su inmortalidad.

HISTORIA DE UN HOMBRE

En el informe de la Fox, la trayectoria del prestigioso joven director está dada en estos términos que seguimos casi literalmente:

George Lucas nació el 14 de mayo de 1944 en una chacra nogalera de Modesto, en California. Lo enloquecían las carreras de autos, pero un grave accidente lo disuadió de este deporte. Fue cuando conoció al cineasta Haskell Wexler, quien lo estimuló a estudiar cine en la Universidad del Sur, en California. Allí rodó ocho films y se graduó. Luego fue maestro de camarógrafos de la Armada de los Estados Unidos. Su primer filme profesional fue **THX 1138: 4EB**. Francis Ford Coppola fue su productor ejecutivo. Lo protagonizaron Robert Duvall y Donald Pleasence. Ganó un premio en el Festival Estudiantil 1967-68 y fue elegido para un corto documental sobre el rodaje de **El oro de Mac**



Kenna, de Carl Foreman. Después obtuvo una beca de la Warner Bros para cubrir la filmación de *Finian's Rainbow*, de Coppola. En 1973 coescribió y dirigió *American Graffiti*, nominado para 5 Oscars y ganador del Golden Globe. Su esposa, Marcia Lucas, es una de las compaginadoras de *La guerra de las galaxias*. Esta

tarea la realizó asimismo para Martin Scorsese en *Alicia ya no vive aquí*, *Taxi Driver* y *New York New York*. Junto a Verna Fields recibió nominación para el Oscar por su trabajo en *American Graffiti*.

Gary Kurtz fue el productor del filme. Tiene 37 años y trabajó como asistente del realizador Monte Hellman.

LA PREOCUPACIÓN DEL FUTURO

De las declaraciones de George Lucas sobre el filme, transcribimos las siguientes: "El problema con el futuro en la mayoría de las películas es que todo aparece limpio y brillante (...) Necesitamos, por lo tanto, para crear mayor verosimilitud, un futuro usado. Las cápsulas Apolo fueron instructivas en ese sentido. Cuando los astronautas regresaron de la Luna, uno tenía la impresión de que las cápsulas estaban llenas de papeles de caramelos y viejas latas de jugo de frutas, no más exóticas que una camioneta familiar después de un picnic. **La guerra de las galaxias** no tiene puntos de referencia en términos terrestres, tampoco espaciales con los que estamos familiarizados, ni acerca del futuro. Trata de un pasado en alguna galaxia o algún presente extra-temporal. Es un tiempo y un espacio decididamente habitado y usado".

Otro de los propósitos de Lucas fue el de hallar una equivalencia en términos de futuro respecto de esa fuente que significaron los filmes del Oeste. Agotadas estas aventuras juveniles en las que él mismo se había formado, era imprescindible mirar hacia adelante para hallar otra creación con igual interés.

EL TERCER OJO

Lobsang Rampa no es ni lama ni es tibetano. Tampoco habla el idioma de los lamas, de cuyos misterios tampoco sabe mucho o sólo se basa en libros de divulgación. Tampoco se llama Lobsang ni se apellida Rampa. Es un inglés que se llama sencillamente Mr. Hoskins, quien en 1957 escribió *El tercer ojo*, incluyéndose como protagonista lamaísta que a los 7 años padeció una operación en la frente para "despertar" el tercer ojo. La operación se realizaba mediante un punzón de madera que penetraba lentamente en el hueso. Si esto fuera cierto, habría muerto instantáneamente.

Cuando el editor le observó que le extrañaba que un lama no supiese una sola palabra de tibetano, Hoskins, según Hutin, a quien seguimos en toda esta nota, contestó:

—Fui hecho prisionero por los japoneses, quienes me torturaron tratando de obtener de mí una serie de secretos relativos a mi patria. Para tener yo la seguridad de que ni tan siquiera el más espantoso dolor lograría soltar mi lengua, hice un conjuro mágico por el cual se borraron de mi memoria todos los conocimientos de mi lengua materna. Después, liberado ya, y aún a pesar de todos mis múltiples esfuerzos, no he logrado recordarla, tal era el poder de aquel sortilegio.

Ya sabemos cuál era el subtítulo del libro aparecido en 1957: *Un lama tibetano cuenta su vida*.

CORREO LASER DE LECTORES

Señor Director:

Termino de leer los dos primeros números de la revista UMBRAL TIEMPO FUTURO y no he podido resistir la tentación de expresar mi opinión acerca de lo publicado en dichos números.

En primer lugar, paso a analizar el número 1: Me gustaron los cuentos *Fin de semana en el prado* y *Cuatro cuentos de impacto*. También *El Pavo Real que tocó las nubes*, aunque el final no me satisfizo del todo. Con respecto a los artículos, muy buenos; de la novela corta, mejor no opinar... CALIFICACION DEL NUMERO: Bueno a regular... Con respecto al número 2, opino lo siguiente: Excelente la idea del Correo Laser de Lectores. Es una buena vía de comunicación entre aficionados-revista y aficionados entre sí. Muy bueno el cuento *Hay que ser realistas*, y colosal, la novela corta *Antes de llegar golpea*. En cuanto a *La divina metamorfosis*, tuvo un buen comienzo, pero el final no me agradó (en realidad no me gustan las especulaciones pseudofilosóficas dentro de la ciencia-ficción). El cuento *La Parva* no aporta

nada nuevo al género. Los artículos buenos y las ilustraciones (especialmente las de la novela corta), *muy buenas*. CALIFICACION DE ESTE NUMERO: Bueno.

Creo que la revista mejoraría mucho si se afectuaran los siguientes retoques:

1) Incluir en cada número, por lo menos, un cuento (o novela corta) de algún GRANDE del género (léase Asimov, Clarke, Sturgeon, Bradbury, Heinlein y otros).

2) Incluir una sección de crítica de libros y poner la sección CORREO LASER en las últimas páginas de la revista (aumentando, si es posible, el número de páginas).

3) Anunciar (también en las últimas páginas) todas las publicaciones que se hayan efectuado en el país, sobre el género, para guía de los aficionados.

4) Una sección donde los aficionados puedan conocerse, intercambiar direcciones, libros, etc.

5) TAPAS con una gran ilustración o donde sólo figure el nombre de la revista, número y fecha.

Estas son mis "recetas" para mejorar la revista que, de

esa manera, puede llegar a ser LA MEJOR de habla hispana (recuerden que en España tienen una "hermana" que se denomina NUEVA DIMENSION y de la cual el que suscribe es el corresponsal en Argentina; esto último lo digo sólo a título informativo).

Por último, desearía incluir mi dirección a efecto de que otros aficionados me escriban para intercambiar libros, ideas, etc.

DANIEL LUJAN HEREDIA
Calle 9 de Julio Nº 34,
(8132) Médanos, Pcia.
de Buenos Aires.

N.D.: Agradecemos tan extensa y crítica carta. Creo que en este número encontrará parte de lo que solicita: Una entrevista a Bradbury, un cuento de Juan Jacobo Bajarla y una apertura a los GRANDES. También crítica literaria y cinematográfica. Esperamos ser la mejor revista de Latinoamérica. Gracias.

Señor Director:

Por intermedio de vuestra muy buena revista, quisiera recomendar al SEÑOR BUEN LECTOR que si realmente sabe leer, busque en alguna librería o biblioteca pública, algo de los siguientes autores: H. G. Wells, Julio Verne, Edgar

Allan Poe, H. P. Lovecraft, Mary Shelley, Arthur Machen, Chaires Dickens, Bram Stoker, Lord Byron, R. L. Stevenson, Franz Kafka, Gustav Mejrink, Jack London, A. Bierce, C. Baudelaire, Scheridan Le Fanu, Guy de Maupassant, Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, A. Bioy Casares, Oscar Wilde, Henry James, E. T. A. Hoffman, Julio Cortázar, N. V. Gogol, T. Gautier, G. A. Bécquer, Emilia Pardo Bazán, J. de Espronceda, Cyrano de Bergerac, Leopoldo Lugones, Ray Bradbury, C. Simak, T. Sturgeon, O. Stapledon, J. Wyndham, J. C. Ballard y muchos otros de larga fama. Si estas personas escribieron "tonterías y bobadas como entiende el SEÑOR BUEN LECTOR en su carta del número 2 de UMBRAL TIEMPO FUTURO con respecto a la temática, entonces la Tierra debe ser cuadrada. Y si por casualidad el SEÑOR BUEN LECTOR no los ha leído, le sugiero que licencie a ese policía tan serio que vigila en su cerebro y los lea. Pasará muy buenos momentos. Vamos, señor buen lector, rompa esos barrotes y salte desde esas troneras. Encontrará cosas muy buenas y tendrá las manos llenas para ejercer su sentido de crítica.

¡Bravo por la revista-libro! Muy buenos los relatos y los

artículos. Los dibujos la hacen amena, le dan un clima excelente. Pienso que dan mucho mejor resultado éstos que las fotografías. En cuanto a la tapa, son demasiadas letras y parece muy cargada. Creo que un buen dibujo en colores (sin fotografías) con el nombre, temática y número de la revista es suficiente y mejor. Deseo coleccionar su revista al lado de nuestra entrañable y arquetípica MAS ALLA, que, aunque tal vez sea un mito, transita UMBRAL TIEMPO FUTURO, que espero sea por largo tiempo. Hasta la próxima y adelante.

JOSE M. AGUIRRE
Bahía Blanca, Pcia.
de Buenos Aires.

N. D.: Gracias por los augurios y por informar al SEÑOR BUEN LECTOR acerca de nombres tan importantes como los que menciona en su carta. Cada uno tiene sus gustos...

Señor Director:

Quisiera saber si tienen pensado abrir una sección donde el lector pueda hacer consultas diversas, pero preferentemente sobre literatura y temas científicos.

Muy buenos los reportajes de NUESTRO INVITADO DE HOY de los números uno y dos.

Cordiales saludos,

VICTOR ASDRUBAL GUTIERREZ
Vicente López, Buenos Aires.

N. D.: Estamos en eso.

Señor Director:

Lo felicito por la idea de editar una revista dedicada a la ciencia-ficción. No sé por qué, otras publicaciones dedicadas al mismo género desaparecieron, pero indudablemente hace falta este tipo de publicaciones para quienes somos amantes de esta literatura.

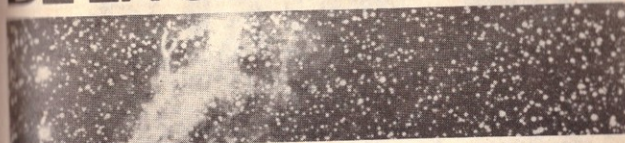
No me considero crítico, pero sí desearía que en lo posible se puedan ubicar en esta revista, cuentos de autores como Ray Bradbury, Isaac Asimov, Clarke, Heinlein y otros. Esta y el mejoramiento de la supuesta sátira de El Piojo Gigante de Mercurio y los débiles finales son mis modestas opiniones.

Lo saluda muy atentamente,

ROQUE LAUDONIO
Capital Federal.

N. D.: Esta edición es la respuesta. Gracias igual.

EL MUNDO DE LA CIENCIA FICCION



LA ANTICIPACION EN IMAGENES

Albert Robida fue, sin duda, el primer artista e ilustrador que utilizó su talento expresamente para la ciencia-ficción. Nació en Francia en 1848 y murió en 1926. Prácticamente sus ilustraciones se anticiparon a la ciencia-ficción escrita. Sus dibujos combinan un humor sarcástico, con detalles picarescos y una extraña habilidad para predecir el desarrollo y la vida del futuro.

Robida fue mucho más que un mero ilustrador que transcribiera en imágenes lo que otros escribieron. Su imaginación fue realmente futurista. Trabajó como jefe de redacción de un diario humorístico, **La Caricatura**, a partir de 1883, en donde apareció su gran obra **LA GUERRA DEL SIGLO XX**. Entre sus desbordantes anticipaciones se encuentra la guerra aérea, los enfrentamientos submarinos, las armas químicas y bacteriológicas, la televisión, el radio-comando, y algunas otras "novedades". También fueron famosas sus ilustraciones para los **Cuentos del Barón Munchhausen**, y para obras de Rabelais, Swift y otros autores, sobre todo de fines del siglo XIX.

CIENCIA-FICCION PARA CHICOS

Aunque abordar el género es bastante difícil para el mundo de la infancia, Aarón Cupit, un escritor argentino, obtuvo el premio **Lazarillo** en España, por su libro **Cuentos del año 2100**, editado por Doncel, Madrid, en 1973. En todos los relatos hay una valorización y un rescate del hombre y la naturaleza frente a los avances de la tecnificación. Creemos que para los papás "fans" de la ciencia-ficción, el libro ofrece la oportunidad de compartir su lectura.

LA IRA DEL ENANO

por JUAN NORBERTO COMTE

"La ira empieza en locura y
termina en arrepentimiento".
Proverbio oriental

Servicio de Preservación Planetaria. Sección VIII. Supervivencia Argentina. Clasificación: AR-CON. Radiación: 3/10. Año Solar 145. Era de la Perpetua Felicidad.

Mensaje discontinuo-telepático encontrado en la memorizadora digital 21768001 HB - Sonido-Imagen del mutante Atan Rodrigue. Su cadáver nos fue devuelto del **hábitat** por funcionarios de Salubridad y Eugenesia, el 26 de diciembre. Las funciones vitales cesaron debido a la ingestión letal de **vulnario**.

Del Director a los Censores:

Primer Informe: Computación ininteligible de la grabación.

Segundo Informe: Procesada por el Alto Comisionado, se aconseja su inmediata destrucción.

Fundamentación: Leyes 00-01829175 y reglamentos.

Aguardamos instrucciones en transconductor lineal. Reproducimos mensaje:

Excelencia,

Frente al amplio ventanal del recogimiento, observo caer la nieve que se desliza con prístina blancura frente al sol artificial de Buenos Aires.

Conozco y acato la decisión del **Consejo** sobre la suspen-

sión alimenticia y la bonanza síquica que alcanza a todos nosotros a raíz de los ordenamientos genéticos recientemente promulgados por las Juntas y sancionados por vos.

Soy hermeneuta; aprendí los secretos del pasado pues fui instruido con esmero en el seno de la **Cofradía**. He realizado



el viaje a Júpiter y es por ello que me creo con derecho de alegato.

Os diré, Excelencia, que me alegra esta **condena** aunque sé que tal palabra os causará pesar. Es más, la apuraré de propia voluntad pues desde ayer el **Centro** ha cortado la sublime corriente cercenando

el fluido que comprometía mis pensamientos y los de mis hermanos de infortunio con la comunidad. Soy, por así decirlo groseramente, libre o al menos creo serlo. Os ruego disculpéis esta falta de celo en la expresión, pero en el estado salvaje actuamos peor aún que los **Disconformes**. Se nos ha reba-

jado a la antigua clase y os aseguro que es hartó doloroso.

El venerable Gabriel me convocó el día de la **Hoz Dorada** y conversó prolijamente conmigo. Me manifestó, entre otras cosas, la pena que estas medidas extremas os causan a vos y a todos los miembros del **Consejo**. Sé que jamás fuisteis hipócrita, pues desconocéis la mentira. Sé también, y os lo agradezco, que por vuestra abierta generosidad habéis puesto a mi disposición un salvoconducto para la **Provincia de los Rebeldes** donde podría terminar la vida en el destierro.

Como podréis ver sostengo la copa plateada con el **vulnario** y la beberé antes que morir entre aquellos carnívoros que hacen el amor promiscuamente, gesticulan y propician los polvorientos Dioses políticos con el cruento sacrificio. Soy vulnerable a sus horribles enfermedades, no resisto el sonido de sus llantos. Me repugnan las costumbres que practican.

II

...siento ya cómo el tósigo prohibido, ardiente ambrosía, caricia mortal, corre libremente por la sangre, dentro de este cuerpo cuya altura me excluye de la vida comunal...

Excelencia, bajo los efectos de la fiebre del veneno, en virtud de mi rango, me permito ahora deciros iracundo lo que pienso de la época. La perfección y la felicidad; bien lo saben algunos miembros del **Consejo**, no pueden implantarse dentro o fuera del útero, ni en la mente de los súbditos. ¿Por qué persisten vuestros sabios en reeditar el fracaso de las civilizaciones tenebrosas?

¡Protegeos de esos espléndidos gigantes con que nos estáis aniquilando! ¡Cuidaos de su risa sonora, espontánea, saludable. De sus mentes rutilantes, de sus habilidades ultrahumanas!

Sí, preclaro señor, sin duda son, como os escuché decir una vez, la utopía de los abyectos antepasados hecha realidad. El coeficiente del genio en atletas de dos metros cincuenta armoniosamente proporcionados, heleenísticamente bellos.

La paradoja de Nietzsche¹, su abortada **Wirklichkeit**² a medias. ¡Sí! Nietzsche, aquel enjundioso desesperado de Cristo cuyo único contacto con la experiencia cotidiana fue quizás, la satisfacción que le dieron dos mujeres mercenarias. O los sueños que Adolfo Hitler, el sublime maldito de un frustrado siglo XX, no pudo realizar.

Pero vos, Excelencia, vos y los Venerables desconocéis la torpeza. Habéis suprimido el andismo deliberado, la brutalidad refinada y el terror vesánico de las subrazas.

El supremo objetivo es hoy la precisión, la exactitud en aras de la perfección.

Señor, poseéis deferencia e imaginación, raras cualidades en un gobernante. Sería injusto atribuirlos la insensibilidad de los profetas del ayer cuya anticipación se limitaba con frecuencia a trazar parábolas de anacrónicas computadoras al servicio de amos fríos, cuando no perversos.

La creación continúa su ascendente mediocridad. La censura, inevitable herencia planetaria, también, aunque todos sabemos de vuestros empeños para suprimirla. Respetáis la muerte pero no toleráis la imperfección y os ofendéis así los principios rectores de la vida...

Hace poco afirmasteis que la historia es una saliente del tiempo y en último análisis se constituye en un enigma tan desmesurado como nuestro destino. Os habéis contradicho y excusadme por decirlo.

DE PROFUNDIS CLAMAVI

Os confiaré algo, Excelencia, ahora que agonizo. No creo en la raza humana ni en la auto-

cracia condescendiente que ejercéis. Carezco de fe en la quintaesencia de los efectos, en vuestros asépticos genios desprovistos de sífilis o locura. La aventura terrestre es un fruto amargo, sin porvenir, sin misterios para nosotros que intuimos lo invisible...

Sí, mi señor, vuestros gigantes, esos colosos que os llenan de vanidad, darán a luz nuevos enanos y éstos, como os pasa en estos momentos con nosotros, serán la microscópica burbuja que empañará el diamante de la corona galáctica.

"Nosotros los enanos no engendramos hijos —cantaba melancólicamente hace siglos el bardo Lagerkvist³—. No nos ocupamos en perpetuar la vida y tampoco lo deseamos. No necesitamos ser fecundados porque la misma especie humana produce sus enanos. Dejamos que nos engendren esas orgulosas criaturas y que tengan los dolores del parto... Pertenecemos y no pertenecemos a nuestra raza. Somos huéspedes de visita. Antiguos huéspedes llenos de arrugas cuya visita se prolonga desde hace miles de años."

Excelencia, seremos en efecto vuestro flagelo, el estigma de la derrota, el espejo de vuestros anhelos trunco. ¿Pretenden vuestros genetistas jugar a los Hierofantes?

ALGO MAS SOBRE DRACULA

Los datos históricos acerca del conde Drácula son inciertos, al menos no muy precisos. No hay coincidencia de los autores sobre el verdadero nombre. Para unos es Vlad Tepes. Para otros, un descendiente de los Bathyory. Por lo tanto, el conde Drácula, que quiere decir *Dragón* y hasta *hombre-lobo*, como lo explicó una vez Juan-Jacobo Bajaría (recomendamos el prólogo de su novela *El endemoniado Sr. Rosetti*, recientemente publicada por Emecé), se llamaría en realidad *Vlad Bathyory*, del que se sabe que combatió a los invasores turcos en la Transilvania del siglo XVI. Estudió medicina en Alemania y tuvo dos mujeres, las cuales murieron misteriosamente, pero no por la succión de sangre, como se creía, sino por un debilitamiento inexplicable. Sus estudios de medicina lo llevaron a estudiar un fenómeno que siempre lo había fascinado: la prolongación de la vida de los tejidos del murciélago, a pesar de la muerte de este mamífero nocturno. Al conde le gustaban las sepulturas. Solía pasar horas enteras en los cementerios, y no sería raro que se hubiese inyectado tejido de murciélago. No se supo cuándo murió. Se le creyó inmortal. El conde de Saint Germain, según la leyenda, fue una de sus transfiguraciones tres siglos después.

Los enanos eternos nos ocuparemos de quebrar vuestra simetría, de asombrar a las ciencias. Daremos trabajo a los verdugos de la eutanasia con la inesperada irrupción de una indeseable presencia tras la cortina bordada de genes.

LA MUERTE

...La nieve sigue cayendo lentamente en esta Navidad porteña. La aberración meteorológica se torna sombría para mí... ¿Observáis Excelencia que vuestros soles no logran ocultar el cielo rojizo del atardecer?...

...Estoy dentro de una esfera negra rodeado de infinitud de puntos luminosos que se apagan uno a uno... La oscuridad y de repente... una figura resplandeciente que me ciega...

FIN DE LA GRABACION

Los Censores al Director del Servicio de Preservación: Los informes serán examinados por el **Consejo**. Procédase con el cuerpo de Atas Rodrigue ajustándose al ceremonial de la tradición. Fin del mensaje.

¹ Federico Nietzsche (1844-1900). Filósofo alemán.

² Realidad, en alemán.

³ El escritor hace referencia al contemporáneo Pär Lagerkvist, autor del libro *El Enano*.

Super Album CASOS FANTASTICOS



en una
excelente
Selección de
casos fantásticos
reunidos en
un solo tomo.

TIRADA
LIMITADA
Reserve
su ejemplar

LITERATURA DE CIENCIA FICCION

por Eduardo S. Aquila

ALAS NOCTURNAS, de Robert Silverberg. Colección Nebulae, Nº 1, Editorial Sudamericana, Bs. As., 227 pág.

Originalmente publicada como una serie de *novellettes* en la revista *Galaxy*, **ALAS NOCTURNAS** (Nightwings), es una encantadora y lírica novela sobre un mundo de extrañas y bellas criaturas. *Avluela* es una de esas criaturas, una delicada mujer-niña con alas de mariposa, que preserva las respuestas para descubrir los planes de invasión de una civilización supersticiosa y tiranizante. *Tomis*, el Vigilante, es otra de ellas, y juntos combaten el terror que existe entre *humanos e invasores*, para evitar la invasión final de la Tierra.

ALAS NOCTURNAS tiene algo de la atmósfera de *Un Canto para Leibowitz*, de Walter Miller Jr., aunque no el mismo poder. Un libro recomendable, de todas maneras.

EL CONGRESO DE FUTUROLOGIA, de Stanislaw Lem. Barral Editores, 144 páginas.

EL CONGRESO DE FUTUROLOGIA es una brillante sátira antiutópica. Lem postula una sociedad del futuro basada en un sistema de gobierno que provee a los hombres —mediante el uso de drogas alucinógenas— de todos sus deseos. El sistema parece perfecto hasta que Ijon Tichy, el intrépido héroe de la novela, investiga ese inquietante y superficial estado de las cosas y descubre que la broma está sobre él.

Lem se contenta con jugar a los equívocos, dar empujones contra la Europa oriental, bromea con la tra-

ma y con los lectores, mientras construye una maravillosa novela.

Para aficionados con buen gusto y ganas de divertirse.

UNIVERSO 2, selección de Terry Carr (autores varios). Ediciones Andrómeda, 300 páginas.

Hay trece relatos en esta antología y todos ellos causan impacto. Esto no quiere decir que todos los relatos son de nivel, sino que llamarán su atención. *Retroactivo*, de Bob Shaw, trata el problema de la comunicación. Si tres hombres de una misma expedición se encuentran sin posibilidades de comunicarse, ¿qué oportunidad tienen ante seres de otro tiempo y otro mundo? *Servicio Funerario*, de Gerard F. Conway, contempla la necesidad que tienen los seres humanos de preservar aquello que han amado, mientras describe los problemas que acarrea tal conducta. Específicamente, si se puede preservar la memoria de un amor durante una existencia bajo la forma de un robot, ¿qué se ha obtenido? *Patrón de las artes*, de William Rostler, es un pequeño *tour de force*. El autor se pregunta si el amor es una extensión del ego, si es positivo, si existe realmente una necesidad de dar, o si no corresponde a ninguna de estas preguntas. Nadie querrá probablemente encontrar respuestas, pero esa es la función del artista: encontrar más preguntas. Otra historia notable es *Acechando al Sol*, de Gordon Eklund, que echa una ojeada sobre el atavismo de la humanidad.

Sintetizando, una antología superior.

LOS MITOS DE CTHULHU, autores varios (vols. 1, 2, 3). Editorial Brujara, 186, 220 y 200 páginas.

Varios escritores han aunado sus esfuerzos para producir este tributo al genio imaginativo de Howard P. Lovecraft, creador de los *Mitos de Cthulhu*, ciclo de fabulosas narraciones que dio nacimiento a una legión de imitadores, tales como Clark A. Smith, Robert Howard, August Derleth, Henry Kuttner, Frank B. Long y Robert Bloch, entre otros.

Desde *El llamado de Cthulhu* (1928) hasta *El retorno de los Lloigor* (1969), de Colin Wilson, una enorme cantidad

de relatos demostraron la fascinación que los mitos de Lovecraft ejercían sobre otros escritores, muchos de los cuales contribuyeron con memorables narraciones.

En estas antologías se reúnen algunos de los más significativos: *Ubbo Sathla*, de Clark Ashton Smith; *El Horror de Salem*, de Henry Kuttner; *La Piedra Negra*, de Robert Howard; así como también colaboraciones recientes que incluyen *Los Profundos*, de James Wade; *La Ciudad Hermana*, de Brian Lumley y otros.

Para los amantes de la literatura de terror estos tres tomos constituyen una experiencia fascinante.

Noticias literarias

Roberto Dulce está terminando una antología de cuentos de *Walter de la Mare*, autor inglés muy valioso, prácticamente inédito en castellano.

Uno de nuestros buenos autores, Anibal M. Vinelli, escritor y periodista, trabaja en un volumen de ensayos sobre el género de ciencia-ficción, en el que no faltarán las referencias a los monstruos, la magia y la demonología. Este libro, a cargo de varios autores, circulará con el sello de Editorial Convergencia.

También Hermes Gosso está reuniendo material para su *ln memoriam*: H. P. Lovecraft.

—La Editorial Roca, dirigida por Manuel Traba, prepara una lujosa colección de ciencia-ficción y fantasía. La misma, que cuenta con obras de Robert A. Heinlein, Samuel Delaney, Roger Zelazny y Brian Aldiss, entre otros, lanzará su primer tí-

tulo (El fin de la eternidad, de Isaac Asimov), durante el mes de marzo.

—Ediciones Entropía, a cargo de un conocido especialista en el género, Marcial Souto Tizón, anuncia entre sus próximas novedades: 900 abuelas, de Raphael Aloysius Lafferty, el primer volumen de cuentos publicado por el talentoso autor norteamericano.

—Las últimas novedades de la Colección Super Ficción de la Editora Martínez Roca, de España, y que serán distribuidas en nuestro país por Ediciones El Caballito, incluyen los siguientes títulos: *Empotrados*, de Ian Watson; *La Espada de Rhian*, de Leigh Brackett; *Tú, el Inmortal*, de Roger Zelazny; *Un Fantasma Recorre Texas*, de Fritz Leiber; y *Las 100 Vidas de Lazarus Long*, de Robert Heinlein.

EL UNDO TOMO

por Nahuel Villegas

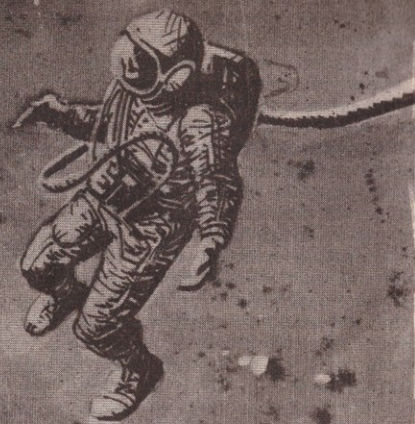
A pesar de la contrariedad, no me sentí del todo molesto al comprobar que la noche estaba desacostumbradamente clara, teniendo en cuenta que Londres nunca se caracterizó precisamente por esta particularidad. De manera que me levanté las solapas del abrigo y luego de cerrar con llave las cuatro puertas (mi automóvil es un modelo muy antiguo) comencé a caminar por la calle de *Saint John's Wood* rumbo a *Kilburn*, donde tengo mi

pequeño apartamento. El automóvil había sido presa de uno de sus acostumbrados ataques de asma —producto sin duda de sus años—, y luego de haber intentado en vano volverlo a la vida, la batería se había extenuado, motivo por el que decidí abandonarlo hasta el día siguiente por la mañana, ocasión en que llamaría por teléfono a mi mecánico de *Primrose Hill*, quien hasta ese día lo había sacado a flote de sus achaques

La luna, UNA EXTRAÑA LUNA muy blanca y brillante confería claridad fantasmal a las calles y tejados de las casas. Mi primera intención fue la de detenerme en una taberna y beber uno o dos whiskies, pero luego decidí que podría muy bien emplear ese tiempo en arreglar algunos papeles para el día siguiente y ganar unas horas de trabajo.

Al principio me pareció un simple ropavejero, pero al aproximarme noté que su pro-

fesión era mucho más “ESPECIALIZADA”; su puesto rodante exhibía un letrero desprolijamente garabateado en letras blancas sobre fondo rojo: “LIBROS USADOS”. Desde pequeño le había tenido bastante aprensión a los libros manoseados, incluyendo a los de las bibliotecas públicas, y ello se debía a que mi padre cuando la GRAN EPIDEMIA de gripe, también denominada INFLUENZA, que durante los años de mi primera infancia azotó a



la nación, me había prohibido terminantemente tener contacto con objetos manoseados, dinero, revistas..., y lógicamente, *LIBROS*. ¡Pobre mi padre!, se pasaba el día entero desinfectando sus manos, previniéndose de posibles infecciones, y terminó muriendo intoxicado en su habitación de un hotel en Liverpool, por la mala combustión de una estufa. El recuerdo de mi *BUEN VIEJO* me enterneció como de costumbre. A todo esto yo había caminado unos metros en dirección del pequeño carro, y al notar mi presencia el propietario detuvo su marcha preguntándome con una voz muy suave, detalle que no concidia del todo con su figura misérrima:

—¿Desea el caballero un buen libro? —sus ojos me escudriñaron tras unos lentes engrasados y de bastante aumento a juzgar por el grosor de los cristales.

A pesar del aspecto descuidado me pareció un individuo agradable y hasta simpático, ya que su rostro surcado de arrugas denotaba una cierta nobleza de rasgos, lo que se complementaba con una suave y beatífica sonrisa. Mi primera impresión de desecho humano, formada poco antes, se esfumó ante la proximidad y mejor obs-

vación del hombre. Creo que comencé a balbucear una negativa, pero me detuve al sospechar que quizá el hecho de que yo le comprase algo podría significarle al sujeto un poco de dinero para un plato caliente. Siempre he tenido una especial consideración para aquellos que se ganan la vida vendiendo cosas, de modo que mi pequeño apartamiento es una verdadera colección de objetos que por lo general no me brindan ninguna utilidad. Pero en el caso de los libros, nunca deseché ninguno, por pueriles que ellos pareciesen. En realidad podría decir que siento una predilección muy especial por esos amigos callados que nos aguardan pacientemente desde sus estantes, para brindarnos su contenido cuando lo solicitamos.

El viejo advirtió quizá mi intención pues comenzó a enumerarme gran cantidad de títulos:

—Obras completas de *Oscar WILDE*, *DAVID COPPERFIELD*, *EL HOMBRE QUE RIE*, *POR QUIEN DOBLAN LAS CAMPANAS*...

Salvo alguna que otra novelucha intrascendente, aquel puesto callejero era una verdadera colección de obras maestras de las que yo tenía ya en mi biblioteca ejemplares cuidadosa y artesanal-

mente encuadernados en cuero. Iba a tomar cualquiera al azar con el fin de recompensar la obsequiosa atención del individuo, cuando mis ojos descubrieron el brillo casi metálico de un volumen oculto entre los demás.

—Me interesaría ver ése —dije, señalando el libro.

—¿Se refiere al de cubierta plástica? —se apresuró en preguntar el vendedor, con los ojos iluminados por la esperanza de realizar una operación.

Asentí con la cabeza, al tiempo que el viejo rápidamente introducía la mano y lo extraía de entre los demás. Yo entonces pensé, algo divertido, que sin duda me encontraría con un recetario de cocina, o algo semejante; pero no, no fue así porque frente a mis ojos y a pesar de la escasa luz del farolillo de kerosene del puesto ambulante, apareció una cubierta notable con símbolos matemáticos y extrañas letras a las que pese a dedicarle unos segundos de atención no logré identificar como ninguna de las conocidas por mí. Determiné que podría tratarse de escritura *cuneiforme*, como las utilizadas por pueblos asirios y otras culturas antiguas.

—¡Le ruego al señor..., que sepa disculparme si no

puedo precisarle de qué se trata! —dijo amablemente el hombre adivinando la pregunta que estaba a punto de formularle; y agregó: Me lo vendió el dueño de un hotelucho, que según sus propias palabras debió cobrarse con los efectos personales de un pensionista que abandonó su casa sin pagar la cuenta. ¿No es escritura judía? —el hombre permaneció a la espera de mi respuesta coincidente acusando cierta desilusión al afirmarle que no se trataba de tal cosa.

De todas maneras, aun por poseer a título de curiosidad una obra tan insólita, pagué de buena gana los seis chelines y tres peniques que fijara el vendedor. Luego de una reverencia muy poco usual en estos días, se despidió empuñando las dos manillas de su carro y alejándose acompañado del cansino chirrido de las ruedas.

Caminé unos pasos y estuve unos minutos bajo el farol de la acera tratando de salir de dudas con respecto al extraño conjunto de signos. Fue al dar vuelta una de las páginas centrales cuando descubrí las ilustraciones; eran aparentes croquis o planos de circuitos eléctricos o quizá algo más complicado aun. Se había levantado una brisa algo helada, de manera



que coloqué el libro en un bolsillo de mi abrigo, y a paso rápido me dirigí a mi casa.

El trabajo en la editorial había sido realmente agotador durante toda la jornada, ya que la recepción de originales para su publicación parecía haberse producido simultáneamente debido a una insólita profusión de inspirativas ideas en los autores, que en ocasiones anteriores demoraban bastante en finalizar sus obras. Aunque mi tarea de corrector me dejaba con la cabeza llena de letras, puntuaciones y verbos mal conjugados, no me resultaba posible lograr desligarme de la vieja costumbre de leer aunque más no fuere unas líneas antes de dormir. Iba a elegir algún libro de mi bien provista biblioteca, cuando recordé el volumen adquirido al vendedor ambulante, que aún permanecía en el bolsillo de mi abrigo. Preparé una tetera, y mientras disponía todo para el día siguiente, ropas, reloj despertador y cambio chico para el metro, tomé al pasar por la antesala el libro. Me pareció algo más pesado que un ejemplar común de esas dimensiones, pero le adjudiqué esa particularidad al tipo de encuadernación, ya que las cubiertas parecían de metal, estilo que comenzaba a po-

nerse en boga en cierto tipo de libros técnicos. Me senté junto a la lámpara de pie y dejé que mi espalda bloqueada por la tensión del día se relajara lentamente. Bebí a sorbos una taza de té, y encendí mi pipa. Sin mayor entusiasmo hojeé las páginas sin llegar a determinar el real origen de esa edición. Nuevamente me detuve al llegar a la mitad, donde comenzaba una secuencia de croquis y planos sobre algo parecido a naves... circuitos y sistemas de navegación por propulsión de reactores. Desde luego este aspecto no me tomó muy de sorpresa, ya que la producción de fuerza motriz mediante pilas o reactores nucleares ya no era un secreto para nadie, y salvo las mil variantes que se podían introducir al sistema, la cosa llegaba a un punto muerto cuando todas las formas coincidían en la imprescindible necesidad de producir vapor para la impulsión. Me sonreí, pensando que pese a los avances de los últimos años se debía recurrir inevitablemente al empleo del "VAPOR", lo que en resumidas cuentas indicaba que los sistemas arcaicos no habían logrado ser superados con la técnica moderna. Casi distraídamente tomé un manual que casualmente estaba

en uno de los estantes inferiores de mi biblioteca, y que trataba de los estudios arqueológicos realizados por una misión angloamericana de la *Universidad de OXFORD*, integrada por el asirólogo S. LANGDON, como director del proyecto, y de los profesores Mackay y Wastelin, en la ciudad del legendario *GILGAMESH: URUK, EL EREK DE LA BIBLIA*. En ese viejo libro entre otras cosas figuraba una reproducción a color del "*GUIJARRO MICHAUX*". Esta valiosa pieza de forma oval, según constaba en el manual, había sido llevada a Francia por el botánico de esa nacionalidad, MICHAUX, de quien recibí el nombre. Se hacían varias especulaciones sobre la importancia del hallazgo que era comparable a la famosa piedra *ROSETA*, descubierta en Egipto, y posteriormente descifrada por *Jean François CHAMPOLLION*, lo que — como es sabido — abrió la puerta para la ulterior comprensión de todos los jeroglíficos egipcios. Luego el texto continuaba en sus descripciones hasta llegar a la aparición del panel mosaico, conocido como "*ESTANDARTE DE UR*", el que superaba en importancia al mismo *guijarro MICHAUX*. Observé detenidamente la secuencia

policroma, de lo que realmente parecía una tira cinematográfica sobre la vida en UR, en el tercer milenio antes de nuestra era. Primero superficialmente y casi automáticamente, recorrí las figuras de aquella pieza, que según las acotaciones arqueológicas al pie estaba constituida por un doble panel de mosaicos de gres y conchillas. Salvo la notable hermosura de aquel arte descriptivo, demostrado por un lejano artista perdido en los tiempos, no hallé motivo de mayor asombro, hasta que de pronto me pareció notar una cierta similitud, en uno de los grabados del manual, y otro observado al pasar del ejemplar que me ocupaba. Sin reparar en lo tarde que se me estaba haciendo para ir a la cama, busqué en el libro comprado hacía una hora atrás al buhonero. ¡Allí estaba!... ¡era exacto y hasta diría más completo! Entre la incomprensible — para mí — escritura cuneiforme, se destacaba además de la réplica del estandarte de "UR" y el "*guijarro*" un hombre con ropas modernas caminando sobre algo parecido a una cinta, o tira de material muy delgado... algo similar a papel, tela, o cualquier otro elemento factible de fabricar en láminas. Me resultaba incon-

gruente la inserción de una figura humana actual entre los grabados antiguos. Daba la impresión que era la explicación de la manera de proceder a algún tipo de medición. La cosa me picó lo suficiente como para dejar todo de lado incluyendo mi ida a la cama, para tratar de averiguar algo más sobre el intríngulis aquél. Sin muchas esperanzas, busqué nuevamente en el libro de arqueología un indicio de traducción cuneiforme, y cuando estaba a punto de resignarme, la descubrí... Era — aunque muy resumida — una simple pero efectiva manera de ubicar símbolos, con el correspondiente significado y sonido aproximado. Lógicamente mi fonética debía distar mucho de la correcta, pero de todas maneras intenté pronunciar algunas palabras. Provido de un cuadernillo transcribí esa especie de abecedario abreviado, luego tomé el *extraño libro* y minuciosamente recorrí el texto...

Lo primero que logré descifrar fue el nombre de ese insólito personaje *GILGAMESH*; pero lo que más me llamó la atención fue que al parecer el texto señalaba al hombre que aparentemente caminaba sobre una cinta de medición vestido con ropas contemporáneas, como al le-

gendario héroe. Repasé reiteradas veces lo traducido y el resultado siempre era el mismo... ¡Sí, indudablemente se lo nombraba de esta manera!... ¡Pero eso era imposible! Sin tiempo de ocuparme de prepararme una pipa, busqué en el bolsillo superior de mi robe y hallé una cajilla de *GOLD FLAKE* con cuatro o cinco cigarrillos. Sin apartar la vista del libro, encendí uno. La estufa a leños había agotado su provisión y apenas si emitía un leve resplandor; sentí frío, y decidí calentar algo del té que había quedado en la tetera, así que dejé el libro y deposité el cigarrillo en el cenicero a su lado en la pequeña mesita. Cuando regresé al cabo de unos minutos con la taza de té humeante, di un respingo; el cigarrillo, como suele ocurrir con los que poseen una boquilla de corcho, había rodado al perder parte de su extremo convertido en cenizas. Era lo común; bastaba dejarlo olvidado un momento para que el peso lo hiciera rodar; de ello era buen testigo la alfombra y la misma mesa, que indicaba en distintos lugares las quemaduras dejadas... Sólo que en esta ocasión la endiablada colilla había rodado sobre la página inmaculada donde había dejado abierto

MI SINGULAR LIBRO. Mascullando entre dientes quité el resto del cigarrillo aún encendido dispuesto a afrontar la desagradable visión de un orificio en el papel. ¡No había orificio!, ¡sólo la marca amarillenta del alquitrán nicotínico destilado sobre la página! Froté el lugar con la yema del pulgar, y más extrañado aún comprobé que la superficie recuperaba su impecable apariencia. Observé la punta del dedo, y descubrí que allí se había depositado la sustancia residual. Desde luego que no hallé explicación lógica a aquello; traté de razonar que el calor no había sido suficiente como para llegar a dañar el papel, o bien que éste estaba tratado con alguna materia incombustible, como por ejemplo *TEFLON*. ¡Eso es! —pensé satisfecho por haber dado en el clavo—. El teflón es un plástico que no sólo es incombustible sino que además genera una carga eléctrica que aísla totalmente el calor... Pero, para salir totalmente de dudas, decidí hacer una comprobación más exhaustiva; aunque ello no me agrada, en lo más mínimo tomé unas tijeras y me dispuse a cortar un trocito de papel, del extremo de una de las páginas...

Quince minutos después, con mi tercer cigarrillo a punto de consumirse totalmente en la comisura de la boca, acepté que sin lugar a dudas... aquel material aparentemente similar a un papel muy satinado y de óptima calidad... era *INDEXED TRUCTIBLE*.

No podría precisar en qué momento me quedé dormido, lo cierto fue que desperté muy tarde, y tuve que recurrir a una excusa para justificar mi retraso en la editorial. Durante el resto de la jornada intenté en vano asesorarme algo más sobre la posible naturaleza del material con el que estaba compuesto el libro. Sólo faltaba una prueba que no había tenido en cuenta: *LA DUREZA*. A pesar de no ser un científico ni mucho menos, en mis rudimentarios conocimientos contaba aquel que señala que la materia más dura conocida es el diamante, de manera que argumentando la necesidad de cambiar un cristal astillado en una de las ventanas de mi apartamento, pedí prestado al viejo Moe, el encargado de mantenimiento, su cortador de vidrio, con el que le había visto manipular en numerosas ocasiones. Luego de recomendarme reiteradamen-

te que cuidara a la herramienta, ya que eran difíciles de conseguir los cortantes de ese tipo, accedí por fin a facilitármelo.

Como no contaba con mi automóvil, que sin duda permanecía aún en reparaciones, tomé el metro y pronto estuve en *PRIMROSE HILL*. El puestero me miró sorprendido cuando pasé junto a él sin saludar y lo dejé con el *Mirror* extendido. El hombre volvió a depositar el periódico en la pila moviendo la cabeza, ya que por primera vez en los últimos veinte años variaba en una costumbre y como es sabido eso no le está permitido a ningún británico que se precie de serlo. Subí corriendo los dos pisos y pasé como un relámpago frente a la señora Blain, ésta murmuró un saludo que me apresuré a corresponder ya que las relaciones con la casera deben ser —según los cánones de los inquilinos felices— impecablemente cordiales, pues de ello depende recibir la correspondencia puntualmente, las camisas de la lavandería, los dependientes con los víveres, y visitas sin que "alguien" ose meter las narices desparramando rumores sobre amores, etc.

Desde luego que lo primero que hice fue arrojar mi impermeable sobre la percha



y tomar a la pasada el libro del estante donde lo había depositado esa mañana. Lo abrí al azar, e iluminándome con la lámpara de mi rincón de leer tomé el instrumento cortante con la punta de diamante. Confieso que contuve el aliento... Apliqué la herramienta sobre la página y oprimiéndola fuertemente la hice deslizar... ¡Nada; absoluta y totalmente: NADA! Con el corazón y las sienas repiqueteando como timbales, lo deposité en la mesita, entrecerré los ojos, y con las manos húmedas aún busqué mi pipa en el bolsillo superior de mi chaqueta; indudablemente *AQUELLO* no era de este mundo..., al menos no era el producto de ninguna tecnología conocida.

Margaret Hillebrand no era lo que puede decirse una belleza, pero tenía un atractivo especial. Además, luego de siete años habíamos pasado alternativamente por períodos de noviazgo, rupturas y romances reiniciados bajo la apariencia de amistad.

Llegó con un cartucho de víveres comprado al pasar frente al mercado.

—¿Supongo que aún no has cenado, verdad? —dijo al tiempo que se quitaba el

abrigo—. ¡Robert, a ti te ocurre algo!

Efectivamente, mi cara debería parecerse a la de un enfermo de fiebre, pues al mirarme en el breve espejo del living éste me devolvió una imagen macilenta, que me estremeció.

—Te haré un buen caldo —dijo Margaret, dándome un beso en la mejilla, al tiempo que se colocaba sobre la falda el delantal, y girando sobre sí misma me daba a entender que le atara el cordel a su espalda—. ¡Estoy segura que no has comido como se debe últimamente..., se te ve en el rostro; ¡Ah..., no si como suelen decir *LOS HOMBRES SOLOS NO SIRVEN PARA NADA!*... ¡Claro que cuando una lo repite mucho lo primero que se le puede ocurrir a un tipo como tú es que están tratando de pescarlo!

La delgada cintura y el conjunto general hizo que mi atención se desviara del problema que desde el día anterior me preocupaba sobremanera. Sacudí la cabeza como desechando ideas poco oportunas, teniendo en cuenta la cuestión que me ocupaba.

Desde la cocina me llegó la voz de Margaret:

—¿Deduzco que tu llamada telefónica no obedece só-

lo al placer de cenar como la gente? —percibí el final de una breve risa.

Debí elevar la voz para hacerme escuchar entre el fragor del grifo de agua caliente:

—Supongo que entre las lenguas de tu cátedra en la Universidad del Este, figura la sumeria —traté de no demostrar demasiada urgencia.

Hubo una pausa durante la cual estuve a punto de repetir la pregunta, pero ella llegó escurriéndose las manos en el delantal:

—¡Bueno, tanto como saber al dedillo el idioma no podría asegurártelo, pero conozco bastante sobre la escritura cuneiforme! Además —una amplia sonrisa curvó su pequeña boca y respingó la pecosa nariz que era una de las particularidades que más me atraían en ella—, recuerda que por mi sangre corre una gota de asiria. ¡Si no, analiza un poco la raíz del apellido!... ¿Qué es lo que te preocupa con respecto a esa escritura?... ¿Alguna traducción para la editorial?...

—No; *ESTO* —dije extendiéndole el libro.

Margaret frunció el ceño primero, y luego pestañeó con los ojos muy abiertos; pasó unas páginas y repentinamente susurró:

—¿Dónde lo obtuviste? ¿Te das cuenta qué es lo que tienes en tu poder? —la joven ya no estaba en absoluto divertida, más aún; estaba *sumamente pálida* o... mejor dicho *ASUSTADA*.

Explicué el origen de mi adquisición, y sorprendido comprobé que por primera vez desde que la conociera la muchacha se olvidaba por completo de todo, incluyéndome a mí y la comida que quedó sin preparar sobre la mesada de la cocina. Como poseída por un imperioso mandato, tomó mi agenda telefónica y sin reparar en que ocupaba las páginas destinadas para registrar direcciones y números, comenzó a transcribir al inglés las líneas en escritura cuneiforme que sus ojos recorrían minuciosamente.

Tres horas después, y luego de haber bebido casi dos teteras, decidí interrumpirla. Tenía la frente perlada por gotitas de transpiración pese al frío reinante. Cuando le hablé debí repetir toda la frase, antes que reaccionara como si se hubiese sumido en un profundo letargo.

—¿Eh?... ¡ah..., sí sí! —murmuró sin haber retornado del todo a la realidad—. ¡Esto es increíble!, ¡si no te supiera un tipo veraz, pen-

saría que todo forma parte de una fabulación!...

—¡Sí!..., todo está muy bien, muy bonito, pero no sé aún de qué se trata! ¡si te dignaras decírmelo de una buena vez!

Margaret recuperó sólo momentáneamente su habitual expresión risueña, pero al comenzar a hablar nuevamente su semblante se tornó grave:

—Es ni más ni menos que una copia de las memorias de *UT-NAPISTI*...

—¡UT-NA... qué? —exclamé con mezcla de admiración e interrogación.

—*UT-NAPISTI*..., un equivalente al *NOE* bíblico, de la antigua *Sumer*. Se dice que fue el único sobreviviente del *GRAN DILUVIO UNIVERSAL*, según las tablillas que tradujera George Smith siendo empleado del Museo Británico.

—¿Te refieres a que las tradiciones aseguran que hubo dos diluvios?

—No precisamente, podría tratarse inclusive del mismo que menciona el Antiguo Testamento.

—¡Y ese *UT-NA*...

—*PISTI* —agregó Margaret con un imperceptible esbozo de sonrisa.

—¿Podría ser el mismo *NOE*, mencionado bajo otro nombre?

—Es posible también. Yo ya tenía conocimiento de que el mismo George Smith halló bajo una montaña de escombros que constituía la colina de *KUYUNDJIK*, la continuación del relato que lograra interpretar en las tablillas de arcilla del Museo.

—¿También en tablillas?, me refiero a si fueron nuevas escrituras en este sistema de tablillas las que halló.

—Así es, y con ello además de un descubrimiento importantísimo se hizo acreedor a la recompensa de "mil guineas", que había instituido el "Daily Telegraph" para quien concretara tal logro.

Hubo una pausa durante la cual yo valoré en toda su dimensión el triunfo arqueológico, pero sin lograr abstenirme de hacer un evalué de la fabulosa suma que para la época en que transcurrieron los hechos representaban las *MIL GUINEAS*.

Margaret me sacó de mis cavilaciones casi profanas:

—¡Pero lo que más me sorprende es que hay detalles desconocidos que se contradicen con los clásicos! Por ejemplo, si bien aquí dice que *GILGAMESH* —el héroe casi dios— no solo fue a pedirle a *UT-NAPISTI* el secreto de la inmortalidad sino que a cambio proveyó a éste de datos y mecanismos técnicos

con los cuales podría fabricar una nave para salvarse él y los elegidos, cuando llegara el diluvio. Aquí no dice, como en las tablillas de arcilla, que *Gilgamesh* fue a ver al patriarca luego de ocurrido ese cataclísmico fenómeno..., sino *ANTES*.

—Bueno, pueden ser leyendas. No olvides que aún se cuestionan los *ROLLOS DEL MAR MUERTO*; recuerda que teólogos e historiadores continúan sin ponerse de acuerdo sobre la veracidad de éstos —argumenté creyendo que allí terminaría con las dudas que a nivel de *SORPRESAS* atenaceaban a mi joven acompañante; pero la mirada de sus ojos extrañamente renegridos para una pelirroja me indicaron que no había logrado mi propósito ni mucho menos atenuar su inquietud.

—Robert..., esto es mucho más serio de lo que te imaginas.

—¡Bueno..., tanto como serio!..., digamos que es: *INSOLITO, EXTRAÑO, SI LO PREFIERES*, pero no creo que la cosa merezca tu preocupación! —iba a continuar, cuando ella se puso de pie y sin alterar su ceño grave me replicó aquello que aún rebota como el eco en una caverna dentro de mi cerebro:

—El poseedor de este libro... puede llegar a ser el amo del Universo. Aquí hay detalles científicos y técnicos *INIMAGINABLES*.

Debo haber quedado con una expresión en mi rostro rayana en la idiotez, pues Margaret sin perder su gesto adusto murmuró:

—Prepararé más té —y dejando el libro sobre el sofá, penetré en la cocina.

Bebimos el té en silencio mirándonos a los ojos. Fue ella quien lo quebró:

—Robert, ¿dónde lo obtuviste?

—¡Bueno, ya te dije de qué manera! ¡No veo el porqué de tu preocupación; además me das continuamente la sensación de que dudas de mí!

—¡Sí, tienes razón! —se disculpó tácitamente bajando los ojos—, lo que ocurre es que realmente me da miedo. Si lo poco que alcancé a descifrar es cierto, y no el producto de algún cuentista de fértil imaginación, por otra parte increíblemente documentado sobre los aspectos históricos..., tenemos algo mucho más peligroso que la energía atómica. Es el conjunto de conocimientos trascendentales más inconcebible que mente humana pueda suponer. Habla del tiempo como si fuera simplemente uno

de los caminos colaterales que conducen a cualquier ciudad; incluso lo define como un medio para realizar trasmutación de materia; modificaciones históricas... ¡Es tanto lo que se asegura en ese libro, que puede convertir a quien lo comprenda en...!

—Sí, ya lo dijiste antes, en un **AMÓ DEL MUNDO**.

—Más..., mucho más que eso. De acuerdo con ciertas explicaciones, las leyes físicas pueden ser alteradas. Pueden suprimirse los comportamientos en forma momentánea o —y esto es lo peor— **DEFINITIVAMENTE**.

—¿Quieres decir que por ejemplo se puede alterar o suprimir la ley de gravedad? —mi entusiasmo por tal posibilidad debió haberme iluminado el rostro, pues su respuesta se apresuró en quitarme de tal estado:

—¿Y tú crees que eso sería maravilloso, verdad?

—¡Desde luego, sería posible, volar..., realizar enormes construcciones...!

En los ojos de ella adiviné una especie de ternura, a la vez que consideración y lástima como si estuviera frente a un infradotado. Suspiró y esbozó una sonrisa triste:

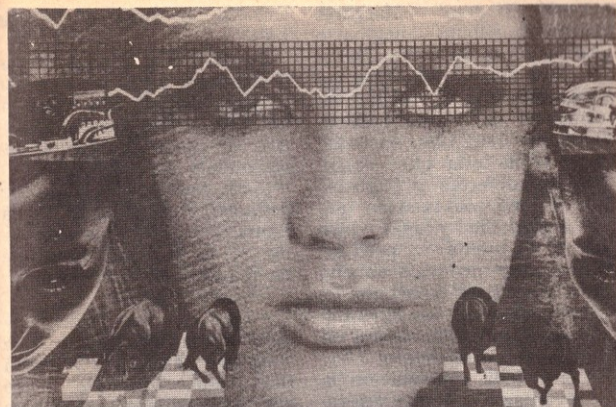
—¡Ah, Robert, Robert..., no creo que en realidad haya pensado en toda su mag-

nitud lo que puede significar alterar una sola ley física!... Supongamos que sea precisamente la gravedad lo primero que suprimas. ¡Claro, sería hermoso que pudieras elevarte libremente; realizarías un sueño que late en lo profundo de nosotros... **VOLAR!**... ¿Y qué ocurriría si convirtieras en realidad esa pueril aspiración?...

—¡Bueno..., convengo en que hablé un poco precipitadamente! —murmuré reconociendo avergonzado que mi primera idea había sido tan sólo satisfacer un lejano sueño infantil.

Nuevamente me impidió continuar:

—Podrían suceder dos cosas: que al suprimir una sola regla física se desmoronara toda la estructura del Universo como un castillo de naipes, ya que todo está *conectado*; conectado íntimamente, de tal forma que no se puede prescindir de algo sin determinar una alteración en lo demás... Y en el mejor de los casos, suponiendo que la pericia de quien lo intentara pudiera delimitar los efectos de una alteración a áreas muy específicas..., ¿no produciría ello una disgregación de materia? Supongamos que el núcleo de los átomos rompieran su atracción sobre los elec-



trones que giran en su torno; entonces sin duda éstos saldrían disparados, como lo harían los planetas del sistema solar si la atracción central no se opusiera a la fuerza centrífuga de los mismos. ¿Comprendes?... Este libro es algo así como una terrible caja de Pandora; bastaría manejar uno sólo de los poderes que se encierran en él, con falta de criterio o conocimiento **ALTAMENTE CIENTIFICO**, para que el andamiaje universal se viniera abajo, con el estrépito más colosal que mente humana pudiera concebir.

—Sí, pero suponiendo que el libro no sea una patraña, ¿no sería posible limitarse a manejar cosas menos

peligrosas?... El tiempo, por ejemplo.

—¿No crees que la naturaleza real de eso que llamamos *tiempo* pueda entrañar el mayor de los peligros?... ¿Qué sabemos concretamente de él?... Nada..., no sabemos más que lo que los filósofos nos han dicho de él, o lo que desde Plank a Einstein no han logrado discernir los modernos científicos. Porque aunque éstos se sientan molestos por reconocerlo... **ESTAN EN UN PUNTO CIEGO**.

—¡Creo que nos estamos preocupando por algo que ni siquiera sabemos si no es una **GRAN BROMA!** ¡El libro puede ser un fraude!...

—¡No lo creo! —Margaret trazó un dibujo imaginario con la punta de su zapato en la alfombra—. ¿Es que no recuerdas que tú mismo reconociste que tiene particularidades increíbles, en cuanto a la materia que compone sus cubiertas y páginas?

—¡Bueno, sólo reconocí que es inalterable y más duro que el diamante..., pero sabemos que no hace mucho unos científicos soviéticos lograron crear en sus laboratorios una fibra que supera en dureza a ese elemento!

Como toda contestación la vi levantarse y tomar nuevamente el volumen.

—¿No notaste nada raro al tocarlo?

—¡Salvo que es de superficie extrañamente lisa, como aceitada o encerada, NO! ¡Pero eso no tiene nada de particular!

—Hazme un favor, Robert —dijo al tiempo que me lo extendía—, ¿quieres probar cómo se comporta la llama de tu encendedor?

Asintiendo extrañado, hice lo que me solicitara.

La llama parecía desaparecer a una muy pequeña fracción de milímetro de distancia de la hoja que sometiera al fuego.

—Parece absorber el calor sin sufrir el más mínimo daño.

—No lo absorbe. ¡Fíjate bien!

Tenía razón... La llama desaparecía antes de tocar la delgada lámina. La miré a los ojos, y ella pareció adivinar mi pregunta, porque serenamente dijo:

—Es bastante sencillo de deducir: Para el libro..., la llama no existe, y para la llama..., es el volumen lo que en realidad no está.

—¿Quiere decir?...

—Que no creo estar muy desacertada en afirmar que nuestro "AMIGUITO" está fluctuando, vibrando entre dos dimensiones temporales muy cercanas..., pero distintas.

Repentinamente me di cuenta que era yo ahora quien tenía la frente y las manos húmedas de transpiración.

—Pero si en realidad está fuera de nuestro tiempo, ¿cómo es que lo siento entre mis dedos, y percibo que aunque es demasiado liviano para su tamaño, siento su peso?

—Porque ocurre algo similar, aunque evidentemente a mucha mayor velocidad, que la sensación de superficie sólida que brinda un ventilador o las hélices de un avión. Cuando las aspas se hallan en movimiento pareciera que los espacios vacíos son llenados. Se convierten en un dis-

co. Lo mismo ocurre en este caso particular: el libro está y no está en el presente, pero cada secuencia se produce en una millonésima de segundo; nuestros sentidos —tacto y vista— lo perciben más lentamente, de manera que no logran enviar la señal al cerebro de su fugaz desaparición, cuando nuevamente se halla afectando sus terminaciones nerviosas. ¡Si tuviéramos un estroboscopio lo suficientemente veloz..., es muy posible que lo viéramos desaparecer ante nuestros ojos! —Margaret había cambiado definitivamente su habitual apariencia de joven despreocupada por otra que jamás había supuesto en ella. Entonces me di cuenta exacta de la fortuna con que me había favorecido el destino, al acercarla a mi vida. Respondiendo a un impulso repentino la tomé entre mis brazos, y al besarla intensamente comprobé también que mis brazos formaban un hueco perfecto para ella.

Yo sospechaba que Margaret me ocultaba algo. Durante los días siguientes traté de no tocar el tema, aunque notaba una permanente tensión. Su sonrisa ya no era espontánea como antes, sino más bien una dolorosa imitación forzada. Algo opacaba la acostumbrada euforia que mueve

a las jóvenes en preparativos de boda. Aquella noche se había limitado a confesar: "SABIA QUE UN DIA TE DECIDIRIAS". Mi fulminante propuesta de casamiento no surtió el efecto que suponía y que —lo confieso— yo había dilatado por dos razones: Una —la más justificable— era mi casi crónica condición de soltero..., y la otra —bastante egoísta— era lo cómodo de poder contar con ella a mi antojo, sin la atadura del matrimonio. Por haberlo discernido franqueándome conmigo mismo, había tomado la determinación..., además *aquella noche* la había valorado finalmente en toda su magnitud.

La tarde en que regresábamos de "EGBERTS YEWEELLERI", donde habíamos elegido el anillo con un pequeño pero hermoso brillante, la sorprendí aprovechando la brecha que su felicidad me brindaba:

—¿Y por qué GILGAMESH aparece caminando sobre una banda de medición vestido con ropas modernas?

Aunque esperaba una reacción ante aquella triquiñuela mía, nunca supuse la respuesta tan calma, lo que una vez más me indicó que nunca había valorado el temple de Margaret en su justa medida. Aunque su rostro se

ensombreció, no perdió ni un ápice de su compostura.

—¡Sabía que llegaría este momento! —un suspiro hizo resaltar su bien delineado busto—. ¡Mira, Robert, como lo habrás comprendido, no soy una de esas mujeres a las que la condición de prometidas o casadas las convierte en una *SACA-PARTIDO*! No lo soy, y puedes tener la seguridad de que nunca lo seré, aunque confieso que traté de ocultártelo. Tampoco te presionaré para arrancarte una promesa; soy de las convencidas de que tenemos el libre albedrío para utilizarlo mal que nos pese.

La figura se engrandecía segundo a segundo.

—Si es algo que pueda hacerme sentir mal, desde ya puedo asegurarte que...

—¡No, Robert..., prefiero que sigamos siendo como siempre lo fuimos! ¡No comencemos mal! —noté que sus ojos estaban algo húmedos. Iba a rogarle que olvidara mi pregunta, cuando ella continuó: Según lo que logré traducir, el legendarlo *GILGAMESH* podía —o puede— moverse a través del tiempo a voluntad. Ese libro, al que no logro otra cosa más que odiarlo profundamente..., habla del empleo de una cinta plana de metal, papel, o cualquier

otro elemento con el que se pueda confeccionar una lámina, que unida por sus extremos luego de una torsión se transforma en un medio para pasar de una época a otra.

—¡La banda de *MOEBIUS*! —exclamé yo sin poder reprimirlo.

—¡No comprendo, ¿qué es, la conocías? —me miró extrañada pestañeando repetidas veces.

—¡Bueno..., accidentalmente cayó no hace mucho en mis manos un texto de *TOPOLOGIA*!, y en él figura entre otras cosas la *BANDA DE MOEBIUS*.

Margaret tenía la virtud de reconocer su ignorancia sobre ciertas cosas sin ningún tipo de reparos:

—¡No entiendo!, ¿qué es topología y esa Banda?

—Topología es una ciencia que está dando mucho que hablar últimamente en los círculos matemáticos, y la cinta de *MOEBIUS* es un fenómeno que ha vuelto más locos aún a los que se abocan a esta materia en parte matemática y en parte geometría...; esta banda desconcierta porque tiene una sola superficie. ¡No me mires así porque yo tampoco entiendo mucho!... Sin embargo conozco bastante sus curiosas particularidades. Por



ejemplo: si la cortas en forma longitudinal no se separa en dos cintas más delgadas, sino que se transforma en una sola del doble de circunferencia; luego, si vuelves a realizar otro corte de la misma manera, no se convierte en una sola banda sino en dos entrelazadas. ¡Confieso que no me interioricé mucho de la materia, pues resulta demasiado árida, sin embargo realicé varias experiencias con una tira de papel..., y realmente resulta desconcertante! Muchos de los ilusionistas de teatro suelen utilizarla para realizar algunos trucos.

Debo haber demostrado demasiado entusiasmo porque

Margaret me miró seria:

—¿No es por medio de ese sistema que, según un rumor que circuló hace unos años, los norteamericanos realizaron un experimento con un barco destructor?...

Hice memoria, y recordé el caso. Efectivamente se habían difundido rumores sobre una experiencia realizada, en el año 1943, cuando basándose en la teoría de Einstein sobre los campos unificados, se desmaterializó un navío de la marina americana en la rada de Filadelfia, para aparecer instantáneamente en el puerto de Norfolk, en el estado de Virginia, distante a 640 kilómetros. También se había hablado de curiosos efec-

tos en los tripulantes, quienes entre otras cosas enloquecieron, pasaron caminando a través de gruesas paredes, o quedaban como englobados en una especie de gelatina, de la que sólo podía librarse interponiendo un cuerpo con carga negativa... Me sonreí repentinamente divertido por creer en semejante fábula... pero pronto callé al recordar que el efecto se había logrado según el trascendido... **MEDIANTE UNA BANDA DE MOEBIUS.**

—Lo intentarás, ¿verdad, Robert? —en sus ojos leí una lejana reconversión, a la vez que una apenada resignación.

Por supuesto que negué rotundamente tal posibilidad, pero como nos suele ocurrir a los seres humanos cuando la necesidad puede más que la cordura, en mi mente... **YA ESTABA SEMBRADO EL GERMEN.**

—¡No estoy tan chiflado todavía! —respondí riendo... ¡Quizá luego de unos años, cuando esté harto del matrimonio lo intente; por ahora si debo evadirme... me conformaré con una buena botella de **OLD PARR!**

La tomé por un hombre, pero no logré borrar del todo aquella amargura que traslucía más allá de su sonrisa.

Aunque era una costumbre americana y no británica, los muchachos de la oficina decidieron organizar una despedida de soltero. ¡Por suerte la flema inglesa impidió que las bromas se tornaran tan pesadas como suelen ser en Estados Unidos; mis amigos más formales —o borrachines— prefirieron limitar el festejo a una copiosa ingestión de bebidas, de las que como es fácil deducir, yo no pude ni tuve intención de abstraerme! Cuando decidieron abandonar mi apartamento debí recurrir a varios pocillos de café para evitar que el cielo raso que amenazaba convertirse en piso y viceversa, lograra su propósito.

Tres cuartos de hora después me sentía si no del todo mejor, algo más sobrio. Encendí mi pipa y permanecí distendido en mi sillón preferido durante un buen rato. Observaba con placidez cómo ascendían las volutas de humo azulado, cuando a mi mente volvió el recuerdo del **LIBRO**. Debo reconocer que estaba poseído por esa estúpida osadía que invade frecuentemente a quienes beben de más, y los hacen sentirse capaces de caminar por el hilo de la luz sin ningún tipo de temor y mucho menos conscientes del peligro. Me enca-

miné hacia la biblioteca y tomándolo retorné algo tambaleante a mi asiento.

Lo abrí sin mayor interés, al azar, ya que aunque resultaba inexplicable su naturaleza, ya me había acostumbrado a su compañía. Nuevamente mis ojos recorrieron la escritura cuneiforme, y me sonreí divertido al ocurrirme que en realidad aquél no era un libro sino un cuaderno por cuyas páginas había caminado una cucaracha con las patas tintadas... fue justamente al llegar al extraño grabado de un hombre caminando sobre una cinta —la que yo había supuesto de medición— cuando advertí una pequeña hoja de mi agenda con anotaciones que sin duda había dejado Margaret la noche que intentó descifrar algunos símbolos. Ella había arrojado al fuego de la chimenea otras luego de leerme su contenido, pero evidentemente había olvidado aquella: presté atención en la letra menuda y leí:

“Porque el mismo que destruyó la soberbia **TORRE** es el mismo que me instruyó en la construcción de la gran nave, pues es oficio común para **EL**. Porque él fue quien convirtió a **NERGAL** en un león alado, y a **MARDUK** en toro alado.

Porque él dio poder a **NEMROD, AKKAD y CAL-NE**, y **EL** también los destituyó de su poder.

Porque **EL** es hombre y **DIOS** al mismo tiempo, y porque el **TIEMPO** no es sino un esclavo para **EL**.

EL viaja dentro de la **BANDA** (aquí había una serie de acotaciones, como posibles interpretaciones: **CINTA, BANDA, Círculo, TIARRA**, etc.). Y la **BANDA** no es otra cosa que un ojo, por donde mira a toda la eternidad, y manda sobre las épocas”.

Permanecí absorto rele-yendo aquella referencia que sin duda alguna se refería a deidades de la cultura sumer y babilónica. ¿Quién era **EL?**, me pregunté concluyendo que no podía tratarse de otro que de **GILGAMESH**, ese insólito personaje al que se le atribuían facultades sobrenaturales entre las que figuraban la inmortalidad. El grabado llamó nuevamente mi atención, y contando con la referencia sobre lo que yo había supuesto una cinta métrica, noté que en realidad ambos extremos se encontraban unidos en la parte superior; es decir: **NO TENIA EXTREMOS**... era pues una **BANDA DE MOEBIUS**.

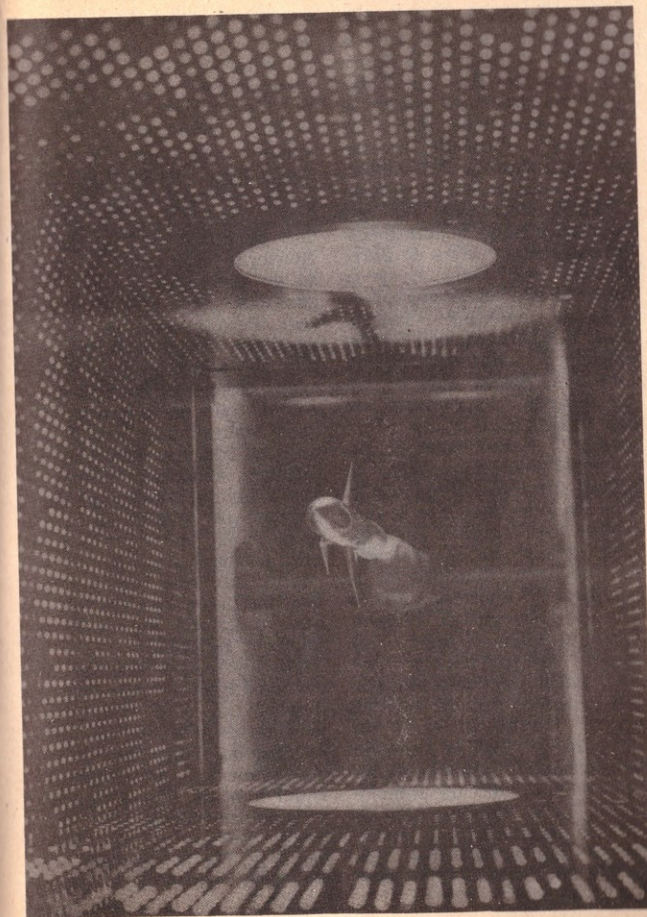
Como suelen decir, la sole-dad no es buena... y mucho

peor aún si se le suma el licor. La borrachera no es buena compañía ni para un guardafaros ni para un sereno, ni para quien tiene a su cuidado algo muy peligroso..., y yo —ahora lo sé— tenía a mi alcance algo mucho más tremendo que mil bombas nucleares juntas..., pero, ¡claro, además tenía demasiado whisky calentándome la mollera! Entonces me atreví...

Recuerdo que hasta se me ocurrió utilizar como *BANDA DE MOEBIUS* una larga tira de papel del cuarto de baño, pero tambaleante como estaba se me deshizo entre las manos..., recordé entonces la cinta de papel de la máquina de sumar de la editorial, que había pedido prestada la semana anterior para poner en orden mi contabilidad. Tomé el extremo y recorri sosteniéndola casi todo el cuarto; luego regresé a la calculadora y sin librar el extremo para que no se enrollara nuevamente, corté el que permanecía en el carrilete. Luego, sin soltar ambas terminaciones, di una torsión a una de ellas y la uní a la otra con unas gotas de adhesivo. *YA TENIA MI BANDA DE MOEBIUS*.

Encendí todas las luces, y me dispuse a imitar a la figura del grabado. Iba a cami-

nar pisando longitudinalmente mi *FLAMANTE CREACION TOPOLOGICA*. Fue entonces que entre los vapores de mi embriaguez me di cuenta que ni siquiera sabía lo que pretendía con todo aquello. ¿Obtener conocimiento del futuro, conseguir poderes para-normales?... ¿Transmutar metales en oro?... Más imbécil que nunca, me reí solo. Me asaltó entonces la idea que quizá me transportara al lugar donde lo deseara..., a una selva, a la cumbre del Everest... si era así quizá me enfrentaría a alguna bestia, o al mismísimo *YETI*; sin dejar de canturrear y reír busqué en el anaquel de mi secreter hasta hallar la pequeña automática que había heredado de mi padre; la coloqué en el bolsillo interior de mi chaqueta al tiempo que murmuraba algo sobre que debía llevar una luz..., entonces también tomé una linterna. Extendiendo los brazos como suelen hacer los trapecistas para mantenerse en equilibrio, comencé a caminar pisando la cinta. Sin dejar de tambalearme llegué caminando hasta el extremo de la sala: "*¡NADA, NO PASA NADA!*" —grité furioso. Abandoné el lugar, y tomé el libro: "*¡posiblemente no hice bien las cosas*" —comenté.



Abrí el volumen en la página marcada con la hoja de la agenda y contemplé la figura del grabado: ¡Lo único distinto que hice fue poner las manos extendidas hacia los costados! —protesté rabioso por el fracaso—. Nuevamente me coloqué en la misma posición pero esta vez con las manos hacia adelante sosteniendo entre ellas al libro. Di dos, tres pasos..., y la luz de la sala se apagó. “¡Otro corte de corriente! —mascullé—. ¿O quizá fueron los fusibles?... ¡Mañana mismo diré a la casera que los haga reforzar..., siempre están fundiéndose a las horas más...”, debí detenerme pues mi rodilla derecha se golpeó fuertemente contra lo que con seguridad era la mesita de leer. Tomé la linterna que recordé había colocado en uno de los bolsillos de la chaqueta, y alumbré delante mío... ¡No había ninguna mesa, ni sillón ni sala..., ni casa..., era una roca... Una roca marina redondeada por la continua acción de las aguas! Tragué saliva, y se me pasó de golpe el resto de la borrachera. Antes de alumbrar delante mío un ramalazo de brisa salobre que yo conocía muy bien me anticipó lo que verían mis ojos asombrados: **ALLI ESTABA EL MAR.**

La vibración de mis pies sobre la arena húmeda parecía subirme por las piernas y transmitirse a todo mi cuerpo. Pero en realidad era un temblor incontinente lo que agotaba mis huesos y hacía castañetear mis dientes. ¡No podía ser real! ¡Era un sueño..., una infernal y estúpida pesadilla de borracho! Recuerdo que agité la cabeza en ambas direcciones negándome que aquello fuese real. Pero si era un sueño, resultaba muy profundo, ya que no despertaba de él pese a mis esfuerzos. Un graznido encima mío me sobresaltó y logré vislumbrar entre la penumbra a la que mis ojos se estaban acostumbrando, la forma indefinida de algo muy grande que volando se internaba en la noche. Creo que eché a correr sin dejar de titilar como preso de una repentina fiebre tropical, de la que yo conocía muy bien el nombre: **MIEDO.**

Corrí y tropecé muchas veces envuelto en aquellas tinieblas, temeroso de que repentinamente el suelo se convirtiera bajo mis pies en algún acantilado. El rumor de aquel mar de aguas oscuras y agitadas como con vida propia me aterrorizaba. Nuevamente, por lo poco que había visto alumbrado débilmente por mi linterna, traté

de discernir sobre la diferencia en el comportamiento de ese océano, y el que conocía mediante mis escapadas de los fines de semana hacia la villa costera. Permanecí echado de bruces sobre la arena. Con temor por todo y de todo, nuevamente enfoqué el haz de la linterna hacia donde percibía el sonido de agua en movimiento. Allí estaba ese *mar extraño*; en un instante comprendí en qué radicaba la diferencia..., la superficie del agua se elevaba en breves picos, como suele ocurrir en los estanques o lagos... pero **NO HABIA OLAS...**

Me quité las dudas sobre la naturaleza de la masa líquida que tenía a pocos metros, humedeciendo un dedo y probándola luego con la punta de la lengua. **ERA AGUA SALADA**; eso me indicaba con poco margen de error que se trataba del mar y no de un lago. ¡Claro que hay lagunas y lagos de agua salada!, pero debido a su número limitado en todo el mundo, ello me daba relativa certeza de que aquello era el océano; aún luego de saber que me hallaba en una región costera, ello no me aclaraba nada; no sabía dónde había sido lanzado mediante esa endiablada **CINTA DE MOEBIUS** con la que yo ha-

bía jugado inconscientemente una hora antes en mi cómodo departamento en las colinas de **PRIMROSE**, en Londres. ¡Si no hubiese comprado aquel libro!..., —me dije, y recordé que lo llevaba conmigo cuando todo comenzara.

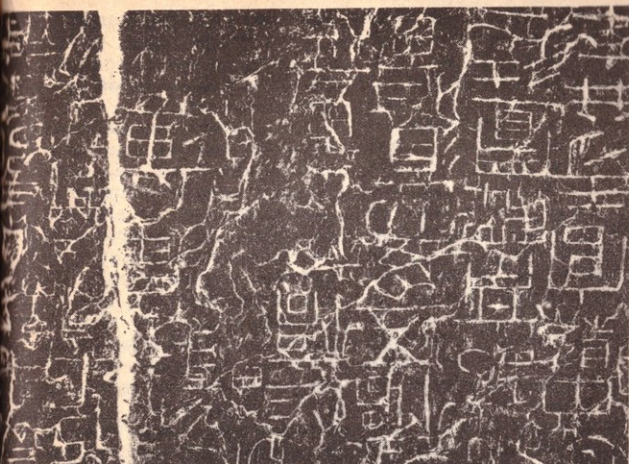
Desde mi primer tropiezo, luego que todo se hiciera oscuro en mi rededor, no recordaba haberlo sostenido nuevamente entre mis manos. De repente mi boca se puso amarga y me sentí realmente perdido: **NO TENIA CONMIGO EL LIBRO.**

El terror de saberme definitivamente perdido, sin posibilidad de regresar a mi mundo, me hizo —lo confieso— hundir mis dedos en la arena y llorar como un niño. Se me ocurrió regresar sobre mis pasos, pero la arena con el agua resumiéndose por su superficie no permitía que una huella durase impresa más que unos segundos. No obstante decidí volver sobre mis pasos intentando su búsqueda. Me incorporé tanteando con mis manos extendidas hacia adelante, ahorrando de esa forma energía a las pilas de mi linterna eléctrica, que de por sí parecían bastante extenuadas. Fue en el instante en que me incorporaba cuando a través

de la densa niebla me pareció percibir un tenue resplandor rojizo, a unos veinte o treinta metros delante mío. Dejando por el momento la intención de recuperar el libro, siempre a tientas, me dirigí hacia el lugar, con la esperanza de que todo fuese el producto de un estado de sonambulismo, o pérdida de memoria, y que de alguna manera yo me hubiese dirigido a la playa, sin recordarlo luego. Presté atención... ¡Sí..., eran voces; voces humanas y pronunciadas en inglés! Sin preocuparme corrí en dirección de los sonidos. De pronto mis pies tocaron en un nivel levemente inclinado hacia arriba, suelo firme. Eran rocas, lajas enormes que conformaban una rampa, seguramente un muelle. Podía ver iluminado por el resplandor que se había intensificado lo suficiente a medida que me aproximaba al lugar, la silueta de un enorme navío, tal vez un buque de carga. También distinguí figuras humanas que portando bultos caminaban por una planchada. Estuve a punto de gritar cuando me detuve a contemplar el casco de la nave que estaba a pocos metros de mí. Noté algo extraño en el color con que se hallaba pintada; parecía dorado. ¡Seguramente



es blanca y la luz rojiza le confiere tal apariencia! — pensé—. Para salir de dudas utilicé la linterna. ¡Era dorada! Con precaución caminé hasta llegar al borde del presunto muelle; abajo, a unos metros, se oía el sonido del agua. Extendí todo lo que pude un brazo, y toqué la superficie del casco. Mis uñas intentaron arañar lo que parecía pintura dorada... Retiré mi mano lentamente. Era metal, metal aparentemente desnudo; enfoqué el haz de luz hacia arriba, y estuve a punto de perder el equilibrio y precipitarme hacia abajo, donde me



aguardaría una muerte horrible, porque al iluminar a lo alto comprobé que hasta donde llegaba el haz de luz, el casco del barco se erguía como un rascacielos. Y pese a mis escasos conocimientos en materia náutica..., no sabía de la existencia de un coloso semejante. Los cabellos de mi nuca se me erizaron y estuve a punto de proferir un grito de terror. Me hallaba frente a algo increíble, y lo que me resultaba mucho peor... DESCONOCIDO. En ese instante una luz amarilla se encendió en algún lugar y luego de serpentear en la niebla dio de

lleno sobre mí. No comprendí nada, pero intuía un peligro que superaba los límites de lo natural. Sin preocuparme por extender mis manos frente mío para evitar un choque, me volví sobre mis pasos y corrí zigzagante. La luz no me abandonaba. Descubrí un montículo de sacos posiblemente de cereal en uno de los costados, y sin pensarlo dos veces me precipité entre ellos con la esperanza de hallar un escondrijo. Al tacto comprobé que lo que había tomado como SACOS eran en realidad especie de odres o bolsas de piel, que seguramente contenían vino

o aceite; además de ceder ante la presión de mis manos noté cierta calidez; con la casi automática deducción que en casos de crisis nos responde de la mente, pensé que habían permanecido durante todo el día al sol, y el contenido por esta razón se hallaba tibio. La luz se había detenido a unos pasos del lugar donde yo me había literalmente sumergido entre aquellos objetos. Suspiré aliviado sintiendo en mis sienas y corazón el tamborileo de la sangre. Algo me tocó la frente e instintivamente espanté el insecto. Algo me tocó el dorso de la mano e intenté hacer lo mismo. Mi mano asió un delgado cordón que de inmediato se enroscó como si fuera el tentáculo de un pulpo, o una serpiente. ¡Una serpiente!... Traté de extraer mi linterna horrorizado por la idea. Cuando la luz me dio en el rostro, sentí que me sumía en un "sueño sin sueños".

Desperté en una cabina iluminada por la misma luz amarillenta que me siguiera en el muelle. Al recordar lo sucedido me puse, de pie de un salto. Instintivamente palpé mi bolsillo interior, y aliviado comprobé que aún permanecía allí la pequeña automática que en un arrebato de borrachera había to-

mado en mi departamento, única cosa que podía recibir mi posterior aprobación luego de aquella sarta de irreflexiones mías.

Las paredes del camarote eran también de aquel metal dorado; tomé mi cortaplumas, y con la punta de la hoja intenté probar el grado de dureza del material; era blando y estuve a punto de suponer que se trataba de oro, pero deseché la idea al comprobar que en algunas partes la superficie mostraba manchas verduscas, lo que me indicó que se trataba de bronce o algún otro tipo de aleación que contuviera cobre. Otro detalle que me llamó poderosamente la atención era la carencia de juntas del metal, lo que me hizo pensar que el navío entero podría ser de una pieza, cosa que negué inmediatamente por carecer de bases reales, ya que ni por medio de la técnica más moderna se hace posible tal realización en medidas muy grandes y mucho menos con un barco de las enormes dimensiones que después de mi fugaz visión estimaba poseía éste.

En ocasiones normales, un hombre se hubiera desesperado de encontrarse encerrado como yo lo estaba, pero mi situación resultaba, como es de imaginar, mucho más

desesperante ya que no comprendía absolutamente nada, y mi mente jugaba con todo tipo de suposiciones, cada cual más tortuosa. Ya no estaba en condiciones de negar nada por ilógico que ello pareciera. La extraña serenidad que se dice suele anteceder a los condenados a muerte en los minutos finales, se convirtió en una realidad para mí; dejé de temblar y comencé a estudiar el lugar donde me encontraba encerrado. Como no sabía qué sorpresa podría depararme el minuto siguiente, tomé la prevención de colocar la pequeña pistola en uno de los bolsillos exteriores de mi chaqueta, y sostenerla con mi mano con el seguro quitado y el dedo sobre el gatillo. La habitación estaba impecablemente limpia, y salvo la litera y una especie de mesa del mismo metal de las paredes, con un asiento frente de ella, no logré descubrir otra cosa. También noté que la litera no tenía más que un almohadón de una tela indefinida y una colchoneta de la misma materia. La razón de la falta de mantas era el clima cálido de la estancia. Luego de intentar en vano hallar un mecanismo que abriera la puerta de la cabina, me senté frente a la pequeña mesa; me tomé la cabeza con am-

bas manos y permanecí en esa actitud por espacio de unos minutos, hasta que mis ojos descubrieron sobre la superficie del metal donde tenía apoyados los codos una sucesión de rayas sin sentido, que, al prestar mayor atención, se transformaron en palabras; *ERAN NOMBRES Y FECHAS*, grabados presumiblemente con algún objeto agudo. Recorrí una por una las inscripciones, y mi mandíbula desencajada por el estupor descendió hasta casi golpear sobre la bruñida superficie.

¡No cabía duda alguna! Aquella era una lista completa de nombres; nombres de personas cuyas vidas habían sido una verdadera secuencia de enigmas; figuraban allí: *Benjamín S. Briggs* y *Sara Briggs* —hice memoria, los nombres me sonaban... — ¡El capitán del *Maria Celeste* y su esposa Sara!, el navío que había sido hallado a la deriva sin nadie a bordo, el 4 de diciembre de 1872!... Presté atención a la letra diminuta: había una fecha: 11 de enero de 1873... eso era que habían estado en el lugar donde yo me encontraba encerrado. Continué leyendo y algunos nombres no me decían nada, sin embargo allí estaban impresos los de *Ed-*



gard A. Poe, Gaspar Hauser, Oliver Lerch..., y H. P. LOVECRAFT... ¡Todos personajes insólitos o gente desaparecida misteriosamente! Además el haber descubierto en aquella lista los nombres de dos escritores, como Poe y Lovecraft, confirmaban las sospechas de quienes afirmaban que tanto las historias de uno y otro no eran sino relatos de experiencias reales... Me iba a tender nuevamente en la litera cuando un sonido en la puerta hizo que me erizara, y apretando firmemente la pistola dentro del bolsillo me apresté a enfrentarme con lo desconocido... y quizá horrible.

La puerta se deslizó suavemente, y debí contener una especie de náusea cuando comprobé cómo eran realmente aquellas COSAS a las que yo en la penumbra del muelle había confundido con un saco u odre de vino. Eran formas amorfas de escasos ochenta centímetros de altura, coronadas por una especie de colonia de gusanos o tentáculos similar a las actinias o anémonas de mar. Sus cuerpos transparentes dejaban ver el interior, donde se contraían órganos presumiblemente digestivos. Las dos criaturas se colocaron a los lados de la portezuela, y en

el vano de ella se recortó la figura de un hombre de unos cincuenta años, de mirar muy claro con un leve dejo de cansancio.

Estuve a punto de sacar mi arma y encañonarlo, cuando con voz profunda se dirigió a mí:

—¡No tema!..., ¡por el momento no corre ningún peligro!..., es mejor que me siga. Quizá aún se pueda hacer algo por usted.

Como un zombie, dejé mi asiento y evitando la repugnancia que me producían los dos monstruos pasé junto a ellos y seguí al hombre que había girado sobre sus talones y caminaba por un pasillo rumbo a unas enormes escalinatas que presumiblemente conducían a niveles superiores del navío.

Siempre seguido por las criaturas traslúcidas, llegamos a una sala muy espaciosa, donde el hombre me invitó a sentarme.

—¡No les tema! —dijo—. Son simples esclavos. Sólo le atacarían si intentara hacerme algún daño.

—¡Habla inglés! —exclamé sin poder reprimir mi sorpresa, pues debido al aspecto de las ropas, y a la apariencia del individuo, todo indicaba que pertenecía a una raza extranjera.

—¡Aún no ha comprendido nada! ¿Verdad, señor...?

—Chambers... Robert Chambers —me apresuré en acotar.

—Señor Chambers..., —agregó mi interlocutor sin perder su expresión serena.

Debo haber demostrado elocuentemente mi ignorancia porque esbozando apenas una sonrisa cansada agregó:

—Usted no está en su mundo..., ni siquiera en su época.

—¿Quiere decir que estoy en otro planeta, en otra dimensión?

—Está en la Tierra; si interpreta como otra dimensión otro tiempo, debo decirle que sí... En cuanto a que yo le estoy hablando en su idioma, no es así. Usted está inmerso en un continuum donde el conocimiento universal se mueve junto a nosotros. Es por eso que entiende, y continuará comprendiéndolo todo a medida que permanezca en este..., digamos *LUGAR*.

—¡Pero!, ¿quién es usted?... —su figura me resultaba un tanto familiar. Por un momento creí estar en posesión de la certidumbre sobre la identidad de mi anfitrión. Recordé los grabados de los libros sobre cultura sumer que consultara unos días atrás..., induda-

blemente era *GILGAMESH*. Sin duda él me leyó la mente.

La sonrisa se acentuó en los labios de mi interlocutor, y repentinamente fue reemplazada por un gesto agrio:

—¡No, señor Chambers, no soy ese demonio, aunque posiblemente sepa usted sobre mi existencia..., soy *UT-NAPISTI*.

—¡El sabio constructor del arca!

—Prefiero que me diga simplemente *EL GRAN ESCALVO*.

Naturalmente no comprendí nada. Y ya nada me sorprendía.

—Por supuesto usted encontró el libro.

—Sí... —iba a explicar cómo, cuando nuevamente me interrumpió.

—¿Los dos?

—¡No..., un libro... *EL LIBRO*!

—Se equivoca, señor Chambers. *EL LIBRO* consta de dos tomos, y evidentemente para estar aquí usted debe haber encontrado el primero de ellos. ¿En qué época lo halló?

—Bueno..., si se refiere al año..., en 1975... —debo haber parecido un perfecto idiota, porque el hombre se sonrió.

—No le pregunto en qué sucesión histórica, porque seguramente no lo sabe.

—¿Se refiere a que hay otros años 1975?

—Creo que debo tener en cuenta que es usted un recién llegado para concebir ciertas cosas, a las que quienes estamos acostumbrados como nosotros prescindimos de eso que usted entiende como *TIEMPO*. ¿Cómo lo logró?, ¿cómo llegó a este, digamos... lugar?

—Tuve la mala idea de construir una banda de *MOEBIUS*, y meterme en ella.

—Sin duda se refiere a un *OJO*.

—¡Bueno, no sé si estamos hablando de lo mismo! Esta es una banda delgada con una torsión y unida por ambos extremos.

Hubo un suspiro en el llamado *UT-NAPISTI*.

—¡Sí, señor Chambers, es lo mismo!, una banda de *moebius*, un *OJO*, o si lo prefiere un *VORTICE*... Utilizó el libro, claro.

—Bueno, sólo tomé los datos..., seguí las indicaciones de la figura...

—¡Usted no me entiende! ¡Sin el libro el *OJO* no funciona, es con el libro que se puede caminar... o si lo prefiere pasar de un continuum tiempo a otro! ¿Lo ocul-

to? —la cara del hombre denotaba preocupación.

—¡No..., creo que lo dejé caer en la playa donde caí!

—¿En la playa?... ¡Entonces debe estar aún allí...! Señor Chambers, debemos apresurarnos. ¡Hay que evitar que él lo consiga!...

—¿Quién es *EL*?

—El llamado *GILGAMESH*.

—¡El héroe!

—No es un héroe... ni siquiera es humano. Es una creación mitad orgánica mitad máquina. Sólo cumple con la finalidad para la que fue creado. Su misión es proveer de todo aquello necesario para el mundo de quienes lo crearon. Y también de destruir a quien o quienes hayan peligrar su cometido.

—¡Pero!, ¿quiénes son?...

—Ni siquiera yo estoy seguro. Digamos que son los *grandes ANTIGUOS*, como los denominara ese contemporáneo suyo que estuvo aquí, *LOVECRAFT*... O los *HORRORES*, como los concibiera *POE*.

—¿Todos los que dejaron grabados sus nombres en la mesa estuvieron en este sitio?

—Ellos, y muchos otros. Algunos lograron regresar..., en cambio muchos no tuvieron esa suerte..., *EL* se adelantó.

Tragué saliva pensando en la colosal y temible criatura que debía ser *GILGAMESH*.

—¿Y no podríamos?... — insinué con el temor pintado en el rostro.

—No..., por el momento no tema; *EL* no llegará antes del amanecer. Aún tenemos unas horas de ventaja —sonrió siempre con aquella expresión de infinito cansancio—. Cada vez que me encuentro con algún hombre como usted, termino empleando términos relativos al tiempo.... ¡Ah, señor Chambers, si los seres humanos comprendieran en realidad qué es eso que llaman *TIEMPO*! —dijo unos pasos por la sala, y agregó—: ¡Quizá entonces las cosas fueran mejores —meditó un momento y acotó—: *O peores*!

—Y esos *GRANDES ANTIGUOS*, o como se llamen, ¿qué es lo que pretenden?

—Ni yo mismo sé si se trata de una superraza en la cúspide de su evolución y poder, o en cambio van hacia ella. Tampoco podría asegurarse si no se trata de una civilización decadente y degenerada, que se aferra a la existencia, sea como fuere. Y yo estoy condenado a continuar..., a ver repetir una y otra vez lo mismo; existo y pienso que siempre existí en este abúlico mundo

donde la historia es una constante repetición sin posibilidad alguna de modificación. Señor Chambers, ¿quiere que le relate qué ocurrirá dentro de dos de los años *CONVENCIONALES*, con los que ustedes cuentan al tiempo?... Pues nuevamente sobrevendrá un diluvio de características universales...

—¿En esta época, en la mía? —pregunté angustiado.

—En este tiempo. ¡Ya le dije que estoy condenado a la continua repetición!, ¡yo estoy digamos, *ANCLADO* en esta época!, aunque no se alegre demasiado porque en la de ustedes ocurrirán cosas quizá peores. Dentro del lapso indicado partirá desde la torre que se está construyendo un carguero con todo lo que ellos necesitan. La nave carguera es inmensa... Como habrá notado, ellos poseen una técnica capaz de construir naves de una sola pieza, como ésta. Imagine las dimensiones de la nave interestelar. Utilizan la levitación, técnica que dominan a la perfección, tanto para desplazarse por el firmamento como para realizar maquinarias monstruosas.

—¡Un momento!... Esa torre..., la de lanzamiento de la nave, ¿cómo se llama?... Es decir, ¿tiene algún nombre?

UT-NAPISTI se volvió sin perder su sonrisa:

—¡Veo que comienza a comprender! ¡Sí..., ésa es la conocida por ustedes como la *TORRE DE BABEL*!

Permanecí callado, sólo asintiendo con la cabeza.

—Cuando el lanzamiento se realice la torre que sostiene a la nave será a su vez lanzada hacia arriba; destruida en casi su totalidad.

—¿Y la confusión de lenguas que mencionan las escrituras?

—Cuando la nave se aleje de la Tierra, se irán con ella todas las fuentes de instrucción con que se enviaron directivas, y se impartieron conocimientos a los seres humanos. Entonces sus mentes quedarán momentáneamente en blanco, y reinará confusión... hasta que lentamente comiencen a elaborar formas de comunicación. De allí lo del cambio de lenguajes. Sólo los esclavos que usted ve, y yo; descontando a criaturas similares al llamado *GILGAMESH* permanecemos con pleno uso de los conocimientos porque *ELLOS* los han implantado permanentemente en nuestros cerebros para su uso cuando lo deseen. Cuando la nave se eleve mediante la pérdida de peso, es decir antigravitatoriamente, arrastrará consigo

una enorme cantidad del agua del mar que usted vio al llegar, y ésta luego de permanecer en torno al mundo en forma de vapor, se precipitará como lluvia anegando buena parte del globo.

—¿El diluvio?...

—Así es. Luego, por el desequilibrio del escape de la Tierra, el navío hará que una erupción volcánica expulse hacia el espacio una porción del planeta, la que luego de atravesar las capas atmosféricas se fundirá y entrará en ebullición girando en el espacio debido a la tremenda fricción. Luego quedará orbitando en torno al planeta, y será la Luna.

—¡Ahora no hay Luna! —quedé estupefacto por la revelación.

—No, señor Chambers, es por ello que usted no notó olas o marejadas en las aguas del mar. No hay mareas..., no hay atracción de la masa de la Luna sobre la Tierra, como en su época. La Luna aún forma parte de este planeta.

—Comprendo —murmuré, recordando cómo tan sólo unas horas antes hubiera tilado de *REMATADAMENTE LOCO* a quien hubiese referido una parte de aquel relato—. ¿Y por qué dice que la historia de este punto de... ¡bueno!, *el tiempo*, con-

tinúa repitiéndose para siempre?

—Muy sencillo: porque tan sólo con variar una millonésima de segundo cada vez que se hacen necesarios los elementos que *ELLOS* se llevan, con modificar cada llegada y salida, la fuente de abastecimientos permanece *VIRGEN*, pues entran en un tiempo distinto... una millonésima de segundo antes... o después, y la historia pertenece a otra dimensión temporal. Y ahora, señor Chambers, veamos si puede usted regresar a su época.

El hombre pareció murmurar algo a las criaturas que permanecían en la sala, y éstas se retiraron volviendo con unas esferas pequeñas similares a las que iluminaban la habitación.

—¡Vamos, ya es tiempo de intentarlo! —dijo el hombre, y seguidos por cuatro de aquellos seres comenzamos a avanzar hacia lo que debía ser la salida del enorme barco.

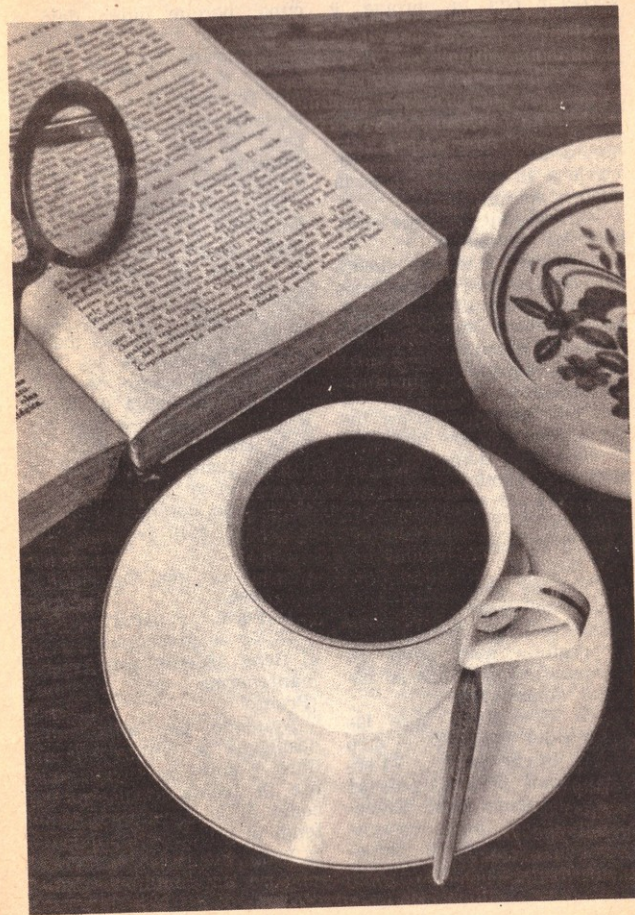
No me había equivocado con respecto a mi evaluación sobre las enormes proporciones de la nave. Era fantástica; más grande de lo que mente humana pudiera concebir. Desde la parte interior surgía un leve rumor que me hizo pensar en que algún ti-

po de energía similar a la eléctrica o nuclear servía de fuerza motriz. También mi memoria me trajo el recuerdo del relato *MANUSCRITO HALLADO DENTRO DE UNA BOTELLA*, cuyo autor se inspirara sin duda en la visita a la dimensión donde me encontraba: *EDGAR ALLAN POE*. Caminamos por la playa, y no pude abstraerme de la visión angustiante, casi repugnante, de aquel mar oscuro, agitado levemente por el viento. Parecía tratarse de un ser maligno, enfermizo guardador de increíbles horrores. Agité la cabeza apartando el pensamiento sobre la infinitud de criaturas extrañas y terribles que seguramente en aquellas condiciones especiales se albergarían en las profundidades.

Una de las *COSAS* se adelantó con un temblor desacomumbrado en todo su cuerpo, y pareció indicar algo; allí, iluminado por la luz amarillenta de la esfera que sostenía el *ENTE*, estaba el libro.

UT-NAPISTI se inclinó y lo tomó.

—Suerte para usted que aún no haya mareas, si no seguro que se lo hubiera llevado y con ello se habrían ido todas sus esperanzas de regreso —miró un momento el volumen que parecía re-



verberar con luz propia, y comentó: ¡Ah, endemoniado canalla, cuándo te perderé de vista para siempre!

—Luego se volvió hacia mí y casi me rogó: Señor Chambers, sólo le pediré un pequeño favor, a cambio de enviarme a su tiempo, o debería decir a su mundo.

—¡Desde luego! —me apresuré en responder.

—Cuando esté en medio del viaje, es decir apenas unos segundos después de iniciado... láncelo lejos de usted —pareció descubrir cierta inquietud, porque acotó inmediatamente—. ¡No tema usted, ello no le impedirá llegar a destino, pero quizá este verdadero demonio quede perdido girando para siempre fuera de todos los continúum!

—Un momento, usted dijo que hay dos tomos..., que son dos los libros. ¿Qué hay dentro del otro?

Pareció algo molesto por la pregunta pero igual me respondió siempre con su habitual amabilidad:

—Si este tomo abre las puertas del *TIEMPO*, el otro es aún mucho peor... El segundo tomo abre las puertas al conocimiento total. Encierra el poder inconmensurable. Puede construir imperios o destruir mundos. Y eso es lo que más me preo-

cupa, porque quien dejó o perdió este tomo en su época, seguramente tiene en su poder el otro. Sólo espero que se trate de un ser convenientemente simple como para no interpretar nunca ninguno de los conocimientos que se encierran en él.

Iba a continuar cuando un sonido en las rocas del acantilado, sobre nosotros, le hizo volver la cabeza hacia arriba:

—¡Es *EL*..., pronto, tome el libro —una de sus manos extrajo de uno de los pliegues de su manto de brillo metálico una cinta de *MOEBIUS*, realizada en una delgada lámina de cobre—. No pierda tiempo, creo que ya nos ha visto!...

—Puedo detenerlo con esto —dije, exhibiendo mi arma.

—No..., no lo logrará. ¡Apúrese!

—¡Pero!, ¿y usted?

—¡No se preocupe por mí, él tiene órdenes precisas de mantenerme con vida!... ¡Pronto!

Ayudado por el hombre desplegué la cinta, tomé el libro, y antes de pararme sobre la banda o *VORTICE*, como él lo denominara, extendí la mano. El pareció no entender, pero repentinamente sonrió y estrechándome el antebrazo dijo:

—¡Ah..., me olvidaba de esa costumbre de ustedes!...

¡Adiós y buena suerte; no lo olvide si encuentra el segundo tomo..., trate de arrojarlo al mar... o a un volcán..., no intente destruirlo porque al igual que éste oscila entre dos tiempos distintos; no hay manera de hacerlo... Ocultélo donde nadie lo halle jamás..., si es preciso haga cualquier cosa para conseguirlo..., no se detenga ante nada..., aunque haya que destruir medio planeta..., no se detenga..., nada sería peor que si cayera en manos humanas..., nadie, ni usted..., ni el hombre más santo puede poseer esos conocimientos. ¡Pronto, váyase ahora, ya llega!

Giré mi cabeza en dirección a la escalerilla tallada en la roca del acantilado, y lo vi: ERA UNA FIGURA ENORME, PERFECTA COMO LA DE UN GIGANTESCO DIOS GRIEGO TALLADO EN MARMOL NEGRO. *GILGAMESH* extendió una enorme mano enfundada como todo su cuerpo en una malla de metal casi blanco. Salté dentro de la banda intentando colocar mis pies sobre ella como lo había hecho al iniciar toda aquella pesadilla. Mi impulso me hizo trastabillar y caí hacia un costado. El formidable ser

avanzó hacia mí..., sentía latir mis sienes como a punto de estallar. Recordé la pistola automática, resuelta al tiro, y encañoné al titán con ella efectuando varios disparos en sucesión. La figura vaciló y retrocedió tambaleante unos pasos por efecto de los impactos. Sin pérdida de tiempo me levanté y en el mismo momento que adoptaba la posición adecuada, vi cómo *GILGAMESH* avanzaba con furia sin ningún orificio en su pecho donde yo había —estaba seguro— apuntado y disparado el arma. Fue en ese instante cuando el resplandor del sol que comenzaba a emerger del horizonte se apagó bruscamente... no aguardé, y cumpliendo con lo prometido arrojé lejos de mí *EL LIBRO*, al mismo tiempo cerré los ojos, rogando que *UT-NAPISTI* estuviera en lo cierto, y ello no impidiera regresar a mi mundo... La sensación de estar de pie sobre algo firme provocó que, aunque con temor, abriera los ojos... El familiar contorno de mi apartamento hizo que un suspiro de alivio ensanchara mi pecho. *HABIA VUELTO POR FIN*.

Ese domingo permanecí sumido en un profundo sopor, donde se entremezcla-

ban partes de la vivido e imágenes enormes y monstruosas. Desperté varias veces demorando varios minutos para ubicarme en la realidad. Lo vivido provocó que en mí se tambalearan los conceptos que me había formado desde mi nacimiento, y que luego de la experiencia se tornaban falsos, o al menos endebles; Margaret llegó al atardecer de ese día, y me halló con la barba crecida envuelto en mi robe preparándome una taza de té. Naturalmente todo se encontraba desordenado como lo dejara el grupo de amigos que la noche anterior había festejado mi despedida de soltero. Mi prometida me miró fingiendo severidad, con una sonrisa chispeante a flor de labios. Luego se colocó el delantal y comenzó a lavar los cacharros y vasos en la cocina.

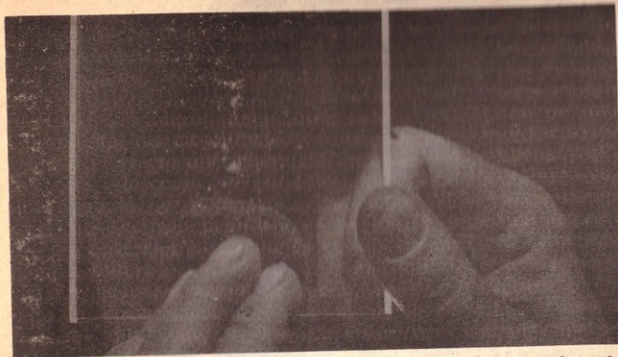
—¡Linda juerga la de ustedes! ¡Parece que hubiese estado el regimiento de caballería entero, con caballos y todo! —la risa no me distendió en absoluto.

Respondiendo a un impulso incontrolable fui hacia ella y la abracé desde atrás. Luego, sorprendida, se dejó conducir a la sala donde le hice tomar asiento. Sus ojos profundos reflejaron una interrogación. Durante los si-

guientes cuarenta y cinco minutos permaneció escuchando mi relato, mientras con manos temblorosas encendía un cigarrillo tras otro con la colilla anterior.

No hubo reproches. Margaret se limitó a refugiarse entre mis brazos y a sollozar quedamente.

Luego del corto viaje de bodas regresamos a nuestras ocupaciones habituales. Nunca más pude obtener un encuentro con el viejo vendedor, del que supe luego se había retirado a una granja de Irlanda que tenía un hijo suyo. De todas maneras estuve averiguando por el hotel donde había obtenido el libro, y el encargado me dijo que salvo el ejemplar en cuestión no había visto jamás otro libro. En cuanto al pasajero que lo había dejado, aseguró que se trataba de un individuo rústico sin ninguna instrucción, que posiblemente se habría embarcado en alguna nave de ultramar, ya que era ésa su profesión. Durante mucho tiempo dedicamos nuestros momentos libres en recorrer tiendas de libros viejos, pero nunca descubrimos al compañero de aquel libro. Por mi parte durante unos meses me mantuve apartado de toda clase de lectura, salvo la



del periódico, aunque a cada momento me asaltaba el miedo de encontrar alguna noticia que me indicara que alguien tenía en su poder aquel volumen que encerraba algo inimaginablemente peligroso. Después de un tiempo me atreví a vencer aquel temor casi infantil, y decidí reiniciar mi afición... Los libros de historia resultaron entonces para mí, que había sido un apasionado del tema, insulsos y falaces. Luego de mi experiencia, la historia ya no tenía ningún asidero totalmente real. Por último me dediqué a novelas, relatos y algún tipo de poesía. En una ocasión tuve la mala idea de adquirir las obras completas de H. P. LOVECRAFT. Caí casi en trance en determinados pasajes

al comprobar que muchos de los terrores descriptos no eran sino el reflejo aproximado de una pavorosa realidad. Luego pude librarme de ellos, y la llegada de mi primer hijo ocupó totalmente los momentos de mi vida. Al cabo de dos años fui trasladado a la sucursal de Devon del Sur, donde vivimos placidamente y sin sobresaltos. Ahora somos cuatro: David el primero, Robert, y Maggy la más pequeña. Margaret parece la de siempre y salvo un mechón de cabello que ha encanecido y la hace sumamente atractiva, nada diría que ya han transcurrido diez años desde nuestra boda. En cuanto a mí, he adquirido unos kilos de más, que trato de combatir haciendo ejercicio o saliendo de camping los fines de semana. Solemos

ir con David al lago de *Totnes* a pescar truchas, pero inevitablemente terminamos discutiendo cuando él insiste en que permanezcamos cerca de su orilla acampados durante la noche. Las aguas quietas, oscuras y apenas agitadas por el viento me traen recuerdos. Un recuerdo que quizá cuando sea mayor tenga el valor de referirle. Por el momento prefiero que observe la naturaleza y la vea superficialmente, con normas y creencias que no le hacen dudar como a Marga-

ret y a mí. Hay momentos en que en medio de una amable reunión, nuestros ojos se cruzan, y una sombra los enturbia. Margaret entonces trata de referir temas graciosos o amables. Somos felices, *SI*; pero el recuerdo, el solo pensamiento de que en algún lugar, en algún estante de una pequeña o gran biblioteca está el libro... nos estremece... Porque sabemos que *ESTA*... Es el segundo y más peligroso... *ES EL SEGUNDO TOMO*. ¿No lo tendrá usted?.....

FRAZZETA

—El volumen dedicado por la editora Ballantine Books a la obra del genial dibujante Frank Frazetta, está teniendo un tremendo éxito en los Estados Unidos.

El libro, titulado *THE FANTASTIC ART OF FRANK FRAZZETA*, se halla en una décima edición y esta es de un tiraje de 100.000 ejemplares.

UNA PELICULA SOBRE LOS OVNI

—Steven Spielberg, director de la "taquillera" *TIBURON*, está realizando un nuevo film: *Close Encounter of the Third Kind* (Al encuentro de la tercera forma), cuyo argumento está basado en los documentos militares que existen sobre los OVNI. La interpretan Richard Dreyfus y Francois Truffaut.

CIFRA RECORD POR UN LIBRO

—Un anticipo record de 7.000 dólares ha sido pagado en Francia por la adquisición de los derechos de la novela *Deus Irae*, de Philip K. Dick y Roger Zelazny, obra que ha causado sensación en el campo de la ciencia-ficción. Philip Dick (El Hombre en el Castillo) y Roger Zelazny (Una Rosa para el Eclesiástico), figuran entre los escritores más populares y talentosos de las últimas generaciones. La edición original de *Deus Irae* fue publicada en los EE.UU. por Doubleday (1977).

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1978 en SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA S.A. Labridin 153/57 Capital Federal

Colectión
BOLSILIBROS



AVENTURAS EN LOS MARES DEL SUR

¡Multimillonario y aventurero David Griet surca los encantados mares del sur en las explosivas islas de la Polinesia...!
¡En tres relatos, tres insólitas aventuras!
¡Tres fabulosas narraciones en exóticos archipiélagos, obra de la mágica pluma del rey de los novelistas de los mares del sur Jack London



OPERACION OASIS NEGRO

Antes fue James Bond. Ahora, Clint Saxxet el superagente de espionaje internacional. Rodeado de mujeres bonitas, su trabajo no es nada fácil, y en "Operación Oasis Negro", Clint debe viajar a Kuwait, el reino de oro negro, para evitar una masacre entre tribus. Un libro intenso, lleno de acción y violencia.

Más de
30 millones
de ejemplares
vendidos en
todo el
mundo

EL HOMBRE DE EL PASO

Doc Savallas, el famoso agente de la conocida agencia Pinkerton via a la ciudad fronteriza de El Paso a pasar sus vacaciones, pero se ve envuelto en una serie de aventuras que se lo impiden. Un auténtico libro del Far West pleno de acción y una trama muy interesante



CIENT HOMBRES Y UNA MUJER

Bonita y sensual, la joven médica instala su consultorio en un campamento obrero lejos de toda población, en donde trabajan cien hombres y ninguna mujer...
Un relato de amor entre seres extraños y en un ambiente como jamás planteó la novela clásica romántica



ESPERELA

En
el próximo
número
de



UMBRA
L
TIEMPO
FUTURO

Asesinos de la Historia

CARYL CHESSMAN

"El asaltante de la luz roja"

Acusado de reiteradas violaciones
se debatió durante 12 años
en la antecámara de la muerte.
¡El hombre que conoció la fama
detrás de las rejas!

Reportaje a

ROBERT SILVERBERG

El famoso autor de "El mundo interior"

LA MALDICION

un cuento de fantasmas de

ALEJANDRO DUMAS

EL OTRO MUNDO

un cuento de Juan Jacobo Bajarlía

EL MUNDO DE LA CIENCIA FICCION
CINE - CRITICA LITERARIA

UMBRA L TIEMPO FUTURO

para leer con los ojos cerrados

¡imagínala!